¡Proletarios de todos los países, uníos!

EL MARXISMO-LENINISMO Y NUESTRA EPOCA

FASCICULO 3 (6)

9682

EL MARXISMO–LENINISMO Y NUESTRA EPOCA

Fascículo 3 (6)

Editorial internacional
PAZ Y SOCIALISMO
Praga – 1975

Dirigido por K. Zaródov
Compilador: V. Golubkin

Sumario

Nota de la Editorial 7

A. Grechko
La gran victoria y sus enseñanzas históricas 14

D. Urbany
El balance de la guerra, hace 30 años y hoy 34

F. Ebert
Para que la guerra no parta de tierras alemanas . . . 45

K. Jespersen
El imperialismo USA y los destinos de Europa Occidental 59

H. Mies
Nuevos rasgos de la crisis del capitalismo 73

J. Prazsky
La crisis y la guerra: el fondo actual del problema . . 88

W. Kashtan
Nuevas posibilidades para la lucha revolucionaria . . 96

H. Adamo
Lo viejo y lo nuevo en el anticomunismo 111

Nota de la Editorial

Este año el tercer fascículo de la serie *El marxismo-leninismo y nuestra época* ve la luz poco tiempo después de que los hombres en los diferentes meridianos han conmemorado solemnemente la primavera de la liberación. La gran Victoria lograda hace 30 años sobre el fascismo alemán pertenece al cúmulo de acontecimientos, la trascendencia de los cuales no palidece con el paso de los años, victoria que no en poca medida predeterminó el ulterior desarrollo de los acontecimientos en el mundo. Muchos rasgos de la situación contemporánea mundial tienen raíces históricas en los resultados de la pasada guerra, mientras que la actitud respecto a esta contienda, la interpretación de su historia, del carácter y de los resultados siguen siendo una de las líneas del deslinde político e ideológico en la lucha de clases universal. Los compiladores estimaron por esto necesario y natural insertar en este folleto varios artículos publicados en *Revista Internacional* con motivo del treintenio de la Victoria.

Los amigos del progreso y de la paz recibieron el 30 aniversario como una grande y jubilosa fiesta, mencionando con profunda gratitud el aporte decisivo del pueblo soviético en la salvación de la civilización de la peste fascista. Otros fueron los sentimientos que experimentaban los enemigos. Como se dice en el artículo del miembro del Buró Político del CC del PCUS y ministro de Defensa de la URSS, A. Grechko, «La gran victoria y sus enseñanzas históricas», con el que se abre el libro, «los actuales falsificadores burgueses de la historia tratan de minimizar la trascendencia internacional del triunfo de la Unión Soviética y su ejemplo alentador para los pueblos del mundo amantes de

la libertad. La realidad es que en los campos de batalla de la Gran Guerra Patria se enfrentaron el socialismo y el imperialismo y fueron sometidas a rigurosa prueba las fuerzas y la vitalidad de dos sistemas sociales opuestos. Si se es objetivo, hay que reconocer la superioridad del socialismo sobre el régimen social capitalista, cosa que no pueden admitir los ideólogos burgueses»[1].

En el artículo se desenmascaran las viejas y nuevas leyendas sobre las causas del fracaso de la agresión fascista contra la URSS. Deteniéndose en las importantísimas enseñanzas de los acontecimientos de aquellos años, el autor recalca la necesidad de estudiar aún más hondamente la experiencia atesorada, utilizar con habilidad las enseñanzas de la guerra para la lucha por la paz y la seguridad internacional, para repeler la agresión, si intentan emprenderla las fuerzas reaccionarias del imperialismo.

La línea del análisis marxista-leninista de la Segunda Guerra Mundial la prosigue D. Urbany, veterano del movimiento comunista internacional y Presidente del Partido Comunista de Luxemburgo, quien demuestra persuasivamente que la victoria militar de la URSS fue una victoria clasista del socialismo, victoria que socavó las posiciones internacionales del imperialismo y revolucionó la situación en el mundo. Su consecuencia directa fueron la formación del sistema de Estados socialistas y el desmoronamiento de los imperios coloniales. Por consiguiente, si hablamos de los resultados de la guerra, que conservan mayor significación para nuestra época —señala el autor— ellos residen en las nuevas condiciones favorables para el sucesivo despliegue de la lucha universal contra el imperialismo y el peligro bélico, para la lucha de clase de los trabajadores y el movimiento democrático de las masas.

D. Urbany conceptúa la solidaridad revolucionaria y la cohesión cada vez más sólida de la clase obrera y del movimiento comunista internacionales como un factor que desempeña el papel determinante en que hoy se haya logrado, en lo fundamental, una de las tareas esencialísimas que los comunistas han tenido planteada en los últimos treinta años: afianzar a buen seguro los resultados políticos y clasistas de la Segunda Guerra Mundial. Sólo gracias

[1] Véase la pág. 28 de la presente publicación.

a las iniciativas colectivas de los partidos comunistas y a los esfuerzos mancomunados de los Estados de la comunidad socialista se ha creado en Europa un sistema de acuerdos internacionales que refrendan jurídicamente los resultados más importantes de la victoria sobre el fascismo. En las metas conquistadas de esta manera se promueven nuevas tareas, que también exigen decisiones colectivas. Esto es un imperiativo de la época y sirve de base a los pasos prácticos para la preparación del foro europeo de los comunistas de toda Europa. En el artículo se expresa la seguridad de que la elaboración de la estrategia en perspectiva de la lucha será tanto más exitosa cuanto más plenamente sean tenidas en cuenta las enseñanzas de los pasados decenios, incluida la experiencia recibida durante la guerra y pagada con las víctimas incalculables de todos los pueblos y, en primer lugar, de los pueblos de la URSS.

Al camino exitoso y al mismo tiempo sumamente complicado del afianzamiento de la RDA, la formación de la cual significó el punto de viraje en la historia del pueblo alemán y de toda Europa, dedica su artículo «Para que la guerra no parta de tierras alemanas», F. Ebert, miembro del Buró Político del CC del PSUA. El autor presta particular atención al problema de la creación del Partido Socialista Unificado de Alemania, que, siguiendo las tradiciones revolucionarias del movimiento obrero alemán, se transformó en el proceso de la edificación de la nueva sociedad en un partido marxista-leninista. «El desarrollo a partir del 8 de mayo de 1945 —escribe F. Ebert— ha venido confirmando invariablemente la importancia histórica de la alianza combativa entre el PCUS y el PSUA. De esta alianza ha brotado una amistad profunda, inquebrantable y cada vez mayor entre los 250 millones de personas que forman la familia de pueblos de la URSS y los 17 millones de ciudadanos de la RDA socialista... Por eso, en el treinta aniversario de la liberación, nuestra República está al lado de los vencedores, de aquéllos a quienes la propia historia otorga el triunfo y que a escala mundial avanzan inconteniblemente hacia la victoria del socialismo»[2].

En su artículo «El imperialismo USA y los destinos de Europa Occidental», el Presidente del Partido Comunista

[2] Véase pág. 55.

de Dinamarca, K. Jespersen, se concentra en el análisis del arduo complejo de vínculos e interrelaciones posbélicos entre estos dos centros del imperialismo mundial. Existe una especie de alianza transatlántica de clase, basada en la comunidad de intereses de los monopolios norteamericanos y europeos. Pero, de otra parte, en su lucha competitiva surgen incesantemente contradicciones sumamente serias. En este conflicto, para los marxistas-leninistas no existe ni bando justo ni bando injusto. «Trátase de una típica contradicción interimperialista —observa el autor—, y si no permanecemos indiferentes ante ella es tan sólo en el sentido de que la consideramos como un factor que debilita al imperialismo en su conjunto y crea premisas más favorables para el despliegue de la lucha democrática contra el yugo de los monopolios «propios» y «extraños»[3]. K. Jespersen remarca el aspecto clasista de la lucha contra el imperialismo norteamericano, puesto que su éxito encierra la posibilidad de una lucha aún más exitosa contra el capital monopolista de la misma Europa Occidental, su aliado de clase.

En el artículo, argumentado con gran profusión de datos reales, se analizan las esferas principales de los conflictos y los cambios efectivos que socavan la estructura del dominio estadounidense en esta parte del globo y que dan a los Estados europeooccidentales y a sus pueblos nuevas posibilidades para eximirse del dictado de allende el Océano, para ampliar y consolidar su independencia nacional. El análisis de algunas tendencias del desarrollo del imperialismo germanooccidental, de particular utilidad en el 30 aniversario de la derrota del fascismo hitleriano, la crisis de la superestructura económica del capitalismo en la RFA, su influjo en todos los dominios de la política interior y exterior del país y la intensificación de la lucha de clases, es el círculo de cuestiones que toca en su investigación H. Mies, Presidente del Partido Comunista Alemán. Pone de relieve la incapacidad del capitalismo contemporáneo con su sistema de regulación monopolista de Estado para asegurar un desarrollo proporcional y estable de la economía, el carácter parasitario y la podredumbre del imperialismo. El articulista recalca que la lucha del PCA contra los propósitos de hacer recaer el peso de la crisis sobre los

[3] Véase pág. 69.

trabajadores, por la realización inmediata de medidas que protejan contra las consecuencias de la subida inflacionista de los precios y el alarmante desempleo «entrame con la acción democrática y antimonopolista en defensa y por la ampliación de los derechos democráticos y por la apertura de la vía socialista. Para el PCA, esto tiene en la actualidad significado importantísimo»[4].

La brusca agudización de la crisis del capitalismo incita a tendencias peligrosas para la causa de la paz. Según la revista mensual francesa *Le Monde Diplomatique*, hoy, a los treinta años de la capitulación del Reich, se han abierto las primeras grietas, posiblemente, no sólo en la economía de los Estados principales, sino también en el edificio de la paz internacional. ¿Tiene razón de ser este juicio? La agudeza de los fenómenos de la crisis en el sistema de la economía del capitalismo ha llegado a un grado en el que tienen que suscitar determinados cambios en la estructura de los vínculos económicos y políticos internacionales. La cuestión reside en la vía por la que se llevan a cabo los cambios maduros. ¿Qué particularidades de las condiciones internacionales y nacionales traban los intentos de la reacción para encontrar salida de la crisis económica mediante la guerra? La respuesta a estas preguntas el lector la encontrará en el comentario de J. Prazsky «La crisis y la guerra: el fondo actual del problema».

El Secretario General del Partido Comunista del Canadá, W. Kashtan, dedica su artículo a los cambios positivos en el mundo que propician nuevas posibilidades favorables para desplegar la lucha por las transformaciones sociales. Revelando la estrecha ligazón entre el relajamiento de la tensión y el aceleramiento del ritmo del progreso social, el autor dice que los cambios en el clima político internacional «permiten a las fuerzas revolucionarias hallar nuevos caminos para conquistar bases sociales y políticas que les brinden mejores posibilidades para lanzarse al asalto de las posiciones del capital monopolista»[5]. La clase obrera y sus aliados han logrado éxitos remarcables en el dominio de los múltiples métodos para cumplir la doble tarea que nos encomendara Lenin: *saber* luchar contra el imperialismo,

[4] Véase pág. 82.
[5] Véase pág. 106.

saber ayudar al desarrollo revolucionario y al socialismo en formación. Al mismo tiempo, se hace constar en el artículo, la novedad de la situación actual, cuando la línea maestra del desarrollo se hace la distensión internacional, promueve la necesidad de la elaboración colectiva por los comunistas de una plataforma teórica de lucha, científicamente argumentada, de las masas trabajadoras por el afianzamiento de la seguridad, la cooperación y el progreso. Un aporte considerable en la elaboración de esa plataforma están llamadas a desempeñar, en opinión del autor, la próxima Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa y la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas, por cuya convocación se pronuncia el PCC.

En situación del fracaso de la política imperialista de la guerra fría y del ahondamiento de la crisis general del capitalismo el anticomunismo, como toda la ideología burguesa, se ve obligado a cambiar su táctica y fisonomía, a tener que adaptarse a la correlación de fuerzas cambiante y a las nuevas condiciones de la lucha de clases. Esto es también justo respecto al anticomunismo en su versión germanooccidental, que durante mucho tiempo personificó las ideas de la revancha y del odio de los círculos imperialistas hacia la RDA, el Estado socialista en tierra alemana. «Lo viejo y lo nuevo en el anticomunismo» sirve de tema al artículo de H. Adamo, colaborador de la Dirección del PCA. Una de las históricas enseñanzas de la victoria sobre el fascismo —recalca el articulista— reside en la necesidad de la lucha conjunta y perseverante de todos los demócratas contra el anticomunismo y el antisovietismo. Las posibilidades actuales de esta lucha, que libra constantemente en su país el PCA, se determinan, en primer lugar, por factores como los éxitos de los países de la comunidad socialista en el ámbito internacional y en el terreno del desarrollo socioeconómico, así como la influencia creciente de la concepción marxista-leninista del mundo.

Los artículos insertos en la presente compilación, tomados en su conjunto, trazan un extenso panorama político del mundo contemporáneo y son un testimonio persuasivo de que los comunistas se ocupan actualmente de una intensa elaboración teórica de los problemas que pone al orden del día el desarrollo del proceso revolucionario mundial. Con la particularidad de que utilizan para ello la experiencia de los treinta años posbélicos. Esta experiencia confirma la justedad de la estrategia revolucionaria de la clase obrera, elaborada por los comunistas, considerando las enseñanzas que se desprenden del análisis objetivo y científico de las consecuencias militares, políticas y clasistas de la derrota del fascismo.

La gran victoria y sus enseñanzas históricas

Andréi Grechko,
miembro del Buró Político del CC del PCUS,
ministro de Defensa de la URSS,
Mariscal de la Unión Soviética

En la primavera de 1945, con la derrota de la Alemania fascista, culminaba la II Guerra Mundial en Europa. Su principal dimensión la da la Gran Guerra Patria del pueblo soviético que destruyó la máquina bélica hitleriana, limpió de invasores el solar patrio e hizo un aporte decisivo a la liberación de los pueblos del continente europeo de la esclavitud fascista.

La victoria del pueblo soviético predeterminó en alto grado la marcha de la historia mundial. Fue un acontecimiento cuya trascendencia no palidece con el correr del tiempo. Hoy, pasados treinta años, todos los hombres honrados del planeta inclinan la frente ante la memoria de quienes no escatimaron esfuerzos ni su vida en la descomunal batalla contra el fascismo. Hoy, como ayer, los resultados y las enseñanzas de esta batalla conservan su valor de actualidad para los destinos del género humano.

1

La gran guerra patria fue la más dura y cruenta de todas las sufridas por nuestro país. Los cabecillas nazis se proponían destruir el régimen soviético, exterminar físicamente a los pueblos de la URSS y apoderarse de su territorio y sus riquezas nacionales. El fascismo germano confiaba de este modo en abrirse paso para implantar su dominio mundial.

En sus designios agresivos contra la Unión Soviética el hitlerismo no estaba solo. Los medios gobernantes de las potencias imperialistas veían en el fascismo germano a su aliado de clase en la lucha contra el primer Estado socialista del mundo. Por muy complicadas y contradictorias que

fuesen las relaciones internacionales en el mundo capitalista de los años treinta, es un hecho indiscutible que en la preparación de la agresión contra la URSS y en la formación del ejército fascista alemán invirtieron recursos y fuerzas no sólo Alemania, sino también –directa o indirectamente– otras potencias imperialistas. De 1924 a 1930, Alemania obtuvo empréstitos extranjeros por un valor superior a los 30.000 millones de marcos. El ingente potencial militar de que el fascismo disponía a comienzos de los años cuarenta no hubiera podido crearse sin la ayuda financiera y técnica de muchos estados imperialistas, sin su política de «apaciguamiento» del hitlerismo. Este fue el crimen más horrendo del imperialismo ante los pueblos del mundo entero.

Globalmente, los procesos económicos y políticos internacionales en vísperas de la contienda mostraron con claridad meridiana que, debido a su propia naturaleza, el sistema imperialista genera por fuerza la agresión y crea el peligro de una conflagración mundial.

Ante esta situación, el Partido Comunista de la Unión Soviética y el Gobierno de la URSS hicieron todo lo posible para evitar la guerra. La Unión Soviética fue la iniciadora de oponer una resistencia colectiva a la agresión que se estaba gestando y promovió varias propuestas para aunar los esfuerzos internacionales con el fin de frustrar los planes bélicos del fascismo.

Pero los círculos gobernantes de los EE. UU., Inglaterra, Francia y de otros estados capitalistas no quisieron cooperar con la URSS para forjar un frente común de lucha por la paz y la seguridad de los pueblos y siguieron considerando como su enemigo principal no al fascismo, sino al socialismo, no a la Alemania hitleriana, sino a la Unión Soviética. Incluso cuando, a despecho de sus cálculos, la guerra comenzó con el enfrentamiento de las dos coaliciones capitalistas, trataron empecinadamente de incitar a Hitler a volver las armas contra la Unión Soviética, lograr el debilitamiento simultáneo de Alemania y la URSS y extender y consolidar así sus propias posiciones en el mundo.

Al mismo tiempo, los estados burgueses, que fueron las primeras víctimas de la agresión fascista, no pudieron ofrecerle una resistencia eficaz. En menos de un año, los hitlerianos, aprovechando el derrotismo de los gobiernos

capitalistas, lograron poner fuera de combate, uno por uno, a los numerosos ejércitos de los países eurooccidentales y ocupar una gran parte de Europa. Estas victorias, relativamente rápidas y fáciles, posibilitaron y aceleraron considerablemente la preparación y el desencadenamiento por la Alemania fascista de la guerra contra la Unión Soviética. La ocupación de los estados europeos permitió a los hitlerianos poner a su propio servicio en esta guerra el potencial económico de aquéllos.

Desde los primeros días de la instauración del Poder Soviético, nuestro Partido se daba perfecta cuenta de que el país socialista, hallándose como se hallaba en un cerco imperialista enemigo, corría siempre el peligro de ser atacado militarmente, razón por la cual el Partido no dejó de recordar a los trabajadores las palabras de Lenin de que «el primer mandamiento de nuestra política, la primera enseñanza... que debe ser asimilada por todos los obreros y campesinos, es que es preciso mantenerse alerta y recordar que estamos cercados por hombres, clases y gobiernos que manifiestan de manera abierta el mayor odio hacia nosotros»[1]. De ahí se derivaba la constante preocupación del Partido y el Gobierno por crear premisas tecno-económicas, político-morales y militares para repeler una eventual agresión.

La tarea de fortalecer la capacidad defensiva de la URSS podía cumplirse con eficacia sólo en base a los éxitos generales de la construcción del socialismo. Estaba claro, por ejemplo, que el desarrollo a marchas forzadas de la industria de defensa y el despliegue de la fructífera actividad de los científicos y proyectistas para poner a punto nuevas armas eran posibles sólo gracias a las realizaciones de la industrialización socialista. La colectivización de la agricultura tuvo gran importancia para el robustecimiento del potencial defensivo del país. La completa eliminación de las clases explotadoras, la revolución cultural, el fortalecimiento de la amistad de los pueblos de nuestro multinacional país y la vigorización de la unidad moral y política de la sociedad soviética fueron la condición indispensable y la garantía del éxito en la preparación de los efectivos del ejército socialista: combatientes patriotas, internacionalistas, luchadores dispuestos a defender las conquistas de la revolución y del socialismo. El triunfo del socialismo en la URSS permitió proceder a una modernización técnica radical de las Fuerzas Armadas Soviéticas y a su reequipamiento masivo con medios de guerra modernos en aquel período. Una inseparable parte integrante de ese trabajo fue la dotación del ejército y la marina con mandos y cuadros políticos y técnicos cualificados y la elevación de las cualidades combativas y político-morales de los soldados y oficiales soviéticos.

El cumplimiento del programa de defensa del país requirió no sólo un trabajo intenso del pueblo soviético, sino implicó ciertas privaciones materiales. Nuestro Partido aprecia como sigue la situación creada en aquel entonces: «El país estaba ante una opción: restringir deliberadamente el nivel de vida del pueblo, crear, con esfuerzos heroicos y en el plazo más breve posible, una potente economía y fortalecer su capacidad defensiva, o verse aplastado por las fuerzas unidas de la reacción.»[2] Y el pueblo soviético, que respaldaba y compartía por entero la política del Partido, siguió este camino difícil, pero el único justo.

Para dar cima a la ingente labor de reconstrucción y modernización de las Fuerzas Armadas Soviéticas, se requería, naturalmente, tiempo. En la práctica, ello imponía la necesidad de retardar, en lo posible, el comienzo de la guerra, cuya inevitabilidad se hacía más patente cada día. Esta fue la tarea que se nos planteó en un contexto en que la Alemania hitleriana ya había comenzado las operaciones militares en Europa y los estados occidentales proseguían obstinadamente su política antisoviética. Ante esta situación, la URSS no tuvo más remedio que concertar el pacto de no agresión con Alemania, con lo que ganó casi dos años, tan necesarios para incrementar su poderío defensivo.

Podemos, pues, afirmar a ciencia cierta que la gran victoria obtenida en 1945 había sido sólidamente preparada por los progresos prebélicos del socialismo en nuestro país, por las medidas que adoptó el Partido para fortalecer la capacidad defensiva de la URSS y por la política exterior leninista de principio y el arte de la diplomacia soviética.

[1] V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXXIII, pág. 131, Ed. Cartago.

[2] *El 50 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Tesis del CC del PCUS.* Moscú, 1967, pág. 27.

2

Los estrategas hitlerianos, al iniciar la guerra contra la URSS, cifraban su principal esperanza en la fuerza demoledora del primer golpe, con grandes masas de tanques, infantería y aviación, y en el fulminante avance hacia los centros vitales de nuestro país.

El 22 de junio de 1941 fue lanzado contra nosotros un ejército de 5.500.000 hombres, reforzado con más de 4.300 tanques y cañones de asalto, alrededor de 5.000 aviones y unas 48.000 piezas de artillería y morteros. Al enemigo que cometía la pérfida agresión le favorecía el factor sorpresa. Era una agresión concebida y minuciosamente preparada por la mayor máquina bélica que jamás pusiera en pie la sociedad capitalista.

Para asestar este golpe y desplegar luego la ofensiva en un frente que se extendió del Báltico al Mar Negro, los hitlerianos utilizaron no sólo todo el poderío del Reich fascista y de sus aliados, sino también toda la experiencia obtenida en las anteriores campañas de la II Guerra Mundial y toda la práctica militar de sus soldados y oficiales bien disciplinados, seleccionados y adiestrados.

El comienzo de la guerra fue sumamente desfavorable para el País de los Soviets. Se dejó sentir la falta de tiempo para resolver los complejos problemas de reequipamiento del ejército y la marina.

A pesar de las enérgicas medidas adoptadas, la preparación del país para repeler la agresión no alcanzó el nivel necesario para poder dar una réplica inmediata y contundente al agresor. Además, las Fuerzas Armadas Soviéticas no tenían suficiente experiencia de operaciones militares modernas contra un enemigo malvado, pérfido y armado hasta los dientes.

Los soviéticos no olvidarán jamás los trágicos días y noches, rebosantes de heroísmo, del verano y el otoño del año cuarenta y uno, cuando tuvieron que abandonar la construcción pacífica para iniciar una lucha encarnizada contra el enemigo y defender no sólo los frutos de su trabajo, no sólo la libertad, sino el propio derecho a vivir. El pueblo soviético y su ejército, en medio de tremendas conmociones y graves descalabros, resistieron el primer golpe poderoso con que los estrategas hitlerianos pensaban ganar

la guerra. Replegándose ante el empuje de las fuerzas superiores del enemigo, las tropas soviéticas no entregaron sin combate ni un palmo de su tierra. Cada avance costó al ejército fascista germano enormes pérdidas que fueron minando su poderío y acabaron por llevarlo a una derrota sin parangón en la historia. En aquellos días de duras pruebas, el pueblo y los combatientes soviéticos revelaron al mundo entero sus altas cualidades morales y combativas, su bravura en situaciones difíciles y su permanente disposición a la hazaña.

El organizador de la lucha de todo el pueblo contra el agresor fue el Partido Comunista que, en toda la actividad de los duros años de la contienda, arrancó firme y consecuentemente de las indicaciones de Lenin de que «...una vez que las cosas han llegado a la guerra, todo debe ser supeditado a los intereses de la guerra, toda la vida interna del país debe quedar subordinada a la guerra, sin la menor vacilación en ese sentido»[3].

El Partido supo hacer llegar rápidamente a la conciencia de todo el pueblo que la Patria socialista corría un peligro mortal, que la guerra iba a ser dura y cruenta y requeriría no pocos sacrificios. Dio a conocer al pueblo los criminales objetivos de los invasores fascistas, le mostró el carácter justo de la guerra por parte de la Unión Soviética y lo alzó a una lucha sagrada en defensa de las conquistas del socialismo. Por voluntad del Partido, todo el país fue convertido en un campamento militar. El Partido llamó a los soviéticos a librar una lucha implacable contra el enemigo, a batirse por las ciudades y aldeas soviéticas hasta la última gota de sangre; a organizar en las regiones ocupadas destacamentos guerrilleros y grupos de sabotaje y hacer la vida imposible al enemigo y sus cómplices; a perseguirlos y aniquilarlos a cada paso y desbaratar todos sus planes. La consigna del Partido «¡Todo para el frente, todo para la victoria!» se hizo ley para cada soviético.

El Partido Comunista se convirtió en un auténtico partido combatiente. El grueso de su militancia —más de la mitad— se hallaba en las filas del ejército. Uno de cada cuatro combatientes soviéticos era miembro o candidato a miembro

[3] V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXXI, pág. 126.

del Partido Comunista. Los comunistas demostraban inaudita valentía e intrepidez, cumplían las misiones más difíciles y de mayor responsabilidad y alentaban a los combatientes a la hazaña.

Bajo la dirección del Comité Central del Partido, toda la vida del país se reestructuró en breve plazo a tenor con las necesidades de la guerra. Al tiempo que se hacía frente a la invasión, había que movilizar en su totalidad y desplegar en corto plazo las Fuerzas Armadas, poner la economía en pie de guerra, impulsar el desarrollo de la industria de armamentos y movilizar todas las energías materiales y espirituales del país para derrotar al enemigo.

El Partido empeño titánicos esfuerzos para cumplir estas tareas. Señaló las vías más cortas y seguras para organizar una economía de guerra coherente y en rápido crecimiento y encabezó el poderoso movimiento patriótico de los trabajadores de la retaguardia por cumplir los encargos del frente a conciencia y en los plazos previstos y por suministrar a éste sin interrupción armas, víveres y equipos. Hoy, pasados treinta años, no podemos menos de admirarnos de cómo, en las difíciles circunstancias del primer año de guerra, la clase obrera, todo el pueblo soviético pudo cumplir tareas de defensa de tal envergadura como la evacuación de centenares de grandes empresas industriales a miles de kilómetros de distancia, su instalación y puesta en marcha; la construcción de nuevas fábricas, minas, pozos de petróleo y otras obras.

La hazaña del campesinado koljosiano fue verdaderamente de importancia nacional. Pese a todas las dificultades materiales y privaciones, en un esfuerzo máximo físico y moral, aseguró el abastecimiento de víveres al ejército y la población y el suministro de materias primas a la industria.

Al iniciar la contienda, los estrategas hitlerianos contaban con que las dificultades del estado de guerra quebrantarían la unidad del pueblo soviético y el Partido Comunista. Y éste fue uno de sus más crasos errores. Nuestro pueblo y sus Fuerzas Armadas, fieles sin reserva al Partido, le siguieron en los días más duros de los reveses militares, lo mismo que en los de las heroicas victorias del frente y la retaguardia.

Los cabecillas de la Alemania fascista abrigaban la ilu-

sión de que la economía soviética no resistiría la tensión bélica. Pero la realidad echó por tierra también estos cálculos. Los primeros meses de la contienda mostraron que el sistema económico, basado en la propiedad social de los medios de producción y en la planificación centralizada, es capaz de reestructurarse en el plazo más breve para atender con eficacia a las necesidades del tiempo de guerra.

El fascismo, producto de una ideología racista y nacionalista, esperaba, además, que la guerra quebrantaría la amistad y la unidad de la multinacional familia de pueblos soviéticos. Pero en la práctica, la réplica a la agresión hitleriana fue la firme fraternidad de armas de los combatientes soviéticos de las distintas nacionalidades. Hombro a hombro, defendieron la Patria socialista rusos y ucranianos, lituanos y kirguizes, bielorrusos y kazajos, georgianos y letones, uzbekos y moldavos, tadzhikos y armenios, azerbaidzhanos, turkmenos y estonios, hijos e hijas de todos los pueblos de la URSS.

De este modo, ya en el período inicial de la guerra, en un período desfavorable para nosotros, se patentizó la inconsistencia de los principales designios de la estrategia hitleriana.

Desde el punto de vista propiamente militar, ello suponía el fracaso, ante todo, de los cálculos basados en la guerra relámpago. Resultó completamente irrealizable el plan hitleriano de aniquilar en varias semanas el grueso de las fuerzas del Ejército y la Marina Soviéticos y terminar victoriosamente la guerra contra la URSS antes del invierno. El Alto Mando hitleriano creía tanto en la infalibilidad de su idea de «blitzkrieg» que no pensó en ningún problema relacionado con operaciones de larga duración ni supuso que chocaría con la resistencia de todo el pueblo, resistencia que convirtió la lucha de los soviéticos en una auténtica Guerra Patria.

Ya durante los sangrientos combates del verano y otoño de 1941, nuestras tropas obtuvieron no pocas victorias y adquirieron experiencia combativa en los enfrentamientos con el fuerte enemigo. En las operaciones de Lutsk, Brody y Rovno, en la heroica defensa de Brest, Kíev y Odesa, con los potentes golpes en el sector de Smolensk, en la tenaz defensa de Leningrado y Sebastopol, las tropas soviéticas

extenuaron y machacaron decenas de divisiones selectas del enemigo, echando por tierra los cálculos del Alto Mando hitleriano de llevar a cabo una campaña «oriental» relámpago que se asemejaría a las sostenidas en Europa Occidental. No se logró la victoria fácil y rápida que la propaganda de Goebbels y los generales fascistas habían prometido a sus soldados.

3

Nuestro Partido y el Alto Mando soviético opusieron a la estrategia hitleriana de la guerra relámpago la estrategia de la guerra popular, la estrategia de una defensa activa y de una contraofensiva que llevara a la completa derrota de la máquina bélica fascista y el Estado nazi.

La historia de las batallas libradas en el frente soviético-germano es bien conocida. Pero aún hoy, el pensamiento militar torna una y otra vez a su análisis, tratando de extraer enseñanzas que permitan comprender qué operaciones clave determinaron el desarrollo de la guerra y su desenlace. ¿Cuáles fueron, pues, las batallas decisivas de la Gran Guerra Patria?

El acontecimiento central del primer año de la contienda fue la histórica batalla de Moscú, en la que se enfrentaron las principales agrupaciones de las tropas soviéticas y del ejército fascista germano. En duros y tenaces combates, el enemigo fue derrotado a las puertas de Moscú y rechazado viéndose obligado a pasar a la defensiva en casi toda la línea del frente soviético-germano. La batalla de Moscú tuvo un inmenso significado militar y político. Inició se un viraje radical en el curso de la guerra, esfumándose la falsa leyenda de la invencibilidad del ejército fascista alemán.

Los derrotados generales hitlerianos y, con ellos, los actuales falsificadores burgueses de la historia, tratando de justificar sus fracasos en las cercanías de Moscú, aducen argumentos que nada tienen de común con la realidad. Se remiten a la falta de caminos y a la inclemencia del invierno ruso, a que en el momento de pasar a la contraofensiva «la fuerza y los recursos de las tropas soviéticas eran quince o veinte veces superiores», etc. Pero la verdad fue

otra: en la batalla de Moscú vencieron la voluntad y la bravura del heroico pueblo soviético y de su ejército.

A comienzos del segundo año de la Gran Guerra Patria, el centro de las operaciones militares se desplazó al ala sur del frente soviético-germano. En el verano de 1942 se desplegó la lucha contra una gran agrupación de tropas fascistas germanas que habían penetrado hasta las orillas del Don y el Volga. Esta lucha desembocó en dos acontecimientos de suma trascendencia íntimamente entrelazados: Stalingrado y la batalla por el Cáucaso. Los invasores fascistas pretendían cortar la principal arteria fluvial del país, el Volga, apoderarse del petróleo del Cáucaso, de los cereales del Don y del Kubán, colocando de este modo a nuestro país en una crítica situación económica y obligarlo a capitular. Confiaban además en que el avance de los ejércitos fascistas alemanes por la Transcaucasia les permitiría penetrar en los países del Próximo Oriente.

La atención de todo el país y del mundo entero se centró en el flanco sur del frente soviético-germano. La batalla de Stalingrado, que duró sin tregua alguna seis meses y medio, terminó con la rotunda victoria del Ejército Soviético. Las tropas enemigas sufrieron cerca de 1.500.000 bajas entre soldados y oficiales. Esta victoria contribuyó sobremanera al viraje radical que se produjo no sólo en la Gran Guerra Patria, sino también en toda la II Guerra Mundial.

Al propio tiempo que la batalla de Stalingrado se libraron encarnizados combates por el Cáucaso. «El gran cerco, la derrota y el aprisionamiento de un ejército nazi de 330.000 hombres en Stalingrado, el heroísmo y arte militar sin par de los stalingradenses —señaló L. Brézhnev—, fueron un ejemplo alentador para los combatientes del frente del Cáucaso. Estos, con sus intrépidas acciones, impidieron a los hitlerianos trasladar importantes contingentes del frente del Cáucaso a Stalingrado. La derrota de las tropas fascistas en Stalingrado aceleró nuestra victoria en el Cáucaso.»[4] En duros combates defensivos, las fuerzas del frente del Cáucaso iban desgastando a las agrupaciones nazis que acometían hacia Bakú y Tuapsé y, más tarde, al pasar a la ofensiva, infligieron al enemigo una demoledora derrota en

[4] Véase *Pravda*, 8 de setiembre de 1974.

las inmediaciones de Novorossiisk y en Tamán, en las estepas de Salsk y en las cercanías de Rostov.

Stalingrado y las estribaciones del Cáucaso fueron los últimos límites de la invasión nazi. Las tropas soviéticas pasaron a la contraofensiva en las márgenes del Volga, rompieron el cerco de Leningrado y desplegaron luego una ofensiva general desde Velikie Luki hasta el Mar Negro, haciendo retroceder al enemigo 600–700 km. Estas victorias tuvieron gran repercusión más allá de nuestra Patria. Las Fuerzas Armadas Soviéticas se adueñaron de la iniciativa estratégica y la mantuvieron hasta el final de la guerra.

En el verano de 1943 se entablaron los combates en el arco de Kursk y en las cercanías de Oriol y Bélgorod. El Alto Mando hitleriano se esforzaba por recuperar la iniciativa perdida. Con una victoria en la batalla de Kursk, Hitler confiaba elevar la decaída moral de su ejército, recobrar su prestigio internacional y evitar el desmoronamiento de la coalición fascista. Pero el desenlace de la batalla de Kursk fue muy distinto y colocó a los hitlerianos al borde de la catástrofe. En cincuenta días de ininterrumpidos combates fueron derrotadas 30 divisiones enemigas, entre ellas 7 de tanques. El enemigo perdió alrededor de medio millón de hombres, más de 3.700 aviones, unos 1.500 tanques y 3.000 piezas de artillería. La derrota infligida a la Alemania hitleriana fue tal que ya no pudo reponerse ni compensar sus cuantiosas pérdidas. El golpe hizo tambalearse hasta los cimientos no sólo la Wehrmacht y Alemania, sino todo el bloque fascista.

Después de la batalla de Kursk, el Alto Mando fascista alemán no pudo, en ninguna de las operaciones posteriores, formar una agrupación ofensiva tan potente como aquélla. El sino del ejército fascista era ya sólo defenderse, mientras la jefatura política del III Reich se esforzaba por prolongar la guerra con la esperanza de que, explotando las contradicciones entre los componentes de la coalición antihitleriana, podría concertar una paz por separado con Inglaterra y EE. UU. y evitar así la expiación.

Pero este plan de los invasores hitlerianos tampoco habría de cumplirse. El año 1944 pasó a la historia de la Gran Guerra Patria como el año de las victorias decisivas de las Fuerzas Armadas Soviéticas. Se llevaron a cabo importantes operaciones que evidenciaban el creciente poderío de la URSS y el alto nivel del arte militar soviético. Estas operaciones, que tenían carácter de ofensivas consecutivas y simultáneas en las distintas direcciones del frente soviético-germano, desmoralizaban al enemigo y le obligaban a trasladar sus reservas de una línea a otra. Las operaciones ofensivas de nuestras tropas a extramuros de Leningrado y en Crimea, en la Ucrania de la orilla derecha del Dniéper, Bielorrusia, Moldavia, las repúblicas soviéticas del Báltico y en la zona polar desembocaron en la expulsión del enemigo del territorio soviético.

El Ejército Soviético, con el activo concurso de las unidades polacas, checoslovacas, búlgaras, rumanas y yugoslavas, procedió a liberar a los pueblos de Europa de la peste parda. A comienzos de 1945, se desplegaron operaciones ofensivas de gran envergadura entre el Vístula y el Oder, en Prusia Oriental, Pomerania, Silesia y en las inmediaciones de Budapest. La batalla de Berlín, en la que resultó aniquilada una agrupación enemiga de casi un millón de hombres, fue el punto culminante, la apoteosis de la Gran Guerra Patria. Las tropas soviéticas se apoderaron de la capital de la Alemania fascista, último reducto del nazismo.

La batalla de Berlín –la más grandiosa de la Guerra Patria– coronó la victoria del Ejército Soviético. En la noche del 8 al 9 de mayo de 1945, en Karlshorst se firmó el acta de capitulación incondicional de la Alemania hitleriana.

El curso de la guerra, pues, lo determinaron las operaciones militares concebidas y planeadas por el Alto Mando soviético, las batallas que la estrategia soviética impuso a los hitlerianos, lo que quiere decir que la historia de la guerra no la hicieron la ofensiva de las tropas fascistas en el verano de 1941, ni sus esfuerzos por llegar al Volga y penetrar en el Cáucaso en 1942, ni sus intentos de pasar a una amplia contraofensiva en el arco de Kursk en 1943, ni su última esperanza en una concentración total de fuerzas para defender Berlín, a expensas del debilitamiento de los frentes occidentales. Por el contrario, el desarrollo de la Gran Guerra Patria fue orientado por el pensamiento, la acción y el heroísmo de nuestro Partido, del pueblo soviético y de sus Fuerzas Armadas.

La victoria de la Unión Soviética en la Gran Guerra Patria tuvo una significación histórica mundial ejerciendo un poderoso influjo en todo el desarrollo de la posguerra y en los destinos de la humanidad. Creció como nunca el prestigio internacional de la URSS. En el enfrentamiento con las fuerzas más agresivas y reaccionarias del imperialismo triunfaron el Estado socialista, la coalición antihitleriana, las fuerzas de la paz, la democracia y el progreso social.

Europa quedó liberada del fascismo, y el mérito corresponde, ante todo, a las Fuerzas Armadas Soviéticas. Su avance fuera de las fronteras de su país fue impuesto por la imperiosidad estratégico-militar de derrotar al agresor fascista que siguió oponiendo obstinada resistencia hasta el último día de la contienda. Al mismo tiempo, era un deber internacionalista del pueblo soviético, cuyos combatientes llegaron a Europa como liberadores de los pueblos del yugo fascista. Tenemos pleno fundamento para afirmar que sin la Unión Soviética, sin las resueltas acciones de sus Fuerzas Armadas habría sido imposible liberar a Europa del dominio del fascismo.

La derrota de la Alemania nazi predeterminó y aceleró la derrota del militarismo nipón y con ello el desenlace de la II Guerra Mundial en beneficio de las fuerzas de liberación nacional, de la democracia y el progreso. Cumpliendo sus obligaciones de aliado, la Unión Soviética inició, en agosto de 1945, las hostilidades contra Japón. Fue un acto justo, orientado a defender los intereses estatales de nuestro país y de todas las naciones, víctimas de la agresión nipona. Sólo 23 días precisó el Ejército Soviético para, juntamente con las Fuerzas Armadas de la República Popular Mongola, derrotar al ejército de Kuangtung, de un millón de hombres. La activa participación de la Unión Soviética en la liquidación del foco de la ultrarreacción mundial en el Extremo Oriente tuvo gran importancia para los destinos nacionales de los países de Asia y para el despliegue en ellos de la lucha antiimperialista de liberación.

Con la derrota del fascismo y del militarismo japonés cambió de modo radical la situación en el mundo y se crearon premisas internacionales favorables para las transformaciones revolucionarias en muchos países de Europa y Asia. Los trabajadores de Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumania, Hungría, República Democrática Alemana, Yugoslavia, Albania, República Popular Democrática de Corea, República Popular China y República Democrática de Vietnam acabaron con el dominio de los capitalistas y terratenientes y realizaron profundas transformaciones socio-políticas y económicas. Se formó el sistema socialista mundial y se articuló la poderosa comunidad de estados socialistas.

La victoria de la Unión Soviética en la guerra contra el fascismo germano demostró que en el mundo no hay fuerzas capaces de destruir el socialismo, detener el avance inexorable de la humanidad por el camino del progreso social e invertir el curso de la historia. Se confirmaron por entero las palabras de Lenin de que «jamás podrá ser derrotado un pueblo cuyos obreros y campesinos, en su mayoría, han comprendido, sentido y visto que defienden su propio poder, el poder soviético, el poder de los trabajadores; que defienden una causa cuyo triunfo les asegurará a ellos y a sus hijos la posibilidad de beneficiarse de todos los bienes de la cultura y de todas las creaciones del trabajo humano»[5]. Nuestra victoria, que puso de manifiesto las ventajas decisivas del régimen social y estatal socialista, multiplicó la fuerza de atracción del socialismo y de las ideas del marxismo-leninismo.

La guerra y la victoria que la coronó demostraron la superioridad fundamental del ejército de un tipo nuevo, socialista, sobre el ejército de la sociedad explotadora.

Fue el triunfo de la organización militar soviética, socialista, de la ciencia militar y el arte militar soviéticos. Salidas de las entrañas del pueblo y unidas estrechamente a él por objetivos e intereses comunes, las Fuerzas Armadas Soviéticas cumplieron hasta el fin su deber patriótico e internacionalista. Cohesionadas en torno al Partido Comunista, dieron muestras de una lealtad y un cariño sin reservas a su Madre Patria y de fidelidad a los ideales del comunismo. Los resultados de la guerra corroboraron en forma convincente que la ciencia militar y el arte militar soviéticos poseen ventajas indiscutibles ante la ciencia militar y el arte militar burgueses. En el aspecto bélico, la Alema-

[5] V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXIX, pág. 313.

nia fascista era el país más fuerte del mundo capitalista. Su arte militar estaba basado en la multisecular experiencia de guerras rapaces del militarismo germano. Y no obstante, al enfrentarse con el arte militar soviético, fracasó.

Junto con los combatientes soviéticos se batieron heroicamente en el territorio ocupado los guerrilleros soviéticos. La lucha del pueblo entero en la retaguardia enemiga fue un elemento inseparable de la estrategia victoriosa de la Guerra Patria.

Los actuales falsificadores burgueses de la historia tratan de minimizar la trascendencia internacional del triunfo de la Unión Soviética y su ejemplo alentador para los pueblos del mundo amantes de la libertad. La realidad es que en los campos de batalla de la Gran Guerra Patria se enfrentaron el socialismo y el imperialismo y fueron sometidas a rigurosa prueba las fuerzas y la vitalidad de dos sistemas sociales opuestos. Si se es objetivo, hay que reconocer la superioridad del socialismo sobre el régimen social capitalista, cosa que no pueden admitir los ideólogos burgueses.

Pese a los hechos evidentes, niegan el papel decisivo de la Unión Soviética en la derrota de la Alemania nazi. En las publicaciones burguesas sobre la II Guerra Mundial se tergiversa la realidad histórica. Por regla general, se subestima el significado del frente soviético-germano y de la lucha liberadora del pueblo soviético en dicha guerra; se falsifica el carácter de las operaciones militares de las tropas soviéticas y se silencian los factores que determinaron nuestra victoria sobre la Alemania hitleriana.

Los autores burgueses siguen repitiendo hasta hoy las viejas patrañas e inventando nuevas sobre las causas del fracaso de la agresión fascista contra la URSS y sitúan en primer plano ora las «causas naturales de la derrota» (clima y espacio), ora los «factores subjetivos» (intromisión de la jefatura hitleriana en los planes y la acción del Alto Mando alemán o el «enigma del carácter nacional ruso»). Se dice con frecuencia que las victorias decisivas sobre la Alemania fascista no fueron logradas a las puertas de Moscú, en Stalingrado, Kursk y Berlín, sino en la «batalla por el Atlántico», en el Norte de Africa, en el Mediterráneo y en las operaciones de las tropas aliadas en el Norte de Francia. Algunos autores afirman que en el despliegue de

la lucha antifascista mundial el papel clave lo desempeñó la intervención USA en la guerra.

Pero los hechos hechos son. En la II Guerra Mundial el frente soviético-germano fue el principal en todos los aspectos: espacio, cantidad de fuerzas de las partes beligerantes, tensión y duración de las operaciones militares y resultados de la lucha. En el transcurso de toda la guerra, en el frente soviético-germano se concentró la mayor parte de los contingentes humanos y del material bélico del enemigo. Durante los 1.418 largos días y noches de encarnizados combates, en los que se forjó nuestra victoria, en el frente soviético-germano fueron derrotadas y aniquiladas 607 divisiones de la Alemania fascista y sus aliados, mientras que las tropas anglo-norteamericanas en Africa Septentrional y Europa Occidental liquidaron e hicieron prisioneras 176 divisiones del enemigo. Y ello, fundamentalmente al final de la contienda, cuando la derrota de la Alemania nazi estaba ya predeterminada.

Estas cifras prueban de forma irrebatible que el peso principal de la guerra lo soportó el pueblo soviético. Pero, aunque subrayan el papel decisivo de nuestro país y de sus Fuerzas Armadas en la derrota del fascismo, los soviéticos siempre han considerado y consideran que fue una victoria común de los pueblos adictos a la libertad, de los demócratas y patriotas de todo el mundo. Junto con las tropas soviéticas forjaron la victoria el pueblo de Yugoslavia, rebelde desde los primeros días de la guerra, y su Ejército Popular de Liberación, los combatientes del Ejército Polaco y del Ejército Popular Checoslovaco y, al final de la contienda, las unidades búlgaras, rumanas y húngaras. El pueblo hermano mongol prestó una considerable ayuda al pueblo soviético.

Los soviéticos aprecian en todo su valor la contribución de los pueblos de EE. UU., Inglaterra, Francia, Canadá y de los demás países de la coalición antihitleriana a la derrota de la Alemania fascista y a la conquista de la victoria. En tierra soviética lucharon denodadamente los intrépidos aviadores de la escuadrilla francesa «Normandía-Niemen». Los soviéticos rinden tributo al aporte de todos los participantes en la lucha antifascista, a los héroes de la Insurrección nacional eslovaca, de las insurrecciones de Varsovia y Praga, Bulgaria y Rumania, a los guerrilleros de Albania y

Grecia, a los patriotas húngaros que lucharon contra el fascismo en la clandestinidad y a los mejores hijos del pueblo alemán que pelearon por una Alemania libre en medio de un terror feroz. Expresamos nuestro profundo respeto a los valientes luchadores de la Resistencia que combatieron contra el hitlerismo en todos los territorios ocupados por los fascistas.

La coalición antihitleriana ha pasado a la historia como un ejemplo de fecunda cooperación de países con distinto régimen social en la lucha común contra el agresor. Al mismo tiempo, en el curso de la contienda se forjó una amplia unión internacional de las fuerzas sociales que intervinieron juntas en defensa de la independencia nacional de sus respectivos países, de la democracia y el progreso social. En las primeras filas de estas fuerzas antifascistas marcharon la clase obrera y los partidos comunistas.

El aporte decisivo de la Unión Soviética a la derrota de la Alemania hitleriana y el papel rector que desempeñaron los comunistas en la Resistencia fueron una manifestación natural de la gran misión histórica de la clase obrera internacional, la clase liberadora que se halla en el centro de nuestra época.

5

¿Que enseña la experiencia de la Gran Guerra Patria y cuáles son sus lecciones más importantes?

La Gran Guerra Patria y toda la II Guerra Mundial confirmaron de manera incontrovertible la función determinante de las masas populares en la evolución socio-histórica. La contienda, que comenzó como un enfrentamiento entre dos coaliciones capitalistas, se convirtió en una guerra justa, de liberación contra el fascismo. La participación en ella de ingentes masas populares —millones y millones de personas—, la comprensión por éstas de los justos objetivos de la lucha contra el agresor fue un factor importantísimo de la derrota de la Alemania fascista y sus satélites.

El desenlace de la contienda es una severa advertencia para las fuerzas reaccionarias del imperialismo contemporáneo que no abandonan sus planes de desencadenar una nueva guerra contra el Estado soviético, contra el

sistema socialista mundial. Al atentar contra un régimen social de vanguardia, el fascismo germano se condenó a sí mismo a una derrota inminente, porque el nacimiento y el desarrollo del socialismo, que viene a sustituir a la sociedad burguesa vieja y caduca, es un proceso lógico e inexorable. Es imposible detenerlo. Tal es la ley de la historia que con creciente vigor se manifiesta hoy, cuando frente a la reacción mundial se alzan la poderosa comunidad de países socialistas y el amplio movimiento obrero revolucionario y de liberación nacional y las fuerzas progresistas del mundo entero.

La Gran Guerra Patria y la II Guerra Mundial en su conjunto mostraron que el verdadero culpable de la agresión y el único promotor de las guerras es el imperialismo internacional con su política rapaz y expansionista, razón por la cual es cometido primordial de los pueblos, para evitar una nueva conflagración mundial, luchar contra el imperialismo, atenazar las fuerzas agresivas de éste y hacer frente a sus aspiraciones militaristas.

Los esfuerzos de la Unión Soviética, de otros países socialistas hermanos y de las fuerzas progresistas del mundo han alejado en el momento presente el peligro de una nueva guerra mundial. Sin embargo, los preparativos bélicos de los estados imperialistas, lejos de debilitarse, se incrementan en cierto sentido. Las potencias de la OTAN aumentan cada año las asignaciones para la guerra, espolean la carrera armamentista y acumulan armas de exterminio masivo. Tampoco disminuye la amenaza de nuevas provocaciones militares capaces de caldear el clima internacional hasta niveles de peligrosidad. Todavía no se ha establecido una paz justa en Indochina ni se ha logrado un arreglo político en el Próximo Oriente; subsiste el foco de tensión en el Este del Mediterráneo.

Los incesantes preparativos bélicos de los estados imperialistas requieren una atención constante para fortalecer la capacidad defensiva de los países de la comunidad socialista y elevar su preparación con el fin de hacer frente a las maquinaciones y aventuras de las fuerzas reaccionarias imperialistas. Al enjuiciar la situación creada en el mundo, los partidos comunistas y obreros señalaron en su Conferencia Internacional de 1969 que, «apoyándose en su potencial económico y militar, en constante crecimiento,

el sistema socialista mundial traba al imperialismo, limita sus posibilidades de exportar la contrarrevolución... Mientras exista el bloque agresivo de la OTAN, la Organización del Tratado de Varsovia será un importante factor de la seguridad de los países socialistas frente a cualquier agresión bélica de las potencias imperialistas y de la salvaguardia de la paz.»[6]

El Partido Comunista de la Unión Soviética pone en práctica de un modo consecuente y perseverante el Programa de Paz trazado por el XXIV Congreso del PCUS. En la política exterior del CC del PCUS y del Estado soviético el factor determinante es su rumbo invariable a la coexistencia pacífica de países de diferente régimen social, rumbo que refleja la línea estratégica a largo plazo en las relaciones del Estado soviético con el mundo capitalista. La vida confirma a cada paso la justeza de esta línea, sù impacto positivo en la distensión internacional y la mejora del clima político del planeta. La tarea consiste en hacer irreversible el proceso distensivo y completar la distensión política con la militar. Al mismo tiempo, la política exterior de paz del Estado soviético va unida inseparablemente a su disposición de dar la debida réplica a cualquier agresor.

Las enseñanzas enumeradas no abarcan, por supuesto, toda la experiencia que el pueblo soviético y sus Fuerzas Armadas y los hombres progresistas del mundo atesoraron en los años de la pasada guerra. La tarea consiste en estudiar esa experiencia aún más a fondo y en utilizar hábilmente las enseñanzas de la guerra en la lucha por la paz y la seguridad internacional y en la organización de la resistencia a la agresión si las fuerzas reaccionarias del imperialismo intentan emprenderla. «Los comunistas –dijo el camarada Brézhnev– no pueden ni deben esperar a que se declare el incendio de una nueva guerra mundial. El deber de los comunistas del mundo entero es evitar tal giro de los acontecimientos, impedir que los imperialistas desencadenen una nueva guerra y hacer todo lo necesario para fortalecer la unidad del movimiento comunista mundial.»[7]

[6] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros. Moscú 1969.* Praga, Ed. Paz y Socialismo, 1969, págs. 19 y 20.
[7] L. I. Brézhnev. *Por el rumbo leninista*, Moscú, 1970, t. I, pág. 154, ed. en ruso.

El pueblo soviético festeja el XXX aniversario de la victoria histórica mundial sobre los invasores fascistas alemanes en la Gran Guerra Patria en un ambiente de gran entusiasmo político y laboral originado por el feliz cumplimiento de los planes trazados por el XXIV Congreso del PCUS.

Los progresos de la construcción socialista asientan una base firme para incrementar la capacidad defensiva de la URSS y el poderío combativo de sus Fuerzas Armadas. Gracias al desvelo del Partido Comunista y al trabajo abnegado del pueblo soviético, las Fuerzas Armadas cuentan con todo lo necesario para dar una digna réplica a cualquier agresión.

Los esfuerzos que al filo de los años treinta y cuarenta empeñó la Unión Soviética para crear un sistema de seguridad colectiva resultaron vanos. Por aquel entonces, la URSS era el único Estado socialista del mundo y se hallaba en un cerco capitalista. Hoy la situación es muy distinta; en los 30 años transcurridos, la faz de Europa y del mundo, la estructura de su vida política y las posibilidades de garantizar la seguridad europea y mundial han cambiado radicalmente. La correlación de fuerzas en el mundo se ha modificado en favor del socialismo y en detrimento del imperialismo. La comunidad de estados socialistas y sus ejércitos se desarrolla y robustece. El imperialismo no posee hoy superioridad militar. La capacidad defensiva del Estado soviético se ha fortalecido hasta el punto de ser una firme garantía para la construcción pacífica del comunismo en nuestro país. En la lucha por la paz y la seguridad de los pueblos se ha forjado una amplia alianza de fuerzas de clase, estatales y sociales, alianza que traba las manifestaciones de la naturaleza agresiva del imperialismo. Estos éxitos del socialismo mundial y de las fuerzas progresistas del mundo no son fortuitos, son una ley histórica objetiva.

El sistema socialista mundial, el poderío de los ejércitos socialistas y los movimientos obrero, comunista y de liberación nacional son garantes seguros de una paz duradera en nuestro planeta. Y es indudable que si alguien intentara destruir el edificio del socialismo mediante la fuerza militar caminaría inevitablemente hacia su propio hundimiento.

El balance de la guerra, hace 30 años y hoy

Dominique Urbany,
Presidente del Partido Comunista de Luxemburgo

La segunda guerra mundial y la derrota del fascismo son de esos acontecimientos que, al alejarse en el pasado, inciden todavía largo tiempo en los destinos de las generaciones. En efecto, muchos rasgos de la situación mundial contemporánea tienen sus raíces históricas en los resultados de la pasada guerra; en cuanto a la actitud hacia esta guerra, a la interpretación de su historia, su carácter y sus efectos, siguen siendo una línea divisoria ideo-política en la lucha de clases mundial.

Los marxistas-leninistas podemos decir con seguridad que toda la experiencia de los 30 años de posguerra avala hoy nuestra comprensión de la historia de la guerra y de sus lecciones. Al mismo tiempo, confirma la justeza de la estrategia revolucionaria de la clase obrera, trazada por los comunistas ateniéndose a las conclusiones del análisis objetivo y científico de las consecuencias militares, políticas y clasistas de la derrota del fascismo.

Las dos mayores guerras de nuestro siglo han pasado a la historia con la denominación de mundiales. Esta definición subraya que se trata de guerras que, de uno u otro modo, influyeron en la vida de todos los pueblos del mundo, hicieron estallar el sistema global de relaciones internacionales.

Las contradicciones del mundo de los años 30 eran de naturaleza distinta y tenían un grado distinto de agudeza. Sin embargo, en todas ellas incidía la contradicción esencial de la época, contradicción nacida después de Octubre de 1917, después de que el mundo se dividió en dos sistemas sociales.

En el marco del capitalismo mundial era evidente la colisión de intereses entre los grupos nacionales de la burguesía monopolista. Se dejaba sentir cada vez más el conflicto entre las potencias colonialistas y los estados que carecían de colonias. Se acrecentaba también la tensión de la lucha entre las fuerzas de liberación nacional y el imperialismo. La llegada de Hitler al poder y la formación del eje Berlín—Roma engendraron la confrontación ideopolítica del fascismo y la democracia burguesa. La situación crítica de la economía del capitalismo y la agravación de sus antagonismos sociales alimentaban las tendencias reaccionarias militaristas en los principales estados imperialistas. Esto bastó para hacer del mundo capitalista una especie de barril de pólvora. Sin embargo, no fue su inflamación espontánea lo que hizo prender el incendio bélico.

En el mecanismo del estallido de las guerras no ha habido nunca ni puede haber elemento de espontaneidad. Y la II Guerra Mundial no fue una excepción. Estalló debido a determinados cálculos estratégicos y decisiones políticas de los imperialistas.

No fueron urdidos solamente en los estados mayores hitlerianos. También en París, Londres y Washington, donde se consideraba a Alemania como un peligroso enemigo en potencia, se saboreaba con fruición la lectura del texto del pacto germano-nipo-italiano, llamado sin ninguna ambigüedad «Pacto Anticomintern». Los gobernantes de las potencias occidentales veían en el odio feroz del fascismo al proletariado revolucionario, a los comunistas y al socialismo la base de un entendimiento con Hitler y la posibilidad de enfilar la guerra contra la URSS. La diferencia entre la política del eje fascista y la alianza anglo-francesa se reducía a la diferencia entre la agresión y la incitación a la agresión. Pero, en ambos casos, era una política de guerra.

La estrategia política de los estados imperialistas se caracterizaba, más que por sus pretensiones recíprocas y sus divergencias, por su hostilidad común al país del socialismo. La ceguera clasista impedía a las potencias occidentales responder a las insistentes propuestas de la URSS de crear un sistema de seguridad colectiva y de paz en Europa y de oponer a la agresión fascista los valladares internacionales necesarios.

Después de la declaración anglo-francesa de guerra a

Alemania, parecía que el conflicto entre los dos grupos capitalistas en colisión abierta debía eclipsar todos los demás factores de la política del imperialismo. Pero no sucedió así. También en las nuevas condiciones se dejó sentir la contradicción clasista fundamental de la época. Los dos bandos beligerantes seguían acariciando los planes de transformar la guerra en una cruzada contra la Unión Soviética. No es fortuito que todo comenzara con la «drôle de guerre» (guerra extraña), ocho meses de calma durante los cuales los círculos gobernantes de Inglaterra y de Francia esperaron aún que se podría pactar con el fascismo y dirigir sus aspiraciones agresivas hacia el Este. Hitler preparaba el plan Barbarroja mientras Inglaterra y Francia estudiaban seriamente, en el invierno de 1939–1940, la idea de descargar contra la URSS un golpe conjunto con Finlandia.

Después del ataque fascista a la URSS, el frente soviético-alemán pasó a ser el esencial de la II Guerra Mundial. Cabe recordar que allí se encontraban permanentemente 6 ó 7 de cada 10 divisiones de Alemania y sus satélites. Precisamente en los combates del Ejército Rojo con las hordas hitlerianas se decidieron los destinos estratégicos de la guerra. La Unión Soviética hizo un aporte determinante a la derrota del fascismo. Y la victoria de la coalición antihitleriana fue, ante todo, la victoria de las armas soviéticas.

Pero no fue sólo una victoria militar, ni sólo sobre el fascismo.

Al asumir el peso fundamental de la guerra, la URSS se convirtió en fuerza rectora dentro de la coalición aliada. Los éxitos del Ejército Rojo elevaban incesantemente su prestigio internacional. Con la derrota definitiva del fascismo, aumentaron incalculablemente el peso y la influencia de la Unión Soviética en la política mundial. Este fue uno de los resultados políticos más importantes de la guerra.

Al mismo tiempo, la victoria militar de la URSS fue una victoria clasista del socialismo. Quebrantó las posiciones internacionales del imperialismo y revolucionó la situación en el mundo. El aspecto clasista de esta victoria se reveló claramente en el auge de la batalla proletaria revolucionaria y nacional-liberadora. Fueron consecuencia suya directa la formación del sistema de estados socialistas y el derrumbe de los imperios coloniales.

Por consiguiente, los resultados de la guerra que mayor significación conservan en nuestra época son las nuevas condiciones favorables para el desenvolvimiento sucesivo de la lucha mundial contra el imperialismo y el peligro de guerra, para la lucha clasista de los trabajadores y del movimiento democrático de masas.

Es natural que tales consecuencias políticas y clasistas de la II Guerra Mundial no fueran del agrado de los imperialistas. La burguesía monopolista hizo cuanto de ella dependía para transformar los años de posguerra en período de desquite del imperialismo.

En la política del imperialismo predominaba el planteamiento de revisión de los principales resultados de la guerra. Conforme estaba ideada, esta revisión debía conducir, *desde el punto de vista militar*, a la creación de una fuerza armada de los estados imperialistas que superara de manera decisiva el potencial defensivo de los países del socialismo. En la estrategia del imperialismo arraigaron las doctrinas «de contención», «de rechazo» del comunismo precisamente por medios bélicos. Para la revisión de las consecuencias de la guerra *en la esfera política*, los imperialistas pensaban recurrir a la revisión de las fronteras internacionales y a la yugulación de las fuerzas y los movimientos democráticos dentro de los países del capital. Finalmente, en lo relativo a la *correlación de las fuerzas de clases* en el mundo, se planeaba socavar y, en la medida de lo posible, liquidar las conquistas revolucionarias de los pueblos de los estados socialistas y, en el mundo capitalista, frenar la lucha del proletariado, de las masas trabajadoras.

Hace ya tres decenios que las fuerzas de la paz, de la democracia y del socialismo batallan con buen éxito para que no se materialice ninguno de estos propósitos imperialistas. Pero, en su esencia, los planes del imperialismo continúan siendo los mismos y conservan su peligro. Y aunque se han modificado notablemente muchas formas y métodos previstos para su realización, no han sido retiradas del arsenal algunas de las armas esenciales de la política imperialista de revancha. Entre ellas está el antisovietismo.

Inmediatamente después de la guerra, la burguesía monopolista movilizó todos los medios ideológicos a su alcance para presentar a la Unión Soviética como el país

del que sedicentemente partía la amenaza para la paz y la democracia. Fácil es comprender por qué fueron elegidas ante todo estas acusaciones y no otras para calumniar a la URSS y al socialismo. En efecto, precisamente fue la defensa consecuente y eficaz de la seguridad y la libertad de los pueblos por la Unión Soviética la que dio fuerza y granjeó prestigio a su política, la que levantó serios obstáculos en la vía de la expansión imperialista. Y, por el contrario, la experiencia de la guerra demostró que el gérmen del peligro bélico está en el imperialismo y que la burguesía contemporánea, en su calidad de clase dominante de la sociedad, no puede garantizar la paz internacional ni la seguridad nacional de sus países.

La guerra contribuyó a su manera a que los pueblos conocieran mejor la política exterior de la Unión Soviética y se percataran más claramente del significado de la lucha que sostuvo antes de la guerra por la consolidación de la paz. También ejerció efecto desembriagador en muchos políticos burgueses, les permitió valorar, aunque con retraso, los llamamientos soviéticos a robustecer la paz y oponer una firme barrera internacional al agresor. Este factor de esclarecimiento desempeñó determinado papel en la formación de la coalición antihitleriana.

Constituida durante la guerra, habría podido ser sostén de la paz después de la contienda. Los documentos de la historia demuestran que la Unión Soviética veía en ella una forma de colaboración fructífera, también para el futuro, entre estados de régimen social distinto. El imperialismo se atenía a otra orientación. La burguesía monopolista, que no mostró voluntad política de paz en la década del 30, volvió a convertir después de la guerra la seguridad de los pueblos en moneda de cambio de su juego en la palestra internacional. Apenas callaron las salvas de la victoria en 1945, se dedicó a exacerbar la guerra fría y empujar a Europa y al mundo entero hacia el umbral de una hecatombe termonuclear.

Recae plenamente sobre la burguesía monopolista y la política de sus gobiernos la responsabilidad de que, durante un gran período de los 30 años de posguerra, el continente europeo haya vivido en un ambiente de temor. Por el contrario, si este fue, a pesar de todo, un tiempo de paz, si la guerra fría no se convirtió en caliente, los pueblos se lo

deben antes que nada a la Unión Soviética, al acrecido poderío y prestigio y a la política de la comunidad socialista.

En los últimos años se ha saneado el clima internacional. Ha cobrado cuerpo real la posibilidad de articular un sistema de seguridad colectiva en Europa. Este avance es consecuencia directa de la nueva y enérgica ofensiva de paz de los estados socialistas, del programa estratégico que propuso en abril de 1971 el XXIV Congreso del PCUS, de las acciones de las fuerzas de la paz y del socialismo en el mundo entero. Ha avanzado sustancialmente la obra, iniciada por la victoria soviética sobre el fascismo, de organizar la paz universal.

La experiencia de la guerra y de los 30 años posteriores ha mostrado también que la Unión Soviética y el socialismo son la gran fuerza mundial en que se apoyan los pueblos al luchar por la libertad y la democracia. No se trata sólo de la consolidación y del desarrollo de la democracia socialista, sino también de los destinos de las instituciones democráticas en la sociedad burguesa, de su defensa contra la amenaza fascista.

Sabido es que el carácter limitado de la democracia burguesa y su profunda crisis interna dejaron el camino expedito al fascismo en la Alemania de la década del 30 y, todavía antes, en Italia. La burguesía de la mayoría de los países europeos no fue capaz de defender su democracia de clase contra la violencia fascista. Traicionó a sus pueblos y no pudo conservar para ellos el bien más preciado de la democracia: la libertad nacional.

Unicamente la derrota del fascismo podía condicionar el retorno de Europa a las normas democráticas de la vida social. El país que garantizó esta condición fue la Unión Soviética. La independencia nacional de las naciones europeas, grandes y pequeñas, el progreso de la democracia socialista en la parte oriental del continente y el restablecimiento de las instituciones democráticas en la parte occidental fueron alcanzados, ante todo, merced al heroísmo y al valor de los soviéticos y fueron pagados con su sangre y sus vidas.

La misión liberadora de la URSS no se limitó a sus resultados directos e inmediatos. Pasó a ser un factor de acción duradera, pues la derrota del fascismo evidenció el castigo

que espera a la reacción en caso de acudir a formas totalitarias y dictatoriales de coacción contra los trabajadores y de las masas populares. Hoy, la burguesía no tiene más remedio que pararse a meditar en la suerte del Reich hitleriano todas las veces que siente la tentación de aprovechar en favor de sus intereses las fuerzas de extrema derecha y los métodos fascistas de gobierno.

Esto no significa que el peligro de la derecha haya sido anulado. Lo engendra constantemente el régimen social que se respalda en el dominio de los monopolios. Uno de los últimos testimonios de ello es la activación de los neofascistas en Italia. La política consciente del imperialismo mundial y las estructuras internacionales creadas por él siguen siendo fuente de sostén y estímulo de la ultrarreacción. Por ejemplo, es evidente que sólo al amparo de la OTAN han podido mantenerse durante largos años en la posguerra las dictaduras fascistas en varios países europeos.

Es perfectamente lógico que, a medida que se ahonda la distensión internacional en Europa, se observen también nuevos éxitos en la lucha de las fuerzas democráticas. Los acontecimientos revolucionarios de Portugal y la caída de la junta fascista en Grecia son inseparables del avance de nuestro continente por la vía de una paz sólida. Y es indudable que las fuerzas motrices de este proceso ambivalente no habrían podido ser puestas en acción si la política de la Unión Soviética no ejerciera una influencia en auge constante sobre toda la situación mundial y no pudiera respaldarse en resultados de la pasada guerra tan importantes como la formación del sistema de los estados socialistas y el fortalecimiento de las posiciones del proletariado internacional y del movimiento de liberación nacional.

Hoy se hace mas palpable en los países capitalistas el papel rector del proletariado en el movimiento democrático general y en la lucha contra la opresión de los monopolios. Este papel se halla predeterminado por las propias leyes de la historia; pero, naturalmente, la clase obrera llega a desempeñarlo de hecho sólo en caso de que su voluntad clasista quede expresada en una estrategia y una táctica correctas, en una línea principista de los representantes políticos de sus intereses. La experiencia de los 30 años

transcurridos ha demostrado que la estrategia y la táctica científicamente fundamentadas de los partidos marxistas-leninistas y la posición que a tenor de sus principios sustentan en los complejos problemas de la vida política mundial y nacional han contribuido en grado máximo a los éxitos de la clase obrera y al incremento de su influencia sobre otras capas de la sociedad burguesa. Esta experiencia ha confirmado, en particular, que entre los factores que aseguran un peso político creciente al proletariado en su propio país tiene inmensa significación la profundidad de sus vínculos clasistas internacionales y la aptitud de actuar en las mismas filas con todas las fuerzas revolucionarias de nuestra época.

Se sabe que el movimiento de la Resistencia en los países ocupados por los fascistas cobró magnitud eficiente y las formas de organización necesarias precisamente cuando el Ejército Rojo ganó una serie de grandes batallas, entre ellas la inolvidable de Stalingrado. No era una coincidencia fortuita. El viraje que las fuerzas armadas soviéticas imprimieron a la guerra se convirtió, lógicamente, también en viraje político y moral de trascendencia europea y mundial. El ejemplo del pueblo soviético ensanchó incalculablemente las filas de patriotas y demócratas que se alzaron a la lucha contra los ocupantes y les infundió la seguridad de que el fascismo sería vencido.

La Resistencia cohesionó a las fuerzas sanas en muchos países. Y es muy lógico que la clase obrera se destacase en seguida como dirigente en esta unidad nacional combativa. En la vanguardia de la Resistencia iban los comunistas. La misión de oponerse al fascismo, superior a las fuerzas de la burguesía, fue dignamente cumplida por el vasto frente de las fuerzas populares que encabezaba el proletariado.

Este hecho tuvo un significado primordial para la correlación de fuerzas socio-políticas en la Europa posbélica. Creció verticalmente el prestigio de los partidos comunistas y obreros en las masas populares. En 17 países enclavados entre el Atlántico y las fronteras occidentales de la URSS llegaron al poder gobiernos nacionales en los que figuraban representantes de la clase obrera, comunistas. Cuajaron condiciones propicias para seguir desplegando la lucha por la democracia y el progreso social. Aparecieron nuevas perspectivas de renovación revolucionaria de la sociedad.

Las tentativas del imperialismo de restablecer la dominación política incontrolada de la burguesía fracasaron en Europa Central y Sudoriental, pues las masas trabajadoras lograron en esta zona, apoyándose en la ayuda de la Unión Soviética, defender sus conquistas. Pero la contraofensiva imperialista tuvo cierto éxito en Occidente donde, como se indica más arriba, el antisovietismo pasó a ser una de sus armas principales. ¿Qué cartas se jugaban? Primera, la de apartar de la Unión Soviética al movimiento democrático en los países burgueses. Segunda, la de presentar como antinacionales las posiciones internacionalistas y clasistas del proletariado y de los partidos comunistas y dividir ese movimiento democrático. Exacerbando la histeria antisoviética, el imperialismo trataba de crear un ambiente en el que cualquier manifestación de simpatía hacia la URSS debiera ser castigada políticamente y, en cambio, recompensada toda crítica dirigida contra el principal país del socialismo.

Aquella fue una época de duras pruebas para los luchadores por la democracia, la independencia nacional y el progreso social. No todos las soportaron. Pero los que no se dejaron contagiar por el antisovietismo ni le hicieron la menor concesión dieron muestras de valor y de sensatez política.

A este respecto, acuden a la memoria dos episodios, en realidad bastante conocidos, de la vida de nuestro pueblo y de nuestro Partido. Aunque uno de ellos se remonta a la época de la guerra y el otro es más reciente, guardan un profundo nexo de sentido y, en cierto aspecto, son igualmente instructivos.

Después de la ocupación de Luxemburgo, Hitler se proponía remachar la liquidación de la independencia nacional de nuestro país incorporándolo a Alemania. Los fascistas esperaban hallar un pretexto para el *anschluss* en los resultados de una «consulta a la población» organizada por ellos en Luxemburgo. Cada habitante debía indicar la nacionalidad y la lengua materna. Los fascistas estaban seguros de que la mayoría contestaría: «nacionalidad alemana», «lengua materna, el alemán». Para garantizar este resultado del «referéndum» se recurrió al terror y a otros métodos de intimidación. Pero se hacía hincapié en crear un clima sicológico general que no dejara lugar a dudas de que Alemania terminaría victoriosamente la guerra de un momento a otro y se convertiría en el centro de un mundo amoldado a sus exigencias y sus intereses.

La «consulta» se convocó para el 10 de octubre de 1941. La elección de la fecha no había sido casual. El Ejército Rojo retrocedía. Los periódicos y la radio fascistas aseguraban que Hitler entraría de un día para otro en Moscú. Se comprende que, de haber tenido éxito esta propaganda, muchos luxemburgueses habrían podido vacilar y ceder a la tentación de ser incluidos en la «nación de señores y vencedores». Pero, de hecho, el pueblo de Luxemburgo declaró casi en un 100 %: somos luxemburgueses y hablamos en luxemburgués. Este fue un triunfo del orgullo nacional y de la intrepidez de nuestro pueblo. Al mismo tiempo, fue testimonio de su honda fe en la futura victoria de la URSS y en la condenación del fascismo.

El otro episodio está relacionado con la situación que surgió en el verano de 1968, cuando la propaganda imperialista levantó una nueva oleada de antisovietismo rabioso. Nuestro Partido adoptó entonces una firme actitud de solidaridad con la Unión Soviética y los estados de la comunidad socialista. La reacción luxemburguesa estimó que se le ofrecía la probabilidad de aniquilar políticamente al Partido Comunista. Se apresuró a convocar elecciones municipales y parlamentarias extraordinarias. ¡Y le fallaron los cálculos! Las victorias electorales obtenidas por el PCL en noviembre y diciembre de 1968 figuran entre los éxitos más imponentes de nuestro Partido. Confirmaron una vez más que, para conquistar la confianza de las masas populares, los comunistas no tienen camino más seguro que la fidelidad a sus ideales, la solidaridad clasista indestructible con todos los destacamentos del proletariado revolucionario internacional, con el socialismo.

La vida confirma permanentemente que la solidaridad revolucionaria y la creciente unidad son condición imprescindible de los éxitos de la clase obrera internacional, del movimiento comunista. Este factor desempeñó un papel determinante para cumplir en lo fundamental una de las tareas esenciales que hemos tenido planteadas los comunistas estos últimos 30 años: consolidar firmemente los resultados políticos y clasistas de la II Guerra Mundial. Está claro, por ejemplo, que sólo gracias a las iniciativas colec-

tivas de los partidos comunistas, gracias a los esfuerzos aunados de los estados de la comunidad socialista se creó en Europa un sistema de tratados internacionales que dieron forma jurídica a los resultados más importantes de la victoria sobre el fascismo. También está claro que en las posiciones conquistadas de este modo se plantean nuevas tareas que exigen igualmente soluciones colectivas. Es un imperativo de la época y la base de la preparación práctica del foro europeo de los comunistas. Nuestro Partido marcha hacia él con la seguridad de que la elaboración de una estrategia a largo plazo será tanto más eficiente cuanto más se tomen en consideración las enseñanzas de los decenios pasados, incluida la experiencia que obtuvimos durante la guerra y que fue pagada con innumerables sacrificios de todos los pueblos, en primer lugar, los pueblos de la Unión Soviética.

Para que la guerra no parta de tierras alemanas

Friedrich Ebert,
miembro del Buró Político del CC del PSUA

En esta primavera, la población de la República Democrática Alemana celebra la fecha más señalada de 1975: el XXX aniversario de su liberación del fascismo. Durante mis seis decenios largos de vida política he sido testigo de muchos «días memorables», que ni en el Reich kaiseriano, ni en la República de Weimar, ni bajo la dictadura hitleriana habían sido jamás fiestas para todos los ciudadanos, ya que la divisoria clasista pasaba por el pueblo y separaba netamente a la masa de explotados del pequeño grupo de explotadores. Cabe suponer que el 8 de mayo de 1945, todos los alemanes sin excepción se sintieron felices de que la guerra desatada por los fascistas en 1939 había terminado por fin.

Pero excluido el no muy numeroso destacamento de luchadores de la Resistencia antifascista, el grueso de la población era presa del pánico, temiendo tener que pagar los crímenes fascistas de lesa humanidad. La política anticomunista y antisoviética de Alemania, aplicada durante decenios y cuya criminal culminación fuera la agresión fascista contra la URSS en junio de 1941, había dejado profundas huellas negativas en la conciencia de la población alemana.

El 8 de mayo de 1945, vastos sectores de nuestra población no habían comprendido aún, como lo comprenden ahora, que la victoria de la Unión Soviética era una necesidad histórica del mismo orden que la derrota de la Alemania hitleriana. Lo que entonces quedó refrendado no fue sólo el triunfo de un ejército sobre otro, sino también la victoria del régimen socialista, profundamente humano, sobre el criminal sistema de explotación, opresión y geno-

cidio, confirmándose la amplia superioridad del régimen estatal y social socialista sobre el imperialismo.

Incluso las fuerzas progresistas, entre ellas las de la clase obrera, que no tenían conocimientos teóricos marxistas-leninistas suficientemente profundos, no comprendieron desde el primer momento que esa victoria significaba un viraje histórico en la vida de nuestro pueblo, que nuestra liberación del fascismo por las gloriosas tropas soviéticas representaba un importante hito en el desarrollo del socialismo mundial por la senda que había abierto la Gran Revolución Socialista de Octubre. Pero los cambios que, con la eficaz ayuda material e ideológica de la URSS y del PCUS, se produjeron desde entonces en el Estado y la sociedad de la República Democrática Alemana han asignado al día de la liberación un firme lugar en la vida de los trabajadores de la RDA. Hoy conmemoramos de un modo solemne ese día, juntamente con toda la humanidad progresista.

El camino que hemos recorrido desde la capitulación incondicional del fascismo hasta nuestros días, en que la RDA existe como parte inseparable de la comunidad de estados socialistas, ha sido un camino lleno de éxitos y, a la vez, muy complejo. La relación entre los problemas que se están resolviendo y los recursos necesarios para ello es en la actualidad cada vez más equilibrada, gracias ante todo a la base material y técnica, cada vez más sólida, de cada Estado socialista y de la comunidad en su conjunto. Inmediatamente después del 8 de mayo de 1945 se les plantearon a las fuerzas políticamente conscientes del movimiento obrero alemán problemas que parecían insolubles, pero que, pese a todo, tenían necesariamente que ser resueltos.

Las múltiples medidas adoptadas por las autoridades militares soviéticas para salvar al pueblo alemán de la muerte por hambre y su contribución al restablecimiento de las empresas, los transportes y las instituciones culturales, fueron borrando progresivamente en la mente de millones de personas los estereotipos antibolcheviques y permitieron que se desarrollase la indestructible amistad que hoy une a los ciudadanos de la RDA con los pueblos de la Unión Soviética.

Para eliminar las terribles consecuencias del fascismo y edificar un Estado desde cuyo territorio jamás debería partir la guerra contra otros pueblos, tuvo una importancia decisiva el amplio y desinteresado apoyo de los comunistas soviéticos. Esto lo percibieron de un modo particular los militantes de los dos partidos obreros, del Partido Comunista de Alemania y el Partido Socialdemócrata de Alemania. Los oficiales y soldados del Ejército Soviético compartieron gustosos con los alemanes, como auténticos camaradas, su rica experiencia de construcción de la sociedad socialista.

Las fuerzas políticamente más maduras del movimiento obrero alemán cobraron clara conciencia de la tarea principal que se alzaba ante ellos. Era preciso aprovechar al máximo la favorable correlación de fuerzas, establecida a raíz del triunfo de la Unión Soviética y de los pueblos de la coalición antihitleriana, y la agudizada crisis del imperialismo mundial para extirpar definitivamente de las tierras alemanas el imperialismo y el militarismo, lo cual equivalía a sentar las bases para instaurar el poder político de la clase obrera y un régimen socialista.

El 8 de mayo de 1945 todavía actuaban factores que obstaculizaban el aprovechamiento de esta situación favorable. El movimiento obrero carecía aún de una vanguardia revolucionaria, personificada por un combativo partido marxista único. No había sido superada la división de la clase obrera producida aún durante la I Guerra Mundial y que había debilitado la lucha de millones de trabajadores contra el imperialismo y contribuido de un modo decisivo a la implantación de la dictadura hitleriana.

En el curso de la lucha antifascista de los años 1933 –1945, la clase obrera alemana hubo de pagar por ello el precio de incontables muertos y torturados. Los nombres de Thaelmann y Breitscheid son la personificación de decenas de miles de comunistas y socialdemócratas alemanes que se batieron heroicamente contra la barbarie fascista y dieron su vida en holocausto. En la clandestinidad, en el infierno de los campos de concentración y en la Resistencia alemana organizada en la emigración, fue madurando la conclusión fundamental de que el único camino para superar irreversiblemente la vorágine imperialista de crisis y guerras era la destrucción definitiva de todas las bases

del poder del imperialismo, y de que la clase obrera representaba la única fuerza capaz de llevar a efecto esa transformación revolucionaria, pero para ello debía estar dotada de un partido único, asentado en el marxismo-leninismo.

A raiz de la derrota del fascismo los militantes de los dos partidos anhelaban la unidad de acción. Pero entre sus honradas aspiraciones unitarias y la realización de esta necesidad objetiva mediaba una fase, cuya complejidad a duras penas pueden imaginarse hoy los que pertenecen a la joven generación. Como testigo presencial y protagonista de este proceso, recuerdo muy bien cómo pensaban y actuaban entonces muchos activistas honestos del Partido Socialdemócrata de Alemania. La ciencia histórica marxista-leninista dice justamente que los pensamientos y las acciones de estos socialdemócratas venían determinados en gran medida por las ideas parlamentarias burguesas, que «dificultaban la lucha por una organización fundamentalmente nueva del Estado, que sirviese a la clase obrera de instrumento del poder. Muchos socialdemócratas consideraban al principio la actitud positiva ante la Unión Soviética como un imperativo de conveniencia política, pero todavía no comprendían la profunda y cardinal adecuación clasista de semejante actitud a las exigencias del internacionalismo proletario, base de la amistad con la Unión Soviética. Muchos socialdemócratas, que abogaban resueltamente por la aplicación de las medidas conjuntas antifascistas y democráticas previstas por los acuerdos con el PCA, intentaban al propio tiempo recurrir a los inservibles métodos reformistas, alimentando ilusiones respecto a las potencias imperialistas de ocupación. Luchaban por convicción al lado de los comunistas, pero su inconsecuencia permitía a los líderes oportunistas de derecha socavar la fe en la fuerza de la clase obrera, atizar el anticomunismo y el antisovietismo y ahondar otra vez de este modo la división de la clase obrera.»[1]

[1] Klassenkampf – Tradition – Sozialismus. Von den Anfängen der Geschichte des deutschen Volkes bis zur Gestaltung der entwickelten sozialistischen Gesellschaft in der Deutschen Demokratischen Republik. Grundriss, VEB Deutscher Verlag der Wissenschaften, Berlin 1974, S. 500–501.

Recuerdo muy bien, por ejemplo, las apasionadas discusiones de los socialdemócratas, en lo que entonces era zona soviética de ocupación, sobre la manera más adecuada de modificar la estructura de clase del agro, que llevaba la impronta de la dominación de los grandes terratenientes. Los comunistas, en su histórico llamamiento «¡Trabajadores de la ciudad y del campo! ¡Hombres y mujeres! ¡Juventud alemana!», del 11 de junio de 1945, exigían resueltamente la liquidación total y sin indemnización de la gran propiedad terrateniente, la entrega de las fincas con todos sus bienes a las administraciones provinciales o territoriales para ser distribuidas entre los jornaleros y los campesinos arruinados y sin tierras. Hoy sabemos que era ése el único camino acertado para culminar la revolución democrático-burguesa, iniciada en noviembre de 1918, en una de sus esferas decisivas. Sólo así se podía crear una base indestructible para la alianza de la clase obrera con los campesinos trabajadores. De este modo quedó preparado el terreno –en el sentido directo y figurado– para esa realidad socialista definida por nuestra Constitución en los siguientes términos: «La República Democrática Alemana es un Estado socialista de obreros y campesinos. Es la organización política de los trabajadores de la ciudad y el campo bajo la dirección de la clase obrera y de su partido marxista-leninista.»[2]

Muchos socialdemócratas no dudaban en 1945 de la necesidad de repartir las grandes haciendas entre las personas desplazadas, los campesinos pobres y los jornaleros, pero no comprendían la orientación de proceder a una enajenación sin indemnizaciones y a crear esa alianza histórica obrera y campesina que hoy constituye la base natural e inconmovible de la RDA.

Los camaradas soviéticos ayudaron también en esta cuestión decisiva a lograr una clarificación ideológica. Educados y templados por el Partido de Lenin, combinando un espíritu práctico consecuente con una sensibilidad de camaradas, supieron transmitir su rica experiencia a los tra-

[2] Verfassung der Deutschen Demokratischen Republik vom 6. April 1968 in der Fassung des Gesetzes zur Ergänzung und Änderung der Verfassung der Deutschen Demokratischen Republik vom 7. Oktober 1974, S. 9.

bajadores alemanes, con la particularidad de que siempre se trató de una guía marxista-leninista para la acción y no de una imitación esquemática de las medidas aplicadas en la Rusia Soviética para crear la alianza con los campesinos. La experiencia de la RDA es un testimonio convincente de ello.

Los comunistas soviéticos nos ayudaron sobre todo a comprender que para la unificación del PCA y el PSDA sobre la base del marxismo se precisaban unas premisas ideológicas. La labor conjunta de centenares de miles de comunistas y socialdemócratas después de la liberación del yugo fascista —sobre todo en los comités de acción de ambos partidos— condujo con frecuencia a una subestimación de la necesidad de una amplia claridad ideológica antes de proceder a la unificación orgánica, a la que a menudo se tendía espontáneamente. El honrado deseo de muchos camaradas socialdemócratas de superar inmediatamente el fatal error de la división orgánica del movimiento obrero alemán evidenciaba ante todo que no conocían suficientemente la esencia de la lucha de Lenin por un partido de nuevo tipo o que no comprendían el sentido cabal de esta lucha.

Ante los camaradas del PCA se planteaban en parte otras cuestiones, no menos complejas, en las que también era preciso «realizar a fondo una labor educativa ideopolítica, para conseguir que todos los militantes comprendiesen totalmente las nuevas tareas de la clase obrera después de la liberación y superar las influencias dogmáticas y sectarias. La aplicación del acuerdo de unidad de acción del PCA y el PSDA constituía una compleja lucha política e ideológica.»[3]

Muchos problemas fueron resueltos a medida que se avanzaba en la lucha conjunta por un orden antifascista democrático. Las numerosas lecciones de la historia, algunas dolorosas, habían dado origen a un incontenible afán unitario. El 21 de abril de 1946, cuando W. Pieck, presidente del Partido Comunista de Alemania, y O. Grotewohl, presidente del Partido Socialdemócrata, se estrecharon la mano y sellaron así la fundación del Partido Socialista Unificado de Alemania, hízose realidad el resurgimiento de un movimiento obrero alemán unificado, en el espíritu de la doctrina de Marx, Engels y Lenin. Este acto históricamente inevitable habría sido inconcebible sin la constante y multifacética asistencia ideológica, política y material de los comunistas soviéticos. Prueba de ello fue el lamentable y totalmente distinto desarrollo en las zonas occidentales de ocupación de Alemania, a pesar de que los comunistas y muchos socialdemócratas honestos de aquella parte también estaban dominados por un afán unitario.

Los 1.300.000 afiliados al PSUA se sentían legítimamente orgullosos de que el proceso de clarificación ideológica hubiese avanzado tanto que permitiera la unificación. Pero la unidad sobre una base marxista, aunque decisiva, no era más que el primer paso. Para poner de manifiesto la magnitud de las tareas que entonces se alzaban ante nosotros, es preciso recalcar una vez más que «el Partido Socialista Unificado de Alemania, mantenedor de todas las tradiciones revolucionarias del movimiento obrero alemán, se transformó en un partido marxista-leninista en *el curso* (subrayado por mí.—*F.E.*) de la construcción. Siguiendo el ejemplo del PCUS y aprovechando su rica experiencia, el PSUA salió airoso de las pruebas impuestas por la rigurosa lucha de clases y apareció como la vanguardia de la clase obrera y de todos los demás trabajadores.»[4]

¿Cuáles fueron los problemas que en el curso de este proceso hubieron de resolverse ante todo en el seno del Partido? Los miembros del PSUA que procedían de las filas de la socialdemocracia debían tener plena conciencia de que Lenin era el genial continuador de la obra de Marx y Engels en la época de la formación del imperialismo. Durante decenios, la propaganda imperialista, con la connivencia e incluso el apoyo de los líderes derechistas del PSDA, había venido atacando al leninismo, al PCUS y a la Unión Soviética. Era necesario acabar con esto. Al mismo tiempo había que proceder a una revisión crítica de la historia del movimiento obrero alemán, en particular a partir de los comienzos del siglo XX, lo cual suscitaba las opiniones más diversas. La transformación del PSUA en un

[3] Klassenkampf — Tradition — Sozialismus... a. a. O., S. 501.

[4] 25 Jahre Deutsche Demokratische Republik — ein Vierteljahrhundert Kampf für Frieden, Demokratie und Sozialismus. Staatsverlag der Deutschen Demokratischen Republik, Berlin 1974, S. 10.

partido marxista-leninista requería también que la observancia de los principios del centralismo democrático, la crítica y la autocrítica y la disciplina consciente llegasen a ser cosa natural de cada militante del PSUA, una norma de su conducta.

No se requieren muchas palabras para demostrar que los miembros del Partido de Lenin eran para nosotros un ejemplo, una ayuda y unos compañeros de armas. Recuerdo perfectamente las múltiples conversaciones con los camaradas de la Administración Militar Soviética en Alemania y con los miembros de la Dirección del PCUS, en el curso de las cuales se debatían los problemas relativos al desarrollo democrático en oposición a las maniobras fascistas y a la injerencia y la intervención imperialistas, así como los referentes a la aplicación de las medidas de desmilitarización, desnazificación y democratización, previstas por los acuerdos de la Conferencia de Potsdam de 1945 y las disposiciones del Consejo de Control de las potencias aliadas, y los problemas del desarrollo interno del Partido.

Esas conversaciones tuvieron una importancia decisiva para el reajuste de la economía, las primeras medidas de planificación, la organización de un poder estatal democrático y el resurgimiento de la vida cultural. Cabe añadir la inapreciable ayuda material de la URSS, que se expresó en el suministro de víveres, semillas, máquinas cosechadoras y tractores. Las vastas medidas soviéticas para propiciar el resurgimiento del pueblo alemán sobre una base antifascista y democrática modificaron la actitud de la población hacia el Ejército Soviético. Comenzó a desarrollarse la conciencia de que éste y los pueblos de la URSS eran unos colaboradores, unos hermanos de clase, que aspiraban al mismo y noble objetivo que los trabajadores alemanes: hacer todo lo posible para que jamás la guerra partiese de nuevo de tierras alemanas. Este cambio en la conciencia de los hombres se reflejó también en el lenguaje corriente del pueblo: a los rusos empezaron a llamarles amigos, concepto que ha arraigado firmemente y es hoy de uso cotidiano en la RDA.

La alianza combativa entre el PCUS y el PSUA adquirió una significación aún mayor cuando se hizo patente que la política de resurgimiento del imperialismo en las zonas occidentales, aplicada por la reacción interior y extranjera,

había hecho imposible la creación de una República Alemana única, pacífica y democrática. El 7 de octubre de 1949 y como única respuesta posible a la creación de la RFA surgió la República Democrática Alemana como expresión de la voluntad del pueblo. El imperialismo, que había conseguido en la RFA restablecer una vez más sus posiciones, consideró, como es natural, que este paso lógico de los trabajadores era un reto que amenazaba su existencia. La fundación de la RDA no era un simple acto de creación de un segundo Estado en tierras alemanas, acto que consolidaba las conquistas de la revolución antifascista y democrática. Al mismo tiempo (y en esto residía ante todo la amenaza para el imperialismo), el desarrollo por la senda del socialismo en tierras alemanas —que desde el primer momento había sido el objetivo programático del PSUA— había entrado en la fase de su realización práctica.

En los *Principios y objetivos fundamentales del Partido Socialista Unificado de Alemania*, aprobados por su Congreso Constituyente, había quedado ya claramente formulado que «la solución de los problemas inmediatos no suprime aún el sistema de explotación y opresión capitalista ni la anarquía del modo de producción capitalista, no permite asegurar definitivamente la paz»[5].

De esto, y teniendo en cuenta la misión histórica de la clase obrera, el PSUA deducía la siguiente conclusión: «La clase obrera sólo puede liberarse de la explotación y la opresión si al mismo tiempo libera de la explotación y la opresión a toda la sociedad y construye una sociedad socialista. El socialismo asegura a todas las naciones y a todos los hombres el libre ejercicio de sus derechos y el despliegue de sus capacidades. Sólo con el socialismo entra el género humano en el reino de la libertad y del bienestar general.»[6]

También se comprendía claramente que la condición decisiva para ello era la conquista del poder político por la

[5] Grundsätze und Ziele der Sozialistischen Einheitspartei Deutschlands, zitiert nach Revolutionäre deutsche Parteiprogramme, Vom Kommunistischen Manifest zum Programm des Sozialismus, Dietz Verlag, Berlin 1967, S. 205.

[6] Ibidem, S. 205–206.

clase obrera bajo la dirección del partido marxista-leninista y la alianza con los demás trabajadores. En lo fundamental, estas exigencias fueron cumplidas en el momento de la formación de la RDA. El objetivo proclamado en abril de 1946 —«el Partido Socialista Unificado de Alemania lucha por este nuevo Estado en tierras de la República Democrática»[7]— se transformó, a partir del 7 de octubre de 1949, en la piedra angular de la política de la RDA.

La formación de la RDA, que constituyó un viraje en la historia del pueblo alemán y de los otros pueblos de Europa, hubiese sido inconcebible sin la inapreciable aportación hecha por los pueblos de la Unión Soviética bajo la dirección del Partido de Lenin.

Esta verdad histórica fue subrayada por el camarada E. Honecker, Primer Secretario del CC del PSUA, en el discurso que pronunció en la reunión solemne dedicada al XXV aniversario de la formación de la RDA, al decir que «la lucha heroica del pueblo soviético manumitió a nuestro pueblo del fascismo y le abrió la posibilidad de emprender la vía del progreso. El desarrollo de la República Democrática Alemana fue y sigue siendo inconcebible sin la alianza fraterna con el País de los Soviets. Este principio inquebrantable de nuestra política tiene sus raíces profundas en la lucha de los mejores representantes de la clase obrera alemana, quienes, desde los años de la Gran Revolución Socialista de Octubre, demostraron su lealtad al Partido y al Estado de Lenin, que encarnan el futuro de la humanidad. Con este mismo espíritu emprendieron en 1945 el enraizamiento profundo de la amistad con la Unión Soviética en las mentes y en los corazones de nuestro pueblo. La sublime idea de la amistad con la Unión Soviética acompañaba a nuestras primeras iniciativas, fue la base sobre la que se erigió nuestro Estado. Es más, gracias a esta amistad y siendo parte inseparable de la comunidad socialista, la República Democrática Alemana hoy forma parte de la fuerza más poderosa e influyente del mundo: la fuerza del socialismo, afianzado de manera inamovible en tres continentes del globo terráqueo.»[8]

[7] Grundsätze und Ziele . . ., ed. cit., S. 206.

[8] E. Honecker. *Discurso en la reunión solemne consagrada al XXV aniversario de la RDA. Boletín de Información*, Nº 20–21 de 1974, págs. 5–6, Praga.

En el discurso pronunciado en el mismo acto, L. Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS, señaló la agudeza de la lucha por el logro de los resultados hoy sólidamente afirmados, recordando «...con qué tenacidad los círculos imperialistas intentaron doblegar a vuestra República, impedirle que se afianzara sólidamente en el continente europeo, impedir el reconocimiento internacional de la RDA como Estado soberano»[9]. Pero, al mismo tiempo, indicó que la lucha sostenida por el imperialismo con ayuda de incontables recursos políticos, ideológicos, económicos y militares, está condenada a todas luces al fracaso. Estos intentos «fueron frustrados por los esfuerzos mancomunados de los fraternales estados socialistas. La exigencia de un reconocimiento internacional de derecho de la RDA fue incluida como uno de los objetivos más importantes en todos los documentos programáticos de política exterior de los países signatarios del Tratado de Varsovia, y en las resoluciones de las conferencias europea e internacional de los partidos comunistas. La lucha por este reconocimiento constituía uno de los puntos claves del Programa de Paz del XXIV Congreso del PCUS. Lo que debía ocurrir, ha ocurrido. La República Democrática Alemana —primer Estado de los trabajadores alemanes que se conoce en la historia— ha sido reconocido hoy de un modo oficial prácticamente por todo el mundo y ha ocupado su legítimo lugar en la Organización de las Naciones Unidas.»[10]

El desarrollo, a partir del 8 de mayo de 1945, ha venido confirmando invariablemente la importancia histórica de la alianza combativa entre el PCUS y el PSUA. De esta alianza ha brotado una amistad profunda, inquebrantable y cada vez mayor entre los 250 millones de personas que forman la familia de pueblos de la URSS y los 17 millones de ciudadanos de la RDA socialista.

Como miembro de la Dirección del PSUA desde su fundación y Presidente durante muchos años de la Sociedad de Amistad Germano-Soviética he sido testigo y protagonista del desarrollo de la alianza combativa con el Partido de Lenin y del profundo arraigo de la amistad de nuestro pue-

[9] L. I. Brézhnev. *Discurso en la reunión solemne consagrada al XXV aniversario de la RDA. Pravda*, 7 de octubre de 1974.

[10] Ibídem.

blo con los pueblos de la Unión Soviética. Esto me permite, en vísperas del XXX aniversario de la liberación de nuestro pueblo, exponer, sobre la base de mi experiencia personal, una serie de planteamientos de principio.

Los 30 años transcurridos desde la liberación constituyen un período de éxitos en la lucha por la aplicación consecuente de los preceptos legados por los héroes de la Resistencia antifascista y por millones de combatientes de la coalición antihitleriana, cuya fuerza decisiva fue la Unión Soviética. El 8 de mayo de 1945 marca el comienzo de una nueva fase en la lucha por la paz, la democracia y el socialismo en todos los continentes. En consonancia con las enseñanzas de la historia y el carácter de la época de transición del capitalismo al socialismo, la RDA y sus ciudadanos se han consagrado a la noble tarea de mantener y consolidar la paz y a la realización de la democracia y la justicia social en todo el globo. Hoy están consiguiendo grandes éxitos en el logro de los objetivos señalados por el VIII Congreso del PSUA (1971). Con sus ideas avanzadas y sus obras en bien del socialismo, en bien de una paz duradera celebran esta fecha memorable de la liberación.

Este período representa tres decenios de constante ayuda y apoyo fraternales de la Unión Soviética y el PCUS a la formación del PSUA y a su configuración como combativo partido marxista-leninista, al que, en tanto que luchador consecuente por el triunfo de las ideas de Marx, Engels y Lenin, aprecian hoy en todo el mundo los amigos de nuestra justa causa y odian sus enemigos.

Los treinta años transcurridos desde la liberación representan también un período de aplicación creadora de la teoría marxista-leninista en la edificación de una sociedad socialista desarrollada en la RDA. Todas las variedades de la ideología burguesa han sufrido en el territorio de nuestro Estado una derrota contundente.

Los treinta años transcurridos desde la liberación es un período en el que se ha formado el sistema socialista mundial, que se ha convertido en la fuerza decisiva de la confrontación con el imperialismo. El régimen explotador ha sufrido en esta lucha derrotas de trascendencia histórica.

Finalmente, los treinta años transcurridos desde la liberación coinciden con la formación de la gran familia de pueblos de los estados socialistas, de la que para siempre forman parte también los 17 millones de ciudadanos de la RDA.

La alianza con la comunidad socialista encarna —ante todo gracias a la política nacional leninista aplicada en la URSS— una previsión genial de Marx: «Para que los pueblos puedan unirse de verdad, es preciso que tengan intereses comunes. Para que sus intereses puedan ser comunes, deben destruirse las actuales relaciones de propiedad, pues éstas determinan la explotación de unos pueblos por otros. Sólo la clase obrera está interesada en que se destruyan las relaciones de propiedad vigentes. Sólo ella es capaz de hacerlo. El triunfo del proletariado sobre la burguesía significa a la vez la superación de todos los conflictos nacionales e industriales, que hoy originan la enemistad entre los pueblos.»[11]

Una consecuencia lógica del desarrollo iniciado con la victoria de la Unión Soviética sobre el fascismo es que las transformaciones históricas realizadas hasta este XXV aniversario de la RDA por decisión de su suprema representación popular, se han visto reflejadas también en la Constitución. Durante este período han quedado probados los siguientes principios: aplicar una política exterior al servicio del socialismo, la paz, el entendimiento entre los pueblos y la seguridad; abogar por la aplicación de los principios de la coexistencia pacífica y prestar una ayuda omnilateral a todos los estados y pueblos que luchan contra el imperialismo, por la superación del colonialismo y de las demás formas de opresión. Desde ahora y para siempre se erige en principio constitucional algo que la población de la RDA siente en estos días con mayor vigor que ninguna otra cosa: «La República Democrática Alemana está ligada a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas por lazos de amistad eternos e irreversibles. La estrecha y fraternal alianza con la URSS garantiza al pueblo de la RDA el sucesivo avance por la senda del socialismo y la paz.

La República Democrática Alemana es parte inseparable de la comunidad de estados socialistas. Fiel a los principios del internacionalismo socialista, hace su aportación al robustecimiento de la comunidad de estados socialistas, fortalece y desarrolla la amistad, la cooperación omnilateral

[11] K. Marx und F. Engels. *Werke*, Bd. 4, S. 416.

y la ayuda mutua con todos los estados de la comunidad socialista.»[12]

Vemos, pues, que el futuro de nuestro pueblo está garantizado por la amistad indestructible y la fraternal cooperación con la Unión Soviética, por el firme encuadramiento de nuestro país en la comunidad socialista. Los ciudadanos de la RDA son conscientes de que la alianza con el país de Lenin es una fuerza vivificadora. Por eso, en el treinta aniversario de la liberación, nuestra República está al lado de los vencedores, de aquellos a quienes la propia historia otorga el triunfo y que a escala mundial avanzan inconteniblemente hacia la victoria del socialismo.

12 Verfassung der Deutschen Demokratischen Republik vom 6. April 1968 in der Fassung des Gesetzes zur Ergänzung und Änderung der Verfassung der Deutschen Demokratischen Republik vom 7. Oktober 1974, Art. 6 (2), Staatsverlag der Deutschen Demokratischen Republik, Berlin 1974, S. 12.

El imperialismo USA y los destinos de Europa Occidental

Knud Jespersen,
Presidente del Partido Comunista de Dinamarca

Los partidos comunistas y obreros de Europa Occidental expresaron en la declaración conjunta de enero de este año su enérgica protesta contra las pretensiones hegemónicas del imperialismo norteamericano y llamaron a los pueblos, a las masas trabajadoras, a todas las fuerzas democráticas a agruparse para rechazar la política imperialista USA y defender la libertad nacional de sus respectivos países.

A los comunistas daneses no les cabe la menor duda de que esta acción colectiva de los partidos comunistas es de una gran actualidad política. La independencia de nuestro país, ya de por sí mermada por su participación en la OTAN, quedó aún más limitada en una serie de esferas esenciales después de su ingreso en la CEE. Las corporaciones multinacionales, en su gran mayoría de origen norteamericano, pueden ahora utilizar las cláusulas del Tratado de Roma para seguir reforzando sus posiciones. Trátase, ante todo, de la libertad de movimiento de los capitales y del Estatuto jurídico de las corporaciones, es decir, de unas normas estatutarias que privan a las autoridades de nuestro país de la posibilidad de controlar las actividades de los monopolios extranjeros. Las consecuencias de la expansión norteamericana se dejan sentir cada vez más en todos los ámbitos de la vida de los países eurooccidentales.

La ofensiva de los EE. UU. contra Europa Occidental se desplegó en el pasado y se desarrolla en la actualidad en el marco de un complicado conjunto de conexiones e interrelaciones de estos dos centros del imperialismo mundial. Existe una especie de alianza clasista transatlántica, que

descansa en la comunidad de intereses de los monopolios norteamericanos y europeos, a la vez que su lucha competitiva da lugar a contradicciones muy serias, las cuales en los últimos años han adquirido tal agudeza que hasta los propios ideólogos y políticos de la burguesía monopolista se han visto obligados a hablar de los atolladeros de la alianza atlántica y de la necesidad de buscar una salida.

Como es evidente, para los destinos socio-políticos de Europa Occidental tienen una importancia determinante el desarrollo de la contradicción fundamental del capitalismo —el conflicto entre el trabajo y el capital—, el desenvolvimiento y la profundización de la lucha antimonopólica de las masas. Esta lucha está dirigida contra el poder del capital monopolista como tal, tanto contra los monopolios «propios» como contra los extranjeros. Al mismo tiempo no se puede dejar de destacar el hecho de que, desde hace decenas de años, el mantenimiento del dominio de la burguesía monopolista en los países eurooccidentales es apoyado y asegurado en gran medida por el imperialismo USA.

Inmediatamente después de la II Guerra Mundial, la penetración económica y política norteamericana en Europa Occidental tomó un carácter intensivo. En tan sólo dos años (1948 y 1949), cuando se adoptó el Plan Marshall y se constituyó la OTAN, el imperialismo USA logró montar un mecanismo que aseguró su rápida expansión en Europa Occidental. Fue en Washington y no en las capitales eurooccidentales donde se tomaron las decisiones que definieron la estrategia de su restauración económica posbélica. En el plano de la política exterior, los 13 países europeos atados por lazos atlánticos perdieron una gran parte de su soberanía nacional. También se convirtió en norma habitual la activa injerencia norteamericana en la vida política interna de estos países[1].

En realidad, las cosas siguieron el camino de la limitación de la independencia nacional de los estados eurooccidentales. Entre las víctimas figuraron también países que durante más de un siglo habían venido aplastando la libertad de los pueblos de sus imperios coloniales. La amarga ironía de la historia quiso que sus clases dominantes se vieran en esta situación en el preciso momento en que las fuerzas nacional-liberadoras de Asia y Africa se hallaban próximas a obtener éxitos decisivos en la lucha por el derrocamiento del poder de los colonialistas europeos.

En efecto, Europa Occidental dejó de desempeñar en muchos aspectos su antiguo papel de principal sujeto del colonialismo (cediéndolo a los Estados Unidos), para convertirse en uno de los objetos de la expansión global del imperialismo norteamericano. Es aleccionador a este respecto un ejemplo que se refiere directamente a Dinamarca. En 1951, el Gobierno danés concertó con Washington un acuerdo sobre bases militares que concedía a los Estados Unidos vastos derechos en Groenlandia. A comienzos del año en curso, mediante una serie de acuerdos sobre derechos concesionarios, firmados por los círculos gobernantes daneses con capitalistas norteamericanos, una parte considerable de las riquezas naturales de la mayor isla del planeta ha sido entregada para su explotación a un puñado de monopolios multinacionales, sin tener absolutamente en cuenta la voluntad y los intereses de la población groenlandesa. Los recursos naturales de la propia Dinamarca, entre ellos los yacimientos de petróleo de las zonas adyacentes del Mar del Norte, también fueron a parar hace unos cuantos años a manos de un consorcio formado por grandes armadores daneses y algunas corporaciones petroleras de EE. UU. El capital norteamericano consiguió arrancar esta concesión a Dinamarca mediante seductoras promesas y una enérgica presión sobre el Gobierno.

Después de la guerra, en la exportación de capitales, que según definición de Lenin es «una de las bases económicas esenciales del imperialismo»[2], se produjeron cambios que transformaron a la actual Europa Oeste en campo

[1] Este hecho, que la propaganda burguesa a ambos lados del Atlántico había venido negando durante decenios, calificándolo de «fábula comunista», ha sido confirmado en múltiples ocasiones, en particular por los documentos del Departamento de Estado norteamericano publicados a comienzos de este año con el título de *Europa Occidental en 1948*, donde se cita, por ejemplo, la recomendación contenida en el Informe del Consejo de Seguridad Nacional de EE. UU. de «proseguir los esfuerzos para lograr, por todos los medios disponibles, ...apartar de los comunistas a los socialistas italianos de izquierda». Véase *International Herald Tribune*, February 13, 1975.

[2] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 2ª ed., t. XXIII, pág. 398, Ed. Cartago.

principal de las inversiones norteamericanas, papel que antes habían desempeñado para los estados imperialistas las colonias y los países dependientes[3].

Del arsenal de los colonialistas se tomó también, en realidad, la filosofía que servía para encubrir la pretensión norteamericana de someter y explotar a Europa Occidental y cuya tesis básica era la supuesta incapacidad de los pueblos eurooccidentales de hacer frente a sus propios problemas. Esta tesis fue desarrollada y convertida en un sistema de tres argumentos destinados a demostrar la necesidad de un papel activo de los norteamericanos en los asuntos de la parte occidental de nuestro continente.

El primer argumento partía del supuesto de que Europa Occidental, militarmente débil, no era capaz de asegurar su propia defensa, de donde se desprendía la conclusión de que el «problema de la defensa eurooccidental» sólo podía ser resuelto con ayuda de los Estados Unidos, es decir, manteniendo la «presencia militar» norteamericana y rearmando a Europa Occidental bajo la dirección y el control del Pentágono. Como no existía ninguna amenaza real que justificase tales medidas, esa amenaza fue inventada. Así nació el mito del «peligro soviético». Desplegóse una campaña insólita de mentiras e intimidación. Todos recuerdan en Dinamarca aquellos días de pascua de 1948, en que los órganos burgueses de información habían presentado como «aviones soviéticos» unas bandadas de gansos reflejadas en las pantallas de los radares, mientras que la espesa niebla que avanzaba sobre Copenhague desde el Sund era calificada de «cortina de humo para ocultar el ataque de la flota soviética». Los métodos utilizados para

[3] En vísperas de la II Guerra Mundial, el 68 % del capital colocado en el exterior lo constituían las inversiones en las colonias y semicolonias. (C. Lewis. *Debtor and Creditor Countries, 1938, 1944.* Washington, Brookings Institution, 1945). A comienzos de los años 70, esa proporción de las inversiones en el extranjero correspondía ya a los países de capitalismo desarrollado, ocupando el primer lugar Europa Occidental. El aumento de las inversiones directas privadas norteamericanas que aseguraban el control de las empresas correspondientes ascendió en 1973, por ejemplo, a 3.000 millones de dólares en los estados eurooccidentales, frente a 1.200 millones en los países en desarrollo. (*Survey of Current Business.* Nº 8, part II. August, 1974. Tables 10A, 10B, pp. 18 and 20).

provocar el tristemente famoso «pánico pascual» en Dinamarca fueron aplicados también, con distintas variantes, en otros países de Europa Occidental, con el propósito evidente de justificar la existencia de la OTAN y, en definitiva, la hegemonía militar y política de los Estados Unidos.

El argumento de la supuesta «amenaza soviética», insostenible desde sus mismos orígenes, se ha tornado totalmente absurdo en nuestros días, cuando, gracias a las iniciativas y la política de paz de la Unión Soviética y de los otros países de la comunidad socialista, se ha producido el viraje hacia la distensión. El saneamiento del clima internacional, particularmente perceptible en Europa y en las relaciones sovieto-norteamericanas, tenía que conducir forzosamente a que en los países eurooccidentales se extendiese cada día más la convicción de que era preciso crear un sistema continental de seguridad colectiva. Esto, como es natural, da un sentido totalmente nuevo al «problema de la defensa» de Europa Occidental y convierte a la OTAN —principal mecanismo militar y político de su supeditación a los Estados Unidos— en un anacronismo cada vez más evidente.

El segundo argumento esgrimido en otros tiempos para justificar la intervención norteamericana en los asuntos de Europa Occidental fue la afirmación de que la gravedad de los conflictos en la vida interna de los países de esta parte del mundo y las divergencias entre ellos creaban una situación de inestabilidad, a la que sólo se podía hacer frente con ayuda de una firme dirección política. Dado que Europa Occidental no sería capaz de asegurar esa dirección, eran «obviamente» los Estados Unidos los que debían acudir en su ayuda.

La realidad es que la situación de Europa Occidental inmediatamente después de la guerra se distinguía por una cooperación muy amplia de las fuerzas nacionales agrupadas gracias a la común lucha antifascista, lo cual creaba unas condiciones propicias para un progreso socio-político estable, que, sin embargo, pronto fue alterada por la reactivación de las fuerzas reaccionarias internas, que contaban con el apoyo de los EE. UU.

En las condiciones actuales e incluso desde el punto de vista de la fortalecida burguesía eurooccidental, la idea de encomendar a los EE. UU. la suprema «dirección política»

parece absurda. Para las fuerzas democráticas constituye un verdadero reto. Lo sucedido en Grecia en abril de 1967, cuando el plan «Prometeo», elaborado por la OTAN, constituyó la base del golpe militar-fascista en dicho país, fue una advertencia inequívoca de la amenaza que suponen para la democracia estas pretensiones del imperialismo norteamericano. Ominosos síntomas de una posibilidad análoga se observan en Dinamarca, donde por exigencia de la OTAN se ha implantado un vasto sistema de expedientes secretos, que se refieren a los activistas de los movimientos populares, y se han elaborado «planes de alerta» semejantes al «Prometeo».

Finalmente, como tercer argumento, se difundió la idea de que Europa Occidental carecía de capitales y hábitos tecnológicos capaces de asegurar el rápido ascenso de su economía, por lo que los EE. UU., el país capitalista más rico, serían para ella la única esperanza en lo que respecta al progreso económico. El solo hecho de que estas alusiones a la pobreza de la Europa Occidental no impidiesen a Washington exigirle un aumento exorbitante de los gastos militares muestra con harta elocuencia la hipocresía de ese supuesto altruismo económico norteamericano.

Este argumento fue perdiendo su contenido a medida que se producía el ascenso económico de Europa Occidental y se iban manifestando en forma cada vez más perceptible las debilidades de la economía estadounidense. La ley de la creciente desigualdad del desarrollo político y económico bajo el imperialismo produjo sus efectos. El poderío económico de Europa Occidental se fue acrecentando hasta convertirse en uno de los factores condicionantes del decreciente peso de los Estados Unidos en la economía capitalista mundial. De fines de los años 40 a comienzos de los 70, la parte correspondiente a los Estados Unidos en el volumen de la producción industrial capitalista se redujo desde el 55 al 41 %, y en lo que respecta a las exportaciones, del 24 al 14 %[4].

Todo esto evidencia no sólo la inconsistencia de ciertas doctrinas y planteamientos ideológicos puestos al servicio de la intervención imperialista USA en Europa Occidental.

[4] *U. N. Monthly Bulletin of Statistics.* October 1969, November 1974, Decembèr 1974.

Se han producido ante todo cambios reales que socavan la estructura de la dominación norteamericana en esta parte del mundo y brindan a los estados eurooccidentales y a sus pueblos nuevas posibilidades para librarse del *diktat* yanqui y extender y consolidar su independencia nacional. Pero hablar sólo de estas posibilidades equivaldría a apreciar unilateralmente la situación real, ya que, al mismo tiempo, se acrecentaron los peligros dimanantes del imperialismo norteamericano y que en los últimos tiempos se han hecho sentir con agudeza en Europa Occidental.

La actual intensificacion de la presión norteamericana sobre Europa Occidental se debe en gran medida al aumento de los fenómenos de crisis en el mundo capitalista.

Los Estados Unidos se esfuerzan obstinadamente por trasladar a Europa Occidental una parte considerable de sus propias dificultades económicas. Así, todos los países de la parte no socialista del mundo, incluidos los de Europa Occidental, hubieron de pagar las costas de la agresión yanqui en Vietnam, pues el extraordinario déficit provocado por ella en la balanza de pagos norteamericana fue una de las causas fundamentales del hundimiento del sistema monetario y financiero del capitalismo.

Los esfuerzos de Washington en el marco de la campaña diplomática denominada «Año de Europa» obedecieron al afán de apuntalar en cierto modo las quebrantadas posiciones económicas y el prestigio político de los EE. UU. en el mundo capitalista. Con este fin se exigió a los países eurooccidentales que aumentasen sus gastos militares, hiciesen concesiones comerciales y económicas y reafirmasen su fidelidad a la alianza atlántica. Esto último habría de expresarse en la firma de un resonante documento, destinado a insuflar nueva vida a la OTAN. No es de extrañar que estas propuestas tropezasen con una fuerte oposición en las capitales de Europa Occidental y hayan sido objeto de un largo *round* de debates para resolver las discrepancias.

La situación creada a raíz de las actividades desarrolladas por Washington durante el conflicto militar de octubre de 1973 en el Próximo Oriente no hizo sino echar leña al fuego. Al declarar inesperadamente el estado de alerta para sus fuerzas armadas en el Mediterráneo y hacer

entrar en función sus bases logísticas europeas, los Estados Unidos colocaron a sus aliados de la OTAN ante un hecho consumado de significación inequívoca: en cualquier momento, sin advertencias previas ni consultas, Europa Occidental pudo haberse visto envuelta en la más demencial aventura militar de los Estados Unidos. Este hecho no pudo menos que ahondar las grietas de la alianza atlántica. No obstante, los Estados Unidos siguieron insistiendo en sus exigencias frente a Europa Occidental, cada vez en forma más rígida. El ministro danés de Relaciones Exteriores, encargado en el otoño de 1973 de presentar al Departamento de Estado las contrapropuestas eurooccidentales, fue recibido en Washington, según informó la prensa, con una frialdad descorazonadora.

La situación parece haber cambiado desde entonces. En junio del año pasado fue suscrita en Bruselas una declaración que reafirmaba la unidad atlántica. Según la prensa burguesa, las divergencias van cediendo lugar actualmente a una armonización constructiva de los distintos intereses. Si hacemos caso de lo que dice el *Economist* londinense, Washington «se siente feliz de que entre los Estados Unidos y la CEE hayan cesado los improperios»[5]. Otra cosa distinta es la de saber si Europa Occidental tiene motivos para sentirse igualmente feliz. La verdadera causa de la atenuación producida en las manifestaciones externas de las querellas norteamericano-eurooccidentales no reside en que éstas se hayan suavizado, sino en que, dada la rápida agudización de la crisis en el mundo capitalista, el imperialismo USA ha conseguido de nuevo imponer a Europa Occidental la férula de la dependencia. La acumulación de dificultades económicas en el mundo capitalista, en particular la crisis energética, ha exteriorizado muchas debilidades de la economía eurooccidental. Dinamarca es uno de los países donde esto se ha manifestado con caracteres de particular gravedad. El «estado del bienestar», tan cacareado por socialdemócratas, se transformó en un país de desempleo masivo[6]. El déficit de la balanza de pagos, la

[5] *The Economist*, 15–21 February, 1975, p. 62.

[6] La desocupación ha llegado al 13 %, pero esta cifra sólo abarca a los que reciben el seguro de paro. La realidad es que son muchos los desocupados –sobre todo jóvenes y mujeres– que no perciben ese subsidio.

deuda exterior y la inflación han adquirido amenazadoras proporciones, a la vez que la «estabilidad» administrativo-política de muchos años ha sido sustituida por una profunda crisis política, que ha golpeado a los socialdemócratas y a los partidos burgueses tradicionales.

La situación de dependencia de la economía eurooccidental y su vulnerabilidad en lo que respecta a los combustibles y las materias primas y ante los vaivenes de la coyuntura norteamericana son considerados por los EE. UU. como condiciones que les permiten volver a hablar «desde posiciones de fuerza».

En los últimos meses se ha destacado repetidamente en declaraciones oficiales de Washington el liderazgo de los Estados Unidos, que debe ser reconocido por todos los estados burgueses. A iniciativa y bajo la presión de los EE. UU. ha sido creada una agencia internacional de la energía, que es un frente único de los países capitalistas enfilado contra los países productores de petróleo. En realidad se trata, ni más ni menos, que de dar una nueva forma, bajo la égida estadounidense, a la estrategia del colonialismo colectivo, con el fin de luchar contra el movimiento de liberación nacional. La crisis de la OTAN, cada vez más profunda y patente, sobre todo a la luz de lo ocurrido en Chipre, no impide a los EE. UU. procurar la reactivación de este bloque imperialista.

Los EE. UU. se esfuerzan por hacer recaer sobre los países eurooccidentales las nuevas cargas de los armamentos. Para nuestro país ello ha supuesto un aumento del 23 % en el presupuesto militar del nuevo año financiero y una reducción simultánea de las asignaciones para la enseñanza y las necesidades sociales. Los monopolios armamentistas norteamericanos –General Dynamics y Northrop– sostienen una encarnizada lucha competitiva con el gran capital francés y sueco en la venta de 350 aviones militares a Dinamarca, Noruega, Bélgica y Holanda, pese a las enérgicas protestas de los pueblos de estos países.

Los EE. UU. están resucitando abiertamente sus pretensiones hegemónicas en todo el «mundo occidental», lo que origina nuevos peligros, ligados cada vez a la ampliación de su expansión imperialista.

La pretension de los EE. UU. de disponer de los destinos de

Europa Occidental suscita el descontento de las masas populares, de la opinión pública. Esta ha sido la base del surgimiento de una serie de tendencias ideo-políticas de marcado carácter antinorteamericano, tendencias que adoptan los matices más diversos. Podemos destacar entre ellas una especie de escuela romántica, cuyos representantes se muestran preocupados por la incontenida difusión de estereotipos y símbolos del «norteamericanismo» y abogan por la conservación y el decidido restablecimiento de las tradiciones y las formas de la cultura europea. Otra tendencia, la «tecnocrática», insiste, por el contrario, en la rápida asimilación por Europa Occidental de los métodos organizativos y procedimientos tecnológicos norteamericanos, a fin de suprimir el retraso en esta esfera con respecto a los EE. UU. y asegurar así una resistencia más eficaz a la expansión estadounidense. Otro es el carácter y, naturalmente, el grado —mucho mayor— de organización del movimiento obrero, que se opone a la opresión de las corporaciones multinacionales.

Debido a la creciente crisis energética, en las universidades de Copenhague y Aarhus se llevaron a cabo unos estudios sociológicos que revelaron que el 73 % de la población danesa se pronuncia por la nacionalización de los monopolios petroleros[7]. Ello prueba elocuentemente la difusión que ha tomado el descontento frente a las actividades del capital norteamericano, sumamente dolorosas para nuestro país.

La prepotencia de los monopolios USA hace ya tiempo que es un punzante factor de irritación para la burguesía de Europa Occidental, por lo que muchos grupos burgueses están dispuestos a mantener el descontento frente al *diktat* de los EE. UU., naturalmente en benficio de sus propios intereses. No les disgustan las fórmulas románticas y «tecnocráticas», pero insisten sobre todo en crear un contrapeso económico y político a los Estados Unidos, personificado en la Comunidad Económica Europea.

En estas condiciones, los comunistas nos encontramos abocados a una importante tarea, que consiste en expresar claramente y explicar a las masas populares nuestra posición en la lucha contra el imperialismo USA. Esto es tanto

[7] *Fagbladet*, 25 oktober 1974.

más necesario por cuanto la propaganda de nuestros enemigos de clase difunde porfiadamente la opinión de que los comunistas se guían en general por el «antinorteamericanismo». Huelga decir que esa línea nacionalista es totalmente ajena a la naturaleza misma del movimiento comunista. En el conflicto entre el capital monopolista norteamericano y el de Europa Occidental, los marxistas-leninistas no consideramos que una parte tiene razón y la otra no. Trátase de una típica contradicción interimperialista, y si no permanecemos indiferentes ante ella es tan sólo en el sentido de que la consideramos como un factor que debilita al imperialismo en su conjunto y crea premisas más favorables para el despliegue de la lucha democrática contra el yugo de los monopolios «propios» y «extraños».

En cuanto a las corrientes sociales que se oponen a los intentos norteamericanos de avasallar a Europa Occidental, también tenemos en cuenta su conexión, frecuentemente manifestada, con los intereses de la burguesía monopolista de nuestros países. Pero esas corrientes engloban a fuerzas sociales heterogéneas, por lo que aquí se precisa una gran labor de esclarecimiento, capaz de contribuir a la formación de un amplio movimiento para defender la independencia nacional y rechazar el *diktat* imperialista de los Estados Unidos.

La independencia nacional es la primera exigencia, para todos comprensible, del programa de nuestra lucha en este dominio, exigencia que cobra un sentido particularmente real en una situación de relajamiento de la tirantez, que brinda las mejores premisas de su realización. En estos últimos años se pueden observar ciertos cambios hasta en la actitud de una serie de partidos socialdemócratas, cuyas direcciones han venido adoptando por tradición una postura «atlántica». A diferencia de lo que ocurría en el pasado, en la socialdemocracia danesa ha surgido una corriente que se opone a la OTAN. Un hecho muy sintomático es que en el memorándum, dado a la publicidad en enero de 1973 por la Comisión de Política Exterior y Seguridad Nacional del Partido Socialdemócrata, pueden leerse las siguientes palabras: «En un plano muy concreto, la Comisión estima, como es natural, que, tarde o temprano, Europa deberá liberarse de la influencia norteamericana mediante un

sistema de seguridad colectiva, y que ese sistema puede alcanzarse, puede crearse tan sólo a condición de que nos libremos de la influencia norteamericana.»[8]

Pero, dentro de estas aspiraciones y de las acrecidas posibilidades de su realización, subsiste un terreno propicio a las discrepancias de opiniones, que en definitiva vienen determinadas por una divergencia radical de los intereses de clase de la burguesía y las masas trabajadoras. La tendencia burguesa consiste en insistir en que en el futuro se alcance una «equidistancia» de Europa Occidental respecto a los EE. UU. y la Unión Soviética. Los argumentos en favor de esta posición se toman a menudo de la concepción de las «dos superpotencias», la cual ha adoptado en su variante maoísta caracteres totalmente fantásticos y ha llegado hasta el extremo de hablar de una «amenaza militar soviética» para los países de Europa Occidental y Septentrional, lo que por su necedad está al nivel del «pánico pascual» de 1948.

¿A dónde conducen semejantes concepciones y talantes? Tan sólo al intento de apartar a Europa Occidental de sus vecinos socialistas, de la fuerza internacional que con mayor eficacia asegura el avance hacia la paz y la seguridad duraderas en Europa. Por lo tanto, conducen en definitiva a otros intentos de buscar nuevas formas de «alianza defensiva» con los EE. UU., en las que la parte eurooccidental no puede evitar el papel de supeditado socio menor.

La posición mantenida en esta cuestión por los comunistas, que insisten en un despliegue activo de la amplia cooperación con la URSS y los demás países de la comunidad socialista como factor de un firme fortalecimiento de la paz en Europa, puede y debe ser un importante elemento del programa del movimiento democrático por la independencia nacional.

Otra exigencia de los comunistas es que se ponga freno a los monopolios multinacionales y se acabe con la explotación de que éstos —el capital norteamericano, en realidad— hacen objeto a la economía de Europa Occidental. Hasta los gobiernos expresan a veces su descontento por las actividades de estas corporaciones, como es el caso de sus

[8] L. Budtz og S. Christensen. *Undenrigspolitik set med Socialdemokratiske øjne*. København, 1974, side 95.

maniobras por eludir el pago de los impuestos del respectivo país. Pero en lo que atañe a la burguesía y a sus representantes políticos, todo queda reducido las más de las veces a unos intentos de reglamentar las relaciones financieras con los monopolios multinacionales. Los intereses de la clase obrera exigen que el problema se aborde más a fondo. El caso es que entre las causas fundamentales que determinaron la reorientación del capital norteamericano, para pasar de los países en desarrollo a Europa Occidental, fue que buscaban una mano de obra cualificada y, al mismo tiempo, relativamente barata. De aquí que toda la estructura de la presencia económica norteamericana en los países eurooccidentales tenga por base el evitar cualquier elevación sensible de los salarios y se asiente en una resistencia feroz al movimiento obrero y sindical. Este es el aspecto fundamental de la cuestión, que los comunistas no pierden de vista en la lucha por la manumisión de la economía nacional.

El movimiento obrero danés tuvo a este respecto una experiencia elocuente en 1973, cuando la filial danesa de la compañía norteamericana Hope Computer se negó a concertar, como era habitual, un convenio colectivo con el sindicato. Este hecho también fue aleccionador en otro plano, ya que puso al desnudo el carácter clasista de los tribunales burgueses, pues un activista sindical, por defender a los obreros, fue condenado como un delincuente común. Por cierto que el movimiento sindical danés demostró en esta ocasión su verdadera fuerza: las acciones emprendidas en todo el país por los obreros obligaron a la compañía a firmar el convenio y autorizar la sindicación de sus empleados, mientras que el delegado sindical condenado fue absuelto. Los comunistas daneses conceden a esta experiencia una gran importancia desde el punto de vista de la lucha contra el gran capital autóctono y extranjero.

Estas exigencias de los comunistas no rebasan el marco de unas tareas cuya necesidad es comprendida en mayor o menor grado por todas las fuerzas democráticas de Europa Occidental. Trátase de reivindicaciones de carácter democrático general y por eso pueden llegar a ser el aglutinante de las acciones populares. Ahora bien, como lo evidencia lo dicho anteriormente, incluso en la lucha por la realización de las mismas es preciso tener en cuenta las divergen-

cias derivadas de las contradicciones de clase y realizar los máximos esfuerzos para ir resolviendo los problemas que surjan en este camino de acuerdo con los intereses de los trabajadores.

El aspecto clasista de la lucha contra el imperialismo norteamericano tiene, en general, una gran importancia, ya que es el determinante de las perspectivas de esa lucha y de los criterios que sirven para juzgar de su eficacia. Los marxistas-leninistas comprendemos que cualquier ascenso de la lucha democrática general vigoriza las posiciones sociales y políticas del proletariado, de las masas trabajadoras y debilita a sus enemigos de clase. En el caso presente ello significa que la oposición activa al imperialismo yanqui entraña la posibilidad de una lucha más eficaz contra su aliado de clase, el capital monopolista de Europa Occidental. Por lo tanto, en el curso de la resistencia nacional a los imperialistas USA se van resolviendo problemas estrechamente ligados a los destinos económicos, políticos y sociales de Europa Occidental.

Nuevos rasgos de la crisis del capitalismo

Herbert Mies,
Presidente del Partido Comunista Alemán

Los tiempos en que los apologistas del sistema monopolista de Estado presentaban la República Federal de Alemania como ejemplo de desarrollo acrítico del capitalismo zozobraron definitivamente en 1974. En la RFA, como en otros países capitalistas, se acrecientan las contradicciones y los conflictos sociales, se agrava la crisis general del capitalismo.

Los políticos y los futurólogos burgueses, tan optimistas antes, sienten miedo al porvenir. En los departamentos gubernamentales y en las sedes de los partidos adictos al sistema capitalista, en las instituciones científicas y los órganos de información masiva se busca febrilmente una nueva «estrategia anticrisis» que permita conservar y afianzar el régimen social basado en el dominio del gran capital.

Para el Partido Comunista Alemán, igual que para otros partidos comunistas y obreros, la agudización de la crisis general del capitalismo significa, ante todo, un nuevo período en la batalla por los intereses del pueblo trabajador. Actualmente, la propia vida nos impone la obligación de señalar a los trabajadores la salida de la crisis y mostrarles las nuevas posibilidades para la lucha por el progreso social a medida que se avanza hacia una paz sólida y duradera.

Una premisa imprescindible para elaborar un programa realista de lucha del PCA ante el cambio de la situación es el análisis exacto de los procesos políticos y económicos que tienen lugar en el país. Nuestro Partido ha prestado y presta gran atención al estudio de los nuevos rasgos de la

crisis general del capitalismo en la RFA, sobre todo porque, aprovechando su potencial económico, el gran capital oestealemán arrecia sus afanes expansionistas y hegemónicos en Europa Occidental.

Hoy, en vísperas del XXX aniversario de nuestra liberación del fascismo hitleriano, es particularmente útil analizar algunas tendencias del desarrollo del imperialismo oestealemán. La derrota de la Alemania nazi y la formación del sistema socialista mundial significaron una derrota histórica para el imperialismo en su conjunto y, ante todo, naturalmente, para el germano. Su potencial económico quedó sustancialmente debilitado como consecuencia de las destrucciones de la guerra. Perdió por un decenio su poderío bélico. También perdió territorio, mercados importantes y grandes esferas de inversión de capitales. Pero un golpe más contundente todavía fue que en Alemania se constituyera un Estado antifascista y antiimperialista, y luego socialista: la RDA. La aparición en tierra alemana de dos estados de régimen socio-político distinto fue reflejo de la contradicción existente a escala mundial: la contradicción entre el imperialismo y el socialismo.

Pero, lo mismo que cuando perdieron la I Guerra Mundial, los imperialistas germanos intentaron de nuevo dar marcha atrás a la rueda de la historia. Y como, evidentemente, no les bastaban sus fuerzas para «acciones autónomas», se aliaron con los imperialistas de otros países esperando «rechazar» al socialismo mundial y, ante todo, acabar con la RDA. Mas, ni esa potente alianza imperialista osó emprender una nueva agresión bélica, ya que la situación real del mundo no le presagiaba éxito. Por otra parte, como consecuencia del rápido incremento económico y del auge del poderío de la comunidad socialista, del desmoronamiento del sistema colonial y de la agravación de las contradicciones entre el trabajo y el capital en los países capitalistas, seguía cambiando la correlación mundial de fuerzas en detrimento del imperialismo. También se reducían para el imperialismo oestealemán las posibilidades de revisar los resultados, particularmente graves para él, de los recientes acontecimientos históricos.

Bajo el impacto de estas circunstancias, influyentes círculos de la clase dominante de la RFA pasaron (aunque un poco tarde) a la estrategia de la adaptación, tomando posiciones más realistas en política exterior. Claro que, de hecho, no ha cambiado nada en la naturaleza del imperialismo oestealemán. Sin embargo, al darse cuenta de que la política de la guerra fría había conducido al país a un atolladero, los medios gobernantes de la RFA hubieron de avenirse a las propuestas constructivas que formulaban en política exterior los países socialistas, y ante todo la Unión Soviética. Fueron concluidos acuerdos con la URSS, Polonia, la RDA y Checoslovaquia. En unión de otros factores, estos acuerdos contribuyen a que el principio de la coexistencia pacífica entre estados de régimen social distinto sea, cada día más, el determinante del carácter de las relaciones internacionales.

Hoy, que ha comenzado una nueva fase de la crisis general del capitalismo, una parte considerable de la gran burguesía oestealemana opta preferentemente, aunque no sin vacilaciones, por la política exterior de adaptación y un enfoque más realista de las relaciones con los países socialistas. La burguesía se ve obligada a tomar en consideración que los cimientos del sistema económico imperialista se ven sacudidos por una carrera armamentista desenfrenada, que rebasa las posibilidades de la RFA. La estrategia de la adaptación está dictada también por los intereses de la burguesía en el comercio exterior y su afán de alcanzar posiciones más ventajosas en la confrontación con el sistema socialista.

A la vez, en los últimos tiempos aparecen con creciente nitidez los contornos de otra concepción política exterior. Los medios reaccionarios más agresivos del capital monopolista no quieren conformarse con la correlación de fuerzas modificada; lo que buscan en la política de agravación de la tirantez es una salida a las conmociones críticas internas, una oportunidad de bloquear la incidencia positiva del socialismo en la RFA.

Estos dos grupos colisionan. La activación de las fuerzas reaccionarias, que tratan de imponer a nuestro país una política exterior peligrosa para la paz, recuerda la necesidad de estar siempre vigilantes respecto al imperialismo oestealemán. Por ello, deseoso de señalar a los trabajadores la salida de la crisis, nuestro Partido recalca la necesidad de vincular más estrechamente todavía la lucha por los derechos sociales y democráticos de los trabajadores

con la lucha para dar un carácter irreversible al proceso distensivo, para que a la distensión política siga la militar, para que se abra el camino del desarme y continúe activamente la normalización de las relaciones de la RFA con la Unión Soviética, la RDA y otros países socialistas.

La mayor fuerza del imperialismo oestealemán reside, sin duda, en la economía. Gracias al potencial productivo altamente desarrollado y a sus considerables reservas de oro y divisas, la RFA es, en el aspecto económico, el país más fuerte de la parte capitalista de Europa. Los factores económicos son los que determinan en alto grado el peso político internacional de la RFA. El desarrollo relativamente firme de la economía era, hasta hace poco tiempo, la base esencial de la estabilidad política del dominio del capital monopolista. En este sentido, la gran burguesía de la RFA se encontraba en una situación mucho más favorable que la burguesía de otros países imperialistas. El acrecentamiento de los fenómenos de crisis en la economía plantea a la clase dominante de la RFA problemas sumamente graves, y no sólo, ni mucho menos, de carácter económico puro.

La presente situación económica alarma, sobre todo, porque distintos fenómenos críticos surgen esta vez simultáneamente en la mayoría de los países capitalistas. Una medida anticrisis como el aumento de la exportación no puede utilizarse sino en escala limitada, pues todos los países afectados por la crisis se lanzan al mismo tiempo hacia el mercado capitalista mundial que se ha reducido. A esto se añade que la duración de la fase de auge muestra tendencia a disminuir. En la RFA, después del receso de los años 1966–1967, la cadencia relativamente elevada del aumento del PNB (entre 5,8 y 8,2%) sólo se mantuvo durante tres años. En 1971 y 1972, se redujo, respectivamente, a 3 y 3,4%. El ascenso siguiente duró un año nada más: el aumento fue del 5,3% en 1973, y en 1974 se precipitó hasta 0,4%. En 1974 bajaron en un 2,5% las inversiones de capitales[1].

Un hecho característico es que la acentuada depreciación inflacionista del dinero se ha convertido en satélite permanente del desarrollo económico también en los períodos de receso. Durante la crisis económica de 1929–1933, el índice de los precios de los artículos de primera necesidad bajó en el Reich alemán más del 23%. Y en 1967, cuando se observó el receso, el índice del costo de la vida subió un 1,7% mientras los precios industriales de compra descendían sólo un 0,9%. Pero, de setiembre de 1973 a setiembre de 1974, el alza de los precios fue en la RFA del 7,3 y del 14,2%, respectivamente[2].

Así pues, las consecuencias de la caída del ritmo de crecimiento de la producción son agravadas por la inflación. Naturalmente, quienes más sufren las consecuencias de la crisis actual son los obreros y empleados que, a causa de los despidos y la reducción de la jornada, pierden su trabajo o parte de su remuneración. En enero de 1975 había 1.154.000 desempleados, y 900.000 trabajaban en empresas de jornada reducida. Los desempleados representaban el 5,1% de la población activa. Ese nivel de paro no se conocía desde 1958. En cuanto al desempleo parcial, el número de afectados es el más alto que registra la historia de la RFA[3]. Incluso a los economistas burgueses les parece inevitable el sucesivo aumento del número de desempleados completos o parciales.

El desarrollo de la coyuntura es extraordinariamente desigual en las distintas ramas de la economía de la RFA. El acero y la química, así como algunos sectores de la electrotecnia y la maquinaria siguen ensanchándose a costa del aumento de la exportación. En la mayoría de las ramas que producen artículos de amplio consumo, en la edificación y la industria del automóvil se contrae la producción. Al mismo tiempo, decae el comercio minorista. Se comprende que esto se debe a la restricción de la capacidad adquisitiva de los trabajadores. En algunas ramas, el descenso de la producción es reflejo de la crisis estructural. Esto se refiere, ante todo, a las mercancías de amplio consumo y, en particular, a las confecciones y el calzado, ramas cuya producción bajó alrededor de un 10% en 1973

[1] *Wirtschaft und Statistik*, Nr. 9, 1972, S. 479; Nr. 9, 1974, S. 607; *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 9. Januar 1975.

[2] *Statistisches Jahrbuch für die BRD*, 1971, S. 444 f.; *Wirtschaft und Statistik*, Nr. 10, 1974, S. 643, 648.

[3] *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 8. Februar 1975.

—1974 y en las que con mayor frecuencia se cierran empresas[4]. Con el agravante de que la fabricación de calzado y de confecciones suele concentrarse donde apenas hay otras empresas. En esas zonas se produce la «sequía» industrial, que provoca un desempleo prolongado. Y no se puede vencerlo sino instalando nuevas industrias, lo que requiere más inversiones.

Una grave crisis se vislumbra también en la construcción de viviendas. Durante el primer semestre de 1974, la cantidad de tiempo trabajado en este sector se redujo en un 21,5 %[5]. Eso, a la vez que hay en la RFA 350.000 apartamentos desalquilados, pues no están al alcance de la fortuna de los que necesitan casa (alrededor de un millón de familias se albergan en inmuebles ruinosos y en tugurios).

Una crisis estructural particularmente dura ha afectado la industria del automóvil. Aquí se han revelado desproporciones que inciden en toda la economía. El automóvil particular, símbolo de prosperidad y prestigio bajo el capitalismo, fue durante mucho tiempo en la RFA estímulo esencial del desarrollo económico. En esta rama, el potencial productivo fue exageradamente ampliado sin tomar en consideración la infraestructura del país, las exigencias de la protección del medio ambiente ni las posibilidades energéticas. Ahora que ha encarecido el combustible, que se ha puesto de relieve la insuficiencia de la red de carreteras y de los aparcamientos, ahora que se ha manifestado todo el efecto pernicioso de la masa de automóviles sobre el entorno y que, principalmente, ha cesado la subida de los ingresos reales de la población laboriosa, la producción de automóviles ha caído en picado: 21 % en diez meses de 1974. Con la particularidad de que ese sector representa en la RFA lo menos un 5 % de los puestos de trabajo[6].

Todo esto prueba evidentemente que el capitalismo contemporáneo, con su sistema monopolista estatal de regulación, es incapaz de garantizar un desarrollo constante y proporcional de la economía. Está a la vista el carácter

[4] *Wirtschaft und Statistik*, Nr. 10, 1974, S. 617.
[5] Ibídem, Nr. 8, 1974, S. 578.
[6] *Wochenbericht des Deutschen Instituts für Wirtschaftsforschung*, Nr. 39, 1974, S. 335; *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 27. November 1974.

parasitario y la podredumbre del imperialismo. Aunque, lo mismo que antes, crece la demanda de artículos de amplio consumo y de viviendas, aunque existe el potencial productivo adecuado, se reduce la producción, quedan sin cubrir demandas que se podrían satisfacer perfectamente y centenares de miles de personas pierden su empleo.

Un aspecto importante de la agravación de la crisis general del capitalismo —el energético— tiene ciertos rasgos específicos en la RFA. A mediados de la década del cincuenta, nuestro país era todavía bastante independiente desde el punto de vista del aprovisionamiento de energía. Así, las cuantiosas reservas propias de hulla y lignito permitían, el año 1956, mantener en el 1,7 % la parte de la importación en el volumen general de las fuentes primarias de energía consumidas. Pero, en 1972, la parte alícuota de la importación llegaba ya al 54,1 %, con la particularidad de que, en este tiempo, la extracción de hulla se había reducido de 153 a 103 millones de toneladas mientras la importación de petróleo crudo y en parte refinado ascendía de 10 a 125 millones de toneladas[7].

Cuando el petróleo era relativamente barato, esta política energética aseguraba beneficios fabulosos a los consorcios. Hoy, repercuten muy negativamente en toda la economía la reducción tan considerable de la extracción de hulla y la casi total dependencia respecto de los monopolios petroleros multinacionales. Ahora se vuelve contra el propio sistema capitalista el menoscabo de los recursos energéticos nacionales en provecho de unos cuantos monopolios.

La crisis energética ha colocado al mundo capitalista frente a arduos problemas. Trátase, en primer término, de la necesidad de asegurar el abastecimiento de energía sin la cual no se concibe actividad económica alguna. Además, ha decaído verticalmente la eficacia del comercio exterior de los países importadores de petróleo. Por ejemplo, si en 1960—1972 sólo subieron en la RFA un 0,5 % los precios de las mercancías importadas y un 19,5 % el de las exportadas, desde 1972 hasta setiembre de 1974 se produjo una

[7] *Jahrbuch des deutschen Bergbaus*, 1963, S. 910, 913; 1966, S. 922; 1973, S. 944, 977, 982; *Jahrbuch für Bergbau, Energie, Mineralöl und Chemie*, 1973, S. 963.

subida del 46,6% en los precios de importación y del 27,8% en los de exportación[8]. Este es uno de los resultados del encarecimiento de las materias primas y del combustible, que se observa desde 1973. Para el imperialismo oestealemán, es un golpe muy sensible. Sólo debido a las modificaciones de los precios del petróleo, la RFA pierde anualmente lo menos 14.000 millones de marcos[9], que antes se empleaban en fortalecer las posiciones imperialistas dentro y fuera del país.

A pesar de todo, la RFA pudo, esforzándose más por ampliar la exportación, mejorar su balanza comercial y de pagos. En los tres primeros trimestres de 1974, el saldo activo de la balanza comercial alcanzó 36.900 millones de marcos en comparación con 22.800 millones durante todo el año 1973; el activo de la balanza de pagos pasó de 7.200 a 17.100 millones de marcos. La RFA se encuentra en una situación relativamente favorable, además, porque posee una reserva de divisas de 130.000 millones de marcos (partiendo de los precios actuales del oro en el mercado) que le permitirían enjugar durante largo tiempo el déficit de la balanza comercial[10].

En cuanto a otros países capitalistas desarrollados, muchos cierran sus balances comerciales y de pagos con un déficit sustancial y ven consumirse sus reservas de divisas. En los tres primeros trimestres de 1974, la balanza de pagos de la Gran Bretaña, por ejemplo, arrojó un déficit de 19.500 marcos oestealemanes y el déficit de la balanza comercial de Italia alcanzó 22.600 millones de marcos[11]. Este desequilibrio no puede mantenerse mucho tiempo. O los países encuentran el modo de paliar estas inmensas diferencias o la cosa llegará a las restricciones comerciales. Lo uno y lo otro representa para la RFA una perspectiva muy peligrosa, pues debido a la limitación del mercado interno es precisamente la exportación la fuente de mayor importancia de su crecimiento económico. Baste decir que, en las ventas de la industria, una cuarta parte corresponde a la exportación[12]. De reducirse ésta, la coyuntura interna perdería un sostén decisivo.

Por eso se comprende también el peligro que supone para la RFA la crisis monetaria que ha quebrantado ya gravemente la estabilidad de su economía. El abandono de la cotización fija, la subida a saltos de los precios del oro y la creciente desvalorización del dinero debido a la inflación complican el comercio mundial y el movimiento internacional de capitales.

Esto no significa, en absoluto, que sólo quede esperar el «hundimiento automático» del capitalismo. Por lo que atañe al capitalismo de la RFA, dispone todavía de potencias considerables. Pero la actual situación en la economía acusa síntomas de algo mucho más serio que un descenso corriente de coyuntura. Es de toda evidencia que nos hallamos ante un ahondamiento de la crisis como no se había observado hasta ahora. En una palabra, se trata de una crisis de la base económica del capitalismo donde está incluida también la RFA. Y esta crisis tiene, como es natural, una gran incidencia en todas las esferas de la política nacional y exterior.

Se complica todo el sistema de relaciones entre los estados imperialistas. Así, la inflación, los desarreglos monetarios y las dificultades en el suministro de energía entorpecen el avance de la integración capitalista internacional en Europa Occidental. De este modo, se ve relegado por un plazo indefinido el logro de una meta de política exterior importante para el imperialismo oestealemán.

La crisis se ha extendido también a las relaciones, basadas en la política del neocolonialismo, de los países imperialistas con las naciones en vías de desarrollo. Así lo han demostrado con evidencia la «crisis del petróleo» de 1973 y el desarrollo subsiguiente del comercio internacional. Como consecuencia de la subida de los precios de las materias primas y del combustible, los países imperialistas perdieron sus fabulosos superbeneficios neocoloniales, con lo cual se vieron sustancialmente reducidas sus posibilidades de maniobra financiera.

En la esfera de la política interior, la crisis se manifiesta,

[8] *Monatsberichte der Deutschen Bundesbank*, Nr. 11, 1974, S. 68.
[9] Ibídem, Nr. 9, 1974, S. 38.
[10] *Monatsberichte der Deutschen Bundesbank*, Nr. 1, 1975, S. 70, 74.
[11] *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 15. November 1974; *Handelsblatt*, 15.–16. November 1974.
[12] *Wirtschaft und Statistik*, Nr. 10, 1974, S. 613.

ante todo, en el reforzamiento de la presión económica y política del capital monopolista y de sus partidos y su gobierno sobre la clase obrera y sus organizaciones. Esta presión tiene como finalidad mermar los derechos sociales y democráticos, «disciplinar» a los obreros y sus sindicatos, anular el giro hacia la izquierda y prestar apoyo a las fuerzas que desean desplazar aún más a la derecha el eje de la vida política y social. De ahí que la acción contra las tentativas de cargar el fardo de la crisis sobre las espaldas de los trabajadores, por la aplicación inmediata de medidas protectoras contra las consecuencias de la subida inflacionaria de los precios y el alarmante desempleo entrame con la acción democrática y antimonopolista en defensa y por la ampliación de los derechos democráticos y por la apertura de la vía socialista. Para el PCA, esto tiene en la actualidad significado importantísimo.

Rara vez había aparecido tan descarnada como en los últimos tiempos la limitación de las posibilidades del sistema capitalista. Todavía hace poco que los ideólogos y los propogandistas del capitalismo ensalzaban la «sociedad próspera» la «sociedad opulenta»; ahora, hablan continuamente de «austeridad». Todavía hace poco, se afirmaba rotundamente la necesidad de forzar el incremento económico en la confrontación con el sistema socialista; ahora se hace virtud de la necesidad, y el «crecimiento cero» es presentado, no sólo como algo inevitable, sino también como una meta ansiada. A la población laboriosa se le recomienda «apretarse el cinturón». Y como los medios de información masiva se encuentran por entero bajo la influencia del gran capital, la propaganda de la «abstinencia en el consumo» hace cierto impacto en vastas capas de la población.

De todas maneras, la alabanza del estancamiento y la propaganda de las restricciones (por muy hábiles que sean) resultan una mala publicidad para el capitalismo, y su atractivo decae a ojos de los trabajadores. Con ello se cuartea uno de los principales puntales ideológicos del sistema existente. Se tambalea también otro sostén de la ideología imperialista: el anticomunismo. Tanto dentro del país como en su orientación hacia afuera, el anticomunismo, que durante la guerra fría determinó —sobre todo en la RFA— el modo de pensar de muchos, sufre una derrota

tras otra a despecho de las constantes tentativas de la propaganda imperialista para galvanizarlo. Es, sin duda, un resultado del proceso internacional de distensión y de fomento de la colaboración con los países socialistas. Los trabajadores de la RFA tienen cada día más oportunidades de conocer personalmente la vida de la RDA, la Unión Soviética y otros países socialistas y de persuadirse por sus propios ojos de que el socialismo, en contraste con el capitalismo, no padece crisis económicas. A ello contribuye también la actividad del PCA.

La lucha política e ideológica se agudiza en la nueva fase de la crisis general del capitalismo. Descontentos de su situación económica, los trabajadores revisan las posiciones anteriores y buscan nuevos caminos. Estas búsquedas siguen direcciones distintas. Parte de la clase obrera y la intelectualidad pierde las ilusiones en cuanto a las posibilidades del capitalismo y se muestra dispuesta a luchar en defensa de sus intereses. Pero todavía es muy viva la fe, profundamente arraigada, en la socialdemocracia y su «política de reformas», que debilita la combatividad de estos grupos de la población y, desde luego, no se puede ni pensar en su «desplazamiento automático a la izquierda».

Parte de la población, influida por la intensa propaganda nacionalista, anticomunista y social-demagógica de la UDC/USC, se desliza hacia la derecha. El aumento de los votos emitidos en favor de los partidos más importantes del gran capital oestealemán durante las últimas elecciones a los *landtags* es, en cierto modo, una señal que alerta del peligro de derecha.

Sin embargo, sería erróneo dar a los resultados de estas elecciones la interpretación de que las fuerzas de derecha han vencido ya y de que los trabajadores de la RFA están dispuestos a echarse dócilmente sobre los hombros el peso de la crisis. No. En la RFA también —aunque en menor grado que en otros de los principales países capitalistas— arrecia el enfrentamiento clasista, como lo demuestra, ante todo, la multiplicación de las huelgas. No se trata sólo de que, entre 1966 y 1974, su número haya aumentado, como promedio, más de dos veces en comparación con los años 1959—1965. Lo importante es que la lucha envolvió a sec-

tores antes pasivos de la clase obrera ampliándose el círculo de reivindicaciones por las que se combate.

Los conflictos abarcan distintas esferas. En sus acciones, que se han hecho más frecuentes, los estudiantes demandan mejoras de su situación social y también reformas radicales del sistema de enseñanza. La infraestructura, y en particular un aspecto suyo como la protección del medio ambiente, es asimismo campo de un agudo enfrentamiento clasista. La población se incorpora activamente a la lucha formando los llamados grupos de iniciativa civil contra la polución del agua y del aire, contra la construcción de centrales atómicas en las áreas densamente pobladas, etc.

Desde luego, no se puede cerrar los ojos al hecho de que, dado el empeoramiento de la situación económica, el temor al mañana incide en una parte de los trabajadores, y de que a veces se manifiesta en la clase obrera la tendencia a ceder a la presión del gran capital y del Gobierno. Las patronales, los partidos burgueses, la dirigencia derechista de la socialdemocracia y el Gobierno aprovechan con habilidad el temor a la pérdida del trabajo para «disciplinar» a la clase obrera. Y, de hecho, no se oponen a esta presión los círculos influyentes que, en la dirección de los sindicatos, se orientan hacia la coparticipación social.

A pesar de todo, son muy reales los pronósticos de un representante tan típico de la gran burguesía oestealemana como el sociólogo R. Dahrendorf, ex comisario del Mercado Común, cuando predice que, «en el futuro, los conflictos sociales serán incomparablemente más enconados que en los últimos 25 años». Dahrendorf se imagina ese futuro así: «En el decenio siguiente chocaremos con huelgas que nos será difícil solucionar. Los conflictos sociales se multiplican y serán más duros porque, al mismo tiempo, se reducen las posibilidades de solventarlos. Se tratará siempre del conjunto, y no en modo alguno de compromisos sobre cuestiones parciales[13]».

Esta perspectiva, lúgubre para el sistema imperialista, se basa en la evaluación económica que también comparte el canciller federal H. Schmidt. Siendo ministro de Finanzas, dijo ya: «El problema, hablando con propiedad, consiste

[13] *Die Energiekrise. Episode oder Ende einer Ära?*, Hamburg, 1974, S. 82 f.

en elevar el nivel de las inversiones de capitales y, al mismo tiempo, moderar la espera de los consumidores. Pero, ¿cómo inculcar a los consumidores la idea de que, provisionalmente, su porción de pastel no va a aumentar sino a disminuir?[14]»

En estas palabras queda reflejado el problema esencial de la política económica y toda la política interior de la RFA, problema que existe hoy y cobrará mayor virulencia mañana. La satisfacción de las demandas de consumo, bastante altas, de los trabajadores es un eslabón de importancia en el mecanismo de mantenimiento de la estabilidad política interna del sistema imperialista. Pero al imperialismo oestealemán no le alcanzan ya los recursos para sostener materialmente la continuación de la política económica anterior. Sobre esta base surgirá en el futuro multitud de situaciones conflictivas de carácter social y político. Nuestro Partido debe tomar a tiempo en consideración esta perspectiva.

Como se ha señalado ya, las posibilidades financieras del imperialismo oestealemán para maniobrar se han reducido sustancialmente, a la vez que han crecido las exigencias de gastos. En opinión de especialistas autorizados, sólo la energética precisa inversiones complementarias de 40.000 a 45.000 millones de marcos al año (en precios de 1973)[15]. Agravan el estado de cosas las mayores dificultades financieras debido al creciente déficit presupuestario y al aumento de la deuda pública. Según cálculos previos, el déficit del presupuesto de la RFA es de 28.000 millones de marcos en 1974 y de 53.000 millones en 1975, con la particularidad de que la deuda pública pasará de 250.000 millones en 1975[16].

Bien claro está que si en adelante continúan subiendo los gastos improductivos en armamento, las crecientes necesidades de inversiones en la infraestructura sólo podrán ser cubiertas a costa de la reducción de los ingresos reales de los trabajadores. La alternativa es: revisión radical de

[14] *Die Energiekrise. Episode oder Ende einer Ära?*, ed. cit., S. 47.
[15] Ibídem.
[16] *Monatsberichte der Deutschen Bundesbank*, Nr. 1, 1975, S. 58; *Wochenbericht des Deutschen Instituts für Wirtschaftsforschung*, Nr. 36–37, 1974, S. 323.

la política militar e incorporación consecuente al proceso de distensión internacional; restricción del poder de los monopolios incluidos los multinacionales; renuncia a cualquier presión sobre la clase obrera y las fuerzas democráticas; reconocimiento del derecho de los trabajadores a una parte de los bienes que se crean como resultado del auge del rendimiento del trabajo social; reconocimiento de la necesidad de profundos cambios antimonopolistas y democráticos.

Todavía no está claro cuál de estas vías emprenderá en el futuro la RFA. Pero todas las fuerzas políticas han entrado en la liza que se sostiene con creciente intensidad. Su desenlace depende, en fin de cuentas, de quién logre conquistar la mente y el corazón de la clase obrera oestealemana.

Los comunistas tienen una responsabilidad particular en este combate. Comprenden bien la diferencia que hay entre un gobierno dirigido por el PSDA y el que podría encabezar la UDC/USC. Sin embargo, es indudable que, con su política económica procapitalista y sus múltiples concesiones al anticomunismo, la dirigencia socialdemócrata derechista propicia en medida considerable el deslizamiento de una parte de la clase obrera hacia la derecha. Estos dirigentes retroceden ante el empuje de las fuerzas más agresivas del gran capital y de su partido, la UDC/USC. Intentan explicar las dificultades económicas de la RFA por la crisis de la economía mundial y también por las acciones de los obreros que, según ellos, plantean demandas desmesuradas. Para constituir un eficiente contrapeso a esta política funesta de la dirigencia derechista del PSDA, hace falta robustecer el PCA y ampliar su influencia sobre las masas. Esta es una premisa esencial para que también entre la clase obrera de la RFA, y ante todo entre los obreros afiliados al Partido Socialdemócrata, predomine, en lugar de la corriente del anticomunismo, la corriente que apunta a la unidad de acción y al abandono de la política viciosa de colaboración clasista. En la historia alemana, esta política abrió ya en más de una ocasión el camino del poder a la reacción ultraderechista y anuló la posibilidad de introducir un cambio radical en la correlación de fuerzas en favor de la clase obrera y de sus aliados.

Consciente de la responsabilidad que le incumbe ante el pueblo trabajador de su país y de su deber internacionalista respecto al movimiento comunista y obrero, el PCA considera imprescindible sacar conclusiones justas del cambio de la situación. En la nueva fase de la crisis general del capitalismo, se propone ser la fuerza que actúe constructivamente en interés de las masas trabajadoras. Combatiendo por reivindicaciones sociales y democráticas apremiantes, aspira a señalar el camino de la democracia antimonopolista y del socialismo. El PCA se traza la meta de laborar por la unidad de acción de la clase obrera y la alianza de todas las fuerzas antimonopolistas y democráticas. Actuando de este modo, podremos oponernos a la creciente presión que se ejerce sobre nuestro Partido, contribuir a que también en la RFA sea derrotada la reacción y a que la clase obrera abra la vía del progreso social.

La crisis y la guerra: el fondo actual del problema

Jan Prazsky
Comentario

Durante muchos años, la ideología dominante en el mundo burgués acarició la ilusión de que el capitalismo había encontrado la clave del desarrollo sin crisis. En este tiempo hubo recesos de la producción, oscilaciones en los niveles de ocupación, fuertes conmociones en los mercados de artículos y monetarios. La economía política burguesa veía en todo esto pequeñas adversidades coyunturales, pero en modo alguno testimonios de la inestabilidad económica general del capitalismo. Hoy, apenas queda lugar para la reciente placidez. Incluso la «gran prensa» de los monopolios se ve obligada a llamar a las cosas por su nombre. No escribe simplemente de alteraciones de la economía. Se ve forzada a debatir un problema esencial considerado desde hace muchos años cancelado: la honda y multifacética crisis del sistema económico del capitalismo.

Desde el momento en que el número de desempleados norteamericanos se aproximó al de la racha crítica de preguerra; se empezó a hablar con inquietud de la repetición eventual de la «gran depresión». Ahora proliferan los pronósticos de descenso en picado de la producción, de lockouts masivos, de una reacción en cadena de quiebras. Pero, al mismo tiempo que los cálculos y las cábalas acerca de la magnitud que puede adquirir la presente crisis económica, surge la pregunta, mucho más tétrica, de si este desajuste tan grave de la economía no encerrará la amenaza de una catástrofe política y militar mundial. La revista mensual *Le Monde diplomatique* dice: «Es posible que ahora, treinta años después de la capitulación del Reich, se hayan abierto las primeras brechas no sólo en la economía de los principales estados, sino también en el edificio de la paz internacional.»[1]

Muy sombría es la hipótesis, pero no se la puede pasar por alto.

Ante todo, no se puede desdeñar la experiencia de la historia. La primera conflagración mundial estalló después de haber comenzado en 1913 una crisis cíclica de superproducción que afectó a casi todos los principales países capitalistas. La crisis de los años 1929–1933, de impacto sin precedente, y la nueva recesión que se produjo en la economía del imperialismo en 1937–1938 fueron el preludio de la II Guerra Mundial.

Es indudable que existe un nexo entre la crisis y la guerra. La economía política marxista-leninista ha demostrado bien a las claras que la militarización de la economía, el espoleamiento de la coyuntura por medio de la carrera armamentista y de los pedidos militares del Estado es un método, perfectamente a tenor de la naturaleza del imperialismo, de mantener a flote la actividad económica. Para pasar a otro ciclo de reproducción social, el capitalismo necesita renovar el capital fijo. También la guerra puede ser una forma de esa renovación, ya que quebranta inevitablemente, si es que no destruye por completo, la estructura anterior de la economía. El capitalismo mundial encontró salida a la crisis de la década del treinta precisamente en los cauces de la guerra.

Volviendo a la situación actual, no se puede por menos de advertir que, a la vez que se agravan los actuales fenómenos críticos en la economía, se acentúan las tendencias reaccionarias en la vida interna de los estados burgueses y se dejan sentir rasgos peligrosísimos de la política internacional del imperialismo.

Los medios imperialistas USA, por ejemplo, tratan a todas luces de aprovechar el caos económico para recuperar su papel de líder absoluto de todos los países capitalistas. Confirmando estas pretensiones, en las declaraciones de Washington se trazan paralelos entre la situación internacional de hoy y la que existía en los años 1945–1949. Todo el mundo recuerda que entonces fueron las aspiraciones hegemónicas de los EE. UU. las que dieron comienzo a la

[1] *Le Monde diplomatique*, Novembre, 1974, p. 11.

guerra fría, abrieron la esclusa a la carrera de los armamentos, causaron la muerte de centenares de miles de hombres en guerras locales y condenaron a una generación entera a vivir en un clima de ansiedad y de temor.

La reacción también se esfuerza mucho por atajar el proceso de distensión internacional. Los enemigos de la coexistencia pacífica han logrado torpedear el acuerdo comercial y económico soviético-norteamericano del año 1972. No disimulan que piensan seguir en su empeño de que las potencias occidentales vuelvan a la fracasada «posición de fuerza» en las relaciones con la Unión Soviética y los países de la comunidad socialista.

La preocupación de los monopolios por los beneficios y, al mismo tiempo, el deseo de eludir toda responsabilidad por las dolencias económicas del capitalismo motivan tanto la agravación de la tirantez social dentro de la sociedad burguesa como los actos de política exterior que deterioran la estabilidad internacional. En este sentido se puede incluir entre los fenómenos análogos la nueva ofensiva de los monopolios contra los derechos de los trabajadores y las amenazas imperialistas a los estados mesorientales productores de petróleo.

En los últimos tiempos, casi en todos los principales países capitalistas se ha desplegado una vasta campaña para presentar al proletariado como el mayor culpable, y su lucha por los derechos económicos como la causa principal de la devastadora inflación. El *Economist* londinense, empleando el lenguaje de los magnates de la City, machaca número tras número que, hoy, la única salvación de Inglaterra está en amordazar a los «insolentes sindicatos» y promulgar un decreto gubernamental que bloquee los salarios[2]. El capital monopolista ha visto, en el cúmulo de contratiempos económicos, la oportunidad de cumplir el viejo sueño de la burguesía: bajar los salarios por vía legislativa.

De la misma forma se declara culpable externo de la crisis a los países proveedores de petróleo. Desde hace año y medio, la propaganda burguesa exacerba la histeria chovinista repitiendo en todos los tonos que los actuales males económicos del capitalismo tienen su origen en la política petrolera de los estados mesorientales. La sicosis

[2] Véase, por ejemplo, *The Economist*, December 28, 1974, p. 56.

antiárabe fomentada por este procedimiento ha venido envenenando un mes tras otro el ambiente político mundial, hasta crearse finalmente tal situación que ciertos estadistas norteamericanos consideraron posible anunciar que estaban dispuestos a recurrir a la fuerza de las armas contra los países productores de petróleo del Oriente Medio. Por muchas salvedades con que haya sido envuelta esta amenaza, es evidente que continúa siendo motivo de gran inquietud en cuanto a los destinos de la seguridad internacional.

En conjunto, la situación originada por la presente crisis capitalista ha galvanizado a la reacción, ha engendrado nuevas tentativas suyas de retrotraer el mundo a los tiempos de la guerra fría y de activar la ofensiva contra las masas trabajadoras y los derechos soberanos de los pueblos emancipados del dominio imperialista.

Con todo, ni la historia, ni la teoría ni la situación concreta de hoy en el mundo brindan fundamento para considerar que existe una relación fatal de causa–efecto entre las conmociones económicas del capitalismo y la agresión imperialista, la guerra. De por sí, los fenómenos sociales, y con más motivo el mecanismo de su conexión, son siempre muy complicados. No admiten conclusiones rectilíneas como, por ejemplo, la de que toda crisis profunda de la economía capitalista ha de conducir fatalmente a la guerra.

Dos circunstancias, por lo menos, hacen desde luego inconsistentes estas conclusiones. Primero, que la guerra no dimana directamente de la economía. Según la definición clásica, es la continuación de la política por otros medios. Segundo, las crisis económicas son inmanentes al capitalismo, pero cada una de ellas tiene sus propios y singulares rasgos históricos. Por eso, al evaluar las posibles consecuencias de la presente crisis capitalista para los destinos del mundo es preciso aquilatar en plena medida las peculiaridades de la etapa que atraviesa la evolución mundial.

Entre ellas está, sin duda, la conjunción sin precedente del descenso de la producción y la desbocada inflación. Tampoco tiene analogía en el pasado la drástica desaceleración del ritmo de incremento económico que se produce en medio de la disgregación de las estructuras creadas por el capitalismo mundial en las esferas de las relaciones monetario-financieras, y del abastecimiento de energía y

alimentos. Por eso, naturalmente, tiene razón P. Samuelson, notable autoridad de la economía política burguesa de los EE. UU., al decir: «Preveo dificultades, pero serán distintas que las de los años 1930–33»[3]. Sin embargo, los economistas burgueses ven lo específico de la crisis actual sólo en lo que es típico de la situación puramente económica, en tanto que tienen mucha importancia factores que se hallan fuera del marco del mecanismo económico propiamente dicho.

Desde el punto de vista del problema aquí considerado tiene un valor especial subrayar que la crisis actual de la economía capitalista se desenvuelve en condiciones políticas internacionales y nacionales como no había conocido el mundo.

Ante todo, se trata de los avances logrados en el sistema global de las relaciones interestatales y del arraigo en él de las normas de coexistencia pacífica entre países de régimen social distinto. Yerra quien piense que la distensión es sólo una suma de acuerdos políticos entre estados influyentes. En realidad, posee un sólido contenido material y se basa en la nueva correlación, desconocida hasta ahora, de las fuerzas mundiales, indesgajable de la creciente influencia del socialismo sobre la situación del mundo. En los años 30, la Unión Soviética luchaba sola por impedir la guerra. Hoy, la seguridad internacional tiene su respaldo en el ingente potencial defensivo y económico de la comunidad socialista. Tal es la realidad ponderable de nuestros días, y los medios gobernantes del imperialismo tienen por fuerza que tomarla en consideración a la hora de adoptar sus decisiones políticas. Esta realidad traba y paraliza considerablemente las tentativas de buscar una salida a la crisis económica en los cauces de la guerra.

Otra particularidad de nuestra época, que tampoco puede omitirse al analizar las posibles consecuencias de la presente crisis capitalista, reside en la actual correlación de las fuerzas clasistas y políticas dentro de la sociedad burguesa. Para abrir el cauce a la guerra, la crisis de los años 30 tuvo que llevar antes a Hitler al poder. Hoy, tampoco se puede descartar el peligro que representa la activación de la derecha. Pero la clase obrera y el frente común de las fuerzas democráticas tienen ahora en los países del capital

[3] *Newsweek*, October 28, 1974.

posiciones suficientes para cerrar el paso a la ultrarreacción. La conciencia clasista del proletariado, la experiencia política de las masas populares y el grado de organización de las fuerzas de izquierda han crecido tanto que constituyen un potente contrapeso a las tentativas de estrangular la democracia e implantar regímenes dictatoriales para defender los intereses de los monopolios.

Los partidos comunistas y obreros subrayan que la cohesión sucesiva de los trabajadores y de todos los demócratas en la lucha antimonopolista es el camino seguro para eliminar el peligro de derecha y conquistar nuevas posibilidades de progreso social y político.

Habitualmente, del aumento del desempleo que acompaña al receso de la producción el capital extraía, por lo menos, la ventaja política de que amainaba la lucha huelguística. En el curso de la crisis presente, los despidos masivos no han disminuido la intensidad de esta lucha. Por el contrario, el primer año de crisis marcó ya el récord de posguerra por la cantidad y duración de los paros laborales y el número de participantes. Esto evidencia que los monopolios no pueden esperar una total libertad de acción a cuenta de la pasividad clasista-política de las masas trabajadoras en medio de las crecientes dificultades económicas.

Tampoco tiene hoy el imperialismo, para salir de la crisis, los recursos que a veces sacaba de sus colonias. Los nuevos estados independientes defienden con buen éxito sus derechos soberanos. Las posiciones internacionales de los países en desarrollo se han fortalecido tanto que están en condiciones de rechazar eficazmente los intentos del imperialismo de atenuar a costa de ellos la gravedad de la crisis de la economía capitalista.

Partiendo de la nueva correlación de fuerzas existente en el mundo, la teoría marxista-leninista ha llegado a la conclusión de que no existe la fatal inevitabilidad de una guerra mundial. Esta conclusión ha pasado a ser uno de los esenciales puntos de referencia estratégicos de los comunistas en la lucha revolucionaria y antiimperialista. Su razón de ser y su justeza han soportado la prueba del tiempo, han sido confirmadas por la experiencia práctica de los últimos decenios y por los éxitos alcanzados en la introducción en la vida internacional de las normas de la coexistencia pacífica entre estados de régimen social distinto.

Esta importantísima conclusión conserva su significado básico también hoy que la reacción imperialista, en el afán de aprovechar para sus intereses la situación de crisis, trata de provocar nuevas complicaciones en el ámbito mundial. Claro que pueden tener graves consecuencias para la paz. Pero toda la cuestión está en si son ineludibles o se las puede evitar. Hay políticos —entre ellos algunos gobernantes— que, unas veces siguiendo un razonamiento simplificado y esquemático, otras guiándose por sus propios cálculos políticos, declaran que las contradicciones del mundo de hoy «conducirán, tarde o temprano, a una guerra mundial y que los pueblos deben estar preparados para ella». Los marxistas-leninistas rechazan rotundamente esa tesis. Con razón ha subrayado el periódico de los comunistas franceses que semejante fórmula sólo es capaz de engendrar «un sentimiento de fatalidad, presentando la guerra como algo inevitable. Pero eso es falso y peligroso, pues se trata de un medio de desmovilizar a la opinión pública que lucha por la paz.»[4]

Ceder a los estados de ánimo que quisieran sembrar los autores de tales concepciones fatalistas significaría hacer el juego a los enemigos más acérrimos de la política de coexistencia pacífica. En efecto, la «esterilidad» de todos los esfuerzos orientados a profundizar la distensión internacional es lo que esgrimen, en fin de cuentas, los empedernidos adictos de la guerra fría como principal justificación de sus exigencias de «endurecer» las relaciones con los países socialistas.

La propaganda burguesa trata de presentar la presente crisis como una crisis mundial. En realidad, no tiene un marco tan amplio. Frente al caos económico del mundo del capital se encuentra el estable progreso económico del socialismo. Lo mismo sucedía en los años 30. Pero aquél era un período de conformación de la economía socialista en los límites de un Estado. La realidad del día de hoy es el auge incesante de una economía madura en los límites de la comunidad de países socialistas. Al mismo tiempo, los fenómenos críticos han alcanzado tal gravedad en el sistema económico del capitalismo que por fuerza han de provocar determinados cambios en la estructura de los nexos económicos y políticos internacionales. Lo importante es la vía de realización de esos cambios acuciantes. Es de toda evidencia que la distensión, que supone una honda reestructura de las relaciones interestatales, brinda perspectivas reales para la solución pacífica de este problema.

La Unión Soviética, los estados de la comunidad socialista se orientan firmemente a transformar la distensión internacional en un proceso irreversible. Los partidos comunistas y obreros de los países del capital movilizan a las masas populares para seguir desplegando la lucha por una sólida paz universal. Claro está, no dudan del peligro de las maniobras que emprenden las fuerzas de la agresión ni de la necesidad, acrecentada por eso mismo, de que los pueblos mantengan una elevada vigilancia.

«Seguir denunciando con mayor vigor la criminal política del imperialismo y elevar la vigilancia popular frente a sus intenciones y planes agresivos» es una tarea formulada en la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros del año 1969[5]. Su actualidad aumenta hoy, pues la dura agravación de la crisis del capitalismo atiza tendencias peligrosas para la causa de la paz.

Pero la multiplicación de las dificultades económicas y el ahondamiento de las contradicciones del imperialismo debilitan sus posiciones internacionales. Vivimos en una época en que el socialismo y el movimiento revolucionario mundial son capaces no sólo de salvaguardar la paz, sino también de imponerla.

[4] *L'Humanité*, 21 Janvier, 1975.

[5] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros. Moscú, 1969*. Praga, 1969, pág. 33, Ed. Paz y Socialismo.

Nuevas posibilidades para la lucha revolucionaria

William Kashtan,
Secretario General del Partido Comunista del Canada

Los cambios que ante nuestra vista se operan en el mundo están ligados unos a otros, se condicionan mutuamente y constituyen en su conjunto un importante factor objetivo de la vida política internacional de nuestros días. Pero por lo que respecta a sus causas originarias y a su impacto en las relaciones internacionales, estos cambios no tienen un carácter homogéneo. Los acontecimientos y fenómenos que integran el proceso distensivo tienen lugar en muchas zonas del globo y sus protagonistas son las masas populares y los gobiernos, grupos sociales y clases enteras.

Hace tan sólo seis años, la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros planteó la tarea de imponer la coexistencia pacífica a las potencias imperialistas. Gracias al Programa de Paz del PCUS y a la positiva política exterior de la Unión Soviética y los demás países de la comunidad socialista, apoyada por los partidos marxistas-leninistas hermanos, gracias a la lucha de la clase obrera internacional, las fuerzas de la liberación nacional y todas las demás fuerzas pacíficas y democráticas, se han conseguido grandes éxitos en el cumplimiento de esta tarea.

Durante estos años se han firmado importantes declaraciones comunes y acuerdos bilaterales entre la Unión Soviética y los EE. UU., Inglaterra, Canadá, Francia, la RFA e Italia, entre muchos estados socialistas y capitalistas, en los que, de hecho, han quedado codificados los principios que rigen en la era nuclear la coexistencia pacífica de estados con distinto régimen social. Nos hallamos ante un cambio positivo de extraordinaria trascendencia, pues no hace tanto que muchos estados imperialistas se negaban a aceptar la coexistencia pacífica como norma de la vida internacional.

Durante decenios, por no decir siglos, los mejores cerebros habían venido soñando con poner fin a la carrera armamentista. Antes de la primera y la segunda guerra mundial se confeccionaron numerosos planes para lograrlo. Pero sólo hoy están llegando a ser objetivos reales la conjuración de la amenaza de una guerra y el cese de la carrera de los armamentos.

Los documentos que llevan al pie las firmas de los dirigentes de la URSS y los EE. UU. y ante todo el Acuerdo permanente de limitación de los sistemas de defensa anticohete y el Convenio temporal sobre ciertas medidas para la limitación de las armas estratégicas ofensivas, son un testimonio de que ni siquiera los complejísimos problemas del desarme son insolubles. La reunión celebrada el año 1974 en Vladivostok por L. Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS, y G. Ford, Presidente de los EE. UU., condujo a un importante acuerdo respecto a la necesidad de un amplio convenio a largo plazo sobre la limitación de las armas estratégicas ofensivas. Todas estas medidas y otras más evidencian la existencia de un progreso indudable en lo que respecta a la distensión.

La cooperación que se está estableciendo entre los países socialistas y los estados capitalistas aminora sensiblemente el peligro de un conflicto armado entre los dos sistemas mundiales. En los años 70 ha llegado a constituir una necesidad objetiva la superación de las reminiscencias de la guerra fría y el infundir a los acuerdos concertados un contenido ponderable, expresado en el diálogo político entre los gobiernos, la ampliación de las relaciones económicas y tecno-científicas, la profundización de los contactos culturales, la cooperación en la solución de los problemas del medio ambiente, la lucha contra las enfermedades, el estudio del átomo, el espacio y los océanos. Con nuevas y nuevas facetas, *la distensión se convierte en el rasgo dominante del desarrollo de las relaciones internacionales en el continente europeo y en el resto del mundo.*

El relajamiento de la tensión está pasando a ser el camino real por el que la humanidad avanza de la guerra fría a una paz democrática, justa y duradera. Este camino es, para los países socialistas, un camino natural, ya que el régimen existente en ellos es, por naturaleza, un régimen pacífico, que demuestra su superioridad por los resultados

de un trabajo creador. Hasta los círculos gobernantes de los países del mundo imperialista se ven obligados hoy día a aceptar la distensión.

Aquí entramos de lleno en un cambio positivo que, a nuestro modo de ver, es el principal de los operados en el mundo: *la nueva correlación de fuerzas en el ámbito mundial*, establecida a consecuencia del fortalecimiento de las posiciones económicas y defensivas de la Unión Soviética y los demás países de la comunidad socialista, el reforzamiento de la influencia del movimiento comunista mundial y la vigorización de las fuerzas de la paz, la democracia y el progreso social. Gracias a esto existe la garantía de que el debilitamiento de la tensión sea irreversible y de que se pueda hacerlo extensivo a la esfera militar.

La nueva correlación de fuerzas es un factor que tienen que tomar en consideración hasta aquellos que ven con manifiesto desagrado este hecho. P. Nitze, ex viceministro de Defensa y ministro de Marina de los EE. UU., dice que la Unión Soviética y los otros países socialistas «tienen motivos fundados para expresar su convencimiento de que la correlación general de fuerzas ha cambiado y sigue cambiando en su favor»[1]. Tales confesiones no significan, claro está, que el imperialismo acepte resignado la pérdida de su superioridad. Y trata de recuperarla avanzando programas destinados a suavizar los roces en el mecanismo de la alianza occidental, a resolver los problemas monetarios y económicos del «mundo libre», etc. Pero ni siquiera los mismos autores de tales programas confían mucho en el éxito. Las crecientes dificultades de una sociedad en la que imperan la explotación, el desempleo, el descenso de la producción y la inflación y son cada vez más profundas las contradicciones interimperialistas, van erosionando progresivamente el régimen burgués.

No es de extrañar que, en tales condiciones, a los gobiernos y a los círculos de negocios de los países capitalistas les sea cada vez más difícil negarse a establecer relaciones económicas recíprocamente ventajosas con los estados socialistas, cuya estabilidad económica los hace atractivos *partenaires* para las compañías capitalistas.

La expansión del comercio con el mundo socialista brinda

[1] *Foreign Policy*, N 17, Winter 1974–1975, p. 147.

la posibilidad de intensificar la actividad de los negocios en los países capitalistas, con el subsiguiente descenso de la desocupación entre los trabajadores.

La actual crisis económica en que se ven sumidos los estados imperialistas ha coincidido con una agudización de sus relaciones con los países en desarrollo. El fortalecimiento de las posiciones de estos países, sobre todo de aquellos que no sólo tienen petróleo sino que además lo utilizan como un arma en la lucha por un nuevo orden económico basado en la igualdad, debilita notoriamente al imperialismo y contrae cada vez más la zona de su influencia. El carácter objetivo de la nueva situación de los países en desarrollo en el plano internacional contribuye a modificar aún más la correlación de fuerzas en favor de la paz, la democracia, la independencia nacional y el progreso social.

El sucesivo relajamiento de la tensión es un proceso que habrá de abarcar un largo período, que constituirá, tal vez, una considerable etapa de la historia contemporánea. Los comunistas, que tienen en cuenta este factor en su estrategia y su táctica, comprenden el carácter contradictorio y complejo del proceso distensivo, en el que se enfrentan dos tendencias opuestas: la tendencia al alivio de la tirantez, que es la que se manifiesta con mayor vigor, y la tendencia, que todavía se mantiene, a volver a los tiempos de la guerra fría y de la franca confrontación militar.

Las contradicciones que existen en los medios burgueses entre los portadores de concepciones realistas en política exterior y los partidarios de las concepciones militaristas no pasan desapercibidas para las grandes masas. Las afirmaciones de la propaganda imperialista acerca de la inercia de las clases «inferiores» en las cuestiones internacionales obedecen a veces al deseo de los sectores más reaccionarios de distraer la atención de la opinión pública de los actos agresivos proyectados por ellos, pero también, con particular frecuencia, al afán de la élite gobernante de excluir cualquier influencia de las masas populares en las opciones en materia de política exterior. Pero el hecho es que la actividad y el influjo de las fuerzas sociales en el dominio de las relaciones internacionales se han acrecentado en forma inusitada en los últimos años. Los partidos

comunistas y obreros han hecho más que nadie para despertar el interés de las masas populares por las cuestiones de la guerra y la paz, por los problemas de la política internacional. Ello tiene una enorme importancia cuando aún no ha sido totalmente excluida la amenaza de una guerra nuclear, cuando de la solución de los problemas de política exterior depende a veces la vida de los hombres. De aquí la importancia de que las masas de los países capitalistas sean partidarias activas de la política de paz. Al cumplir la tarea de atraerlas a esa política nos atenemos a la filosofía comunista de paz, basada en el análisis de la correlación real de las fuerzas de la guerra y la paz en la época actual. La elevada misión de esta tarea consiste en evitar la posible amenaza de una catástrofe y hallar en el complejo mundo de hoy un camino fiable que conduzca a la distensión, la seguridad y la cooperación.

Los comunistas, los del Canadá entre ellos, denuncian incesantemente las maquinaciones de los grupos más belicosos del capitalismo monopolista de Estado. A la vez que valoramos con lucidez los logros de la distensión política, no cerramos los ojos ante el hecho de que esta distensión no ha logrado aún detener la carrera armamentista, que se traga cada año en el mundo unos 250.000 millones de dólares[2]. No está excluida la posibilidad de que ante la crisis, rápidamente agudizada, del imperialismo, los sectores reaccionarios más rabiosos intenten empujar a los gobiernos burgueses a buscar la salida de la crisis en una política de retos y agresiones. Las amenazas contra los países árabes del Próximo Oriente y otros estados contenidas en los discursos de altos personajes estadounidenses muestran la importancia de mantenerse alerta. Al mismo tiempo, es notorio que, debido al nuevo alineamiento de fuerzas en el plano internacional, estas amenazas no tuvieron éxito y fueron rechazadas resueltamente tanto por los países amenazados como por todos los estados pacíficos. Un hecho digno de señalarse a este respecto es que en el interior mismo de los Estados Unidos, como ha demostrado una reciente consulta a la opinión pública, la mayoría

[2] *Communist Viewpoint*, Vol. 7, Nº 1, January–February 1975, p. 13.

se ha pronunciado contra el envío de tropas norteamericanas al Próximo Oriente.

Pero el imperialismo, aunque se ha debilitado y sus sectores más agresivos se encuentran cada vez más aislados, sigue siendo un enemigo fuerte, pérfido y peligroso. Los comunistas canadienses sostienen una lucha decidida contra el imperialismo USA, que interfiere en los asuntos internos de nuestro país, incita a su Gobierno a intensificar la carrera armamentista y amenaza con apoderarse de las fuentes canadienses de minerales, petróleo y gas. El imperialismo yanqui trata de frustrar la política de «canadización» de nuestra economía y quiere uncir firmemente a nuestro país al carro del Pentágono. La brutal presión, el descarado mangoneo de los monopolios norteamericanos en nuestro territorio han impulsado en Canadá el desarrollo de las tendencias antiimperialistas, que, a la vez, estimulan la lucha contra el imperialismo canadiense, contra las corporaciones multinacionales, por su nacionalización y una auténtica independencia nacional.

Ni un solo día ha cesado nuestra lucha contra el imperialismo norteamericano, nuestra denuncia de los peligrosos planes de sus grupos más reaccionarios. Ya es una sólida tradición de los comunistas canadienses el intercambiar con los partidos hermanos experiencias de esta lucha. Dicha experiencia muestra que los partidos comunistas y obreros no se forjan ilusiones de ninguna especie respecto al imperialismo en su conjunto ni en lo que se refiere a su eslabón más poderoso, los Estados Unidos.

Por eso resultan peregrinas ciertas opiniones acerca de que en los últimos tiempos habría aparecido en el movimiento comunista internacional una «nueva variante de embellecimiento del imperialismo norteamericano», que se perdería de vista la capacidad de dicho imperialismo de imponer un *diktat* político, militar y económico a sus socios «medios» y «menores», así como a ciertos países en desarrollo. A los marxistas-leninistas canadienses nos parece que se trata de una falsa afirmación. Los comunistas nunca han embellecido ni embellecen al imperialismo USA. Son los primeros en llamar a la vigilancia teniendo en cuenta la enorme fuerza militar y económica que conservan los EE. UU. y comprendiendo que puede causar no pocas calamidades a los pueblos. Pero también ven que el poderío

mancomunado de los países socialistas refrena los impulsos agresivos de los círculos más reaccionarios de los EE. UU., en tanto que la creciente lucha de la clase obrera y de las otras fuerzas democráticas de los países capitalistas va reduciendo cada vez más las posibilidades de Washington de imponer su voluntad incluso a sus aliados y asociados. Los que no vean esto no pueden considerarse realistas.

Los extremos siempre son discutibles. ¿Es correcto, por ejemplo, considerar que el imperialismo USA es omnipotente y que los imperialismos de otros países, por ejemplo del Canadá, son unos «niños de pantalón corto» que cumplen sin rechistar las órdenes del «tío Sam»? Creemos que no. Semejantes ideas pueden ser la causa de que no se advierta que los monopolios propios y norteamericanos tienen la misma naturaleza de clase y hacer que se debiliten los golpes asestados a los primeros, concentrándolos exclusivamente en los segundos. Esa táctica puede beneficiar a la gran burguesía nacional y fortalecer sus posiciones en detrimento de las posiciones de los trabajadores.

Los comunistas canadienses luchan contra el imperialismo canadiense, contra el imperialismo USA y contra el Imperialismo mundial. Nosotros partimos de que, cualquiera que sea el ropaje que se ponga, el imperialismo conserva en todas partes su esencia agresiva y reaccionaria. Pero también vemos claramente que, en una situación en que se acrecientan las dificultades políticas y socio-económicas internas, se agudizan las contradicciones interimperialistas y se hunde la estrategia del capitalismo con respeto al Tercer Mundo, los gobiernos burgueses no se atreven a emprender directamente aventuras contra el socialismo y se tornan más sensibles a las propuestas realistas de los países socialistas.

Tomemos por ejemplo el caso del Gobierno canadiense. Durante las elecciones federales de 1974, el primer ministro P. Trudeau se pronunció en repetidas ocasiones en favor de la distensión internacional. Canadá participa en la Conferencia Europea de Seguridad y Cooperación, aunque, a nuestro modo de ver, nuestro Gobierno podría contribuir más activamente a sus labores.

También es verdad que las potencias imperialistas, aun absteniéndose de atacar de frente la política de distensión, se esfuerzan por frenar este proceso. No parece ser otra la

intención de la táctica dilatoria aplicada en la segunda fase de la conferencia paneuropea. Bajo la presión de los grupos más reaccionarios de sus respectivos países, las delegaciones de una serie de potencias occidentales, han tratado de extorsionar a los países socialistas para obtener de ellos concesiones en el plano ideológico, exigiendo que, a cambio de la distensión, se abran las fronteras de estados soberanos para la penetración de concepciones, normas y hábitos burgueses.

Los apologistas de la burguesía hacen propuestas, francas y encubiertas, ultimativas y «corteses», encaminadas a imponer el cese de la lucha ideológica como condición de la coexistencia pacífica. El patente contraste entre el crecimiento estable de la economía de los países socialistas y la decadencia económica de los países capitalistas, así como la superioridad moral del socialismo y los triunfales avances del comunismo científico compelen a la burguesía monopolista a intensificar la subversión ideológica contra la Unión Soviética, otros países socialistas y los partidos comunistas y obreros. El propósito de nuestros enemigos no ofrece dudas: imponer las concepciones burguesas a las fuerzas que abogan por el progreso social y desarmarlas ideológica y teóricamente. De aquí la importancia que adquiere ahora para los comunistas la elaboración colectiva de la estrategia y la táctica de la ofensiva ideológica destinada a paralizar los esfuerzos de los anticomunistas y antisoviéticos.

La continuidad de la lucha ideológica entre los dos sistemas es inevitable. Sabido es que ni los científicos burgueses niegan el hecho mismo de la ideologización de las relaciones internacionales. Pero se equivocan de medio a medio quienes suponen que los principios ideológicos pueden ser objeto de regateos, que, a cambio de compromisos políticos y económicos, los países socialistas habrán de renunciar a los principios del marxismo-leninismo.

La resistencia opuesta por las fuerzas reaccionarias a la paz y la distensión internacional es apoyada por los maoístas, que buscan la confrontación, el mantenimiento de la tensión internacional, pues con un resurgimiento de la guerra fría les sería más fácil ocultar su política hegemónica y sus delirantes pretensiones territoriales con respecto, prácticamente, a todos los estados vecinos. Las recientes

predicciones hechas en Pekín respecto a la inevitabilidad de una guerra entre la URSS y los EE. UU. se asemejan a una provocación de la peor especie y desenmascaran totalmente a sus autores. Los revolucionarios auténticos nunca han estado ni pueden estar interesados en la guerra, ya que ésta supone para las masas populares un sinfín de calamidades y destruye las fuerzas productivas. «La guerra es nuestro enemigo —dicen los comunistas—. Que de hoy en adelante los países con distintos sistemas sociales... demuestren su superioridad no en el campo de batalla, sino en la emulación por el progreso, por la elevación del nivel de vida de los pueblos.»[3] Este planteamiento pertenece al Manifiesto de la Paz, de 1957, y entre los que lo firmaron estaba el Partido Comunista de China. La actual actitud de los maoístas, que parte de una franca esperanza en que se produzca una «gran guerra» entre las dos grandes potencias, coincide con los intereses de los medios imperialistas más reaccionarios, que no renuncian a sus propósitos agresivos contra el socialismo y su bastión, la Unión Soviética.

La tesis de los marxistas-leninistas de que los cambios positivos operados en el mundo, y en primer lugar la distensión, crean nuevas condiciones favorables para el despliegue de la lucha por las transformaciones sociales, es comprendida y respaldada por sectores sociales muy amplios, que se unen contra los monopolios y la reacción. La estrategia aplicada en política exterior por los distintos países y las diferentes alianzas es la expresión y la forma de la lucha de clases en el ámbito internacional. Los cambios producidos en la vida internacional tienen un impacto cada vez mayor sobre el desarrollo interno de los países, del mismo modo que los cambios internos influyen en el clima internacional. La lucha por las transformaciones sociales progresistas, importante elemento inseparable de la vida cotidiana de la sociedad capitalista, se desarrolla bajo el influjo de condiciones interiores y exteriores que se entrelazan.

La paz y el relajamiento de la tensión fortalecen las posiciones de todos los patriotas que luchan por una política

[3] *Documentos programáticos de la lucha por la paz, la democracia y el socialismo,* Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961, pág. 30.

exterior canadiense independiente y refuerzan a la clase obrera y al movimiento democrático. El debilitamiento de la tirantez internacional, el viraje de la guerra fría y la confrontación a las negociaciones y la reducción del número de situaciones conflictivas, preñadas del peligro de conflagraciones locales, son otros tantos factores que, en las condiciones de nuestro país, facilitan la liza por un mayor control nacional sobre la industria, los recursos naturales y las fuentes de energía, por librarse del «abrazo» norteamericano, que agrava la crisis económica, la inflación y el desempleo y menoscaba la soberanía del Canadá.

Los cambios que se producen en la política exterior de los distintos países capitalistas y que tienen su expresión en el abandono de las estructuras militares de la OTAN, en una menor participación en ellas o en intentos de revisar los acuerdos concertados con EE. UU. en condiciones de desigualdad, no suelen pasar sin dejar huellas. Dentro de los países que han tomado tales medidas, los cambios estimulan las tendencias antibélicas y coadyuvan a ampliar las coaliciones de fuerzas que luchan por la satisfacción de las apremiantes necesidades de la sociedad.

La distensión internacional acelera el progreso social. He aquí un hecho que merece atención. A mediados de 1973 se manifestó el temor, incluso en las filas del movimiento comunista, de que el alivio de la tensión iba a contener la lucha contra el imperialismo, frenar las transformaciones revolucionarias y mantener el statu quo socio-político en el mundo. Han pasado menos de dos años, plazo histórico muy breve, y ¿qué vemos? Un cambio radical de la situación en Portugal y Grecia, donde los pueblos se han despojado de las cadenas impuestas por regímenes fascistas; avances por la senda de la total libertad nacional de Mozambique y Angola, donde pronto será proclamada la independencia; nacimiento del Estado de Guinea-Bissau; éxitos de los movimientos de liberación de Camboya, Omán, Rhodesia y Namibia; los fuertes golpes asestados al sistema del *apartheid* en la República Sudafricana; auge sin precedentes del movimiento democrático en España. ¿Qué statu quo social es ése?

Al mismo tiempo no cerramos los ojos ante ciertos reveses. Dolor e ira ha despertado en nuestros corazones la derrota temporal de la revolución en Chile. Pero ni siquiera

esos repliegues de la revolución alivian la situación general del imperialismo, tanto más cuanto que todos los destacamentos de combatientes por las transformaciones revolucionarias sacan de ellos las pertinentes conclusiones. El desenmascaramiento del papel desempeñado por la CIA y los monopolios multinacionales en el derrocamiento del Gobierno Allende dificulta la labor de aquellos a quienes el imperialismo encomendó la misión de exportar la contrarrevolución. Es significativo el hecho de que el nombramiento de N. Davis (embajador norteamericano en Chile cuando los servicios especiales de Washington preparaban el derrocamiento del Gobierno de Salvador Allende) para ocupar el puesto de Secretario de Estado adjunto para los asuntos africanos, provocase la protesta unánime de 43 estados miembros de la Organización de la Unidad Africana. Esto es una prueba de la acrecida vigilancia de los pueblos y los gobiernos.

El imperialismo y la reacción utilizaron la tirantez internacional para acentuar su dominio sobre las masas de sus propios países. Al intervenir en las guerras civiles, sofocaban las acciones revolucionarias en otros países, imponían el neocolonialismo, en un intento de mantener indefinidamente el control de todas las fuentes de materias primas pertenecientes a los pueblos de las antiguas colonias.

Los cambios producidos en el clima político por la distensión permiten a las fuerzas revolucionarias hallar nuevos caminos para conquistar bases sociales y políticas que les brinden mejores posibilidades para lanzarse al asalto de las posiciones del capital monopolista. La rapidez y la aparente sorpresa de los acontecimientos en Portugal y Grecia han puesto en guardia a los estrategas imperialistas, que siguen mirando de reojo a estos países. Al parecer se dan cuenta de que la distensión internacional y la lucha enérgica de los comunistas portugueses y griegos han contribuido a estos acontecimientos y los han acelerado.

Los monopolios se van replegando bajo el nuevo empuje de los trabajadores. En el primer plano de la lucha se destacan hoy las reivindicaciones antimonopolistas y democráticas generales: nacionalización en consonancia con los intereses de los trabajadores, limitación de la omnipotencia de los bancos y las corporaciones, participación de los obreros en la gestión de las empresas, desarrollo multilateral de las zonas atrasadas. La presión cada vez más sensible de la clase obrera y sus partidos en los terrenos político, económico y cultural, otrora «cotos cerrados» de los medios gobernantes, no sólo habrá de proseguir sino que se irá intensificando.

Como muestra la experiencia de Canadá y otros países, donde las posiciones de los monopolios son todavía muy sólidas, la lucha por las reformas democráticas radicales, capaces de desbrozar el camino hacia transformaciones socio-económicas cardinales y el socialismo, es en las actuales condiciones un importante medio de aglutinar las acciones antiimperialistas. Al hacer hincapié en la diferencia entre reformas y reformismo, Lenin decía: «Nosotros mantenemos una política independiente y *sólo* proponemos reformas que interesan *incuestionablemente* a la lucha revolucionaria, que *incuestionablemente* contribuyen a elevar la independencia, la conciencia de clase y la combatividad del proletariado. Sólo con esta táctica podemos tornar *inocuas* las reformas desde arriba, reformas que son siempre mezquinas, siempre hipócritas, que encierran siempre alguna trampa burguesa o policial.»[4]

En el curso de las campañas electorales que han tenido lugar los últimos años en Canadá y otros países capitalistas, los partidos comunistas y obreros, a menudo juntamente con los partidos socialistas, han propuesto amplios programas de reformas de este género, que han tenido una acogida favorable entre las masas populares. Al luchar por las transformaciones radicales, la clase obrera y sus aliados van acumulando experiencias de lucha política. Y han obtenido nuevos y grandes éxitos en el dominio de los múltiples métodos para cumplir la doble tarea que nos encomendara Lenin: *saber* luchar contra el imperialismo, *saber* ayudar al desarrollo revolucionario y al socialismo en formación[5].

La maduracion de las tendencias antimonopolistas y el nuevo ascenso de la lucha de clases preocupan a los imperialistas. Ahora se considera que la amenaza para la seguridad del «mundo libre», para la estabilidad de «las instituciones democráticas occidentales» ya no reside en «la posibilidad de una agresión de la Unión Soviética» (como

[4] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 2ª ed., t. XI, pág. 68, Ed. Cartago.
[5] Véase V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXVIII, pág. 266.

si esa supuesta amenaza hubiese existido alguna vez), sino en que las masas trabajadoras, los sindicatos «no se dejan dirigir» y han perdido el sentimiento de «lealtad social» para con la sociedad burguesa.

Esta es justamente la razón de que los ideólogos del imperialismo adelanten la idea de convocar una conferencia de los líderes máximos de los países capitalistas para examinar la inestabilidad social en la sociedad burguesa y buscarle remedio. Uno de los autores de ese plan es el bien conocido anticomunista Z. Brzezinski. Si no se toman medidas para robustecer las «instituciones democráticas» y suavizar las crecientes contradicciones internas, dice, los «comunistas podrán aprovecharse» de esta situación. El pánico ante la fuerza y el influjo cada vez mayores del movimiento comunista organizado impulsa a mancomunar los esfuerzos a los partidos burgueses más heterogéneos, que no vacilan en arrumbar principios que aún ayer se proclamaban sagrados. A esta tendencia del campo imperialista, del campo de los anticomunistas y antisoviéticos, la clase obrera y todas las fuerzas democráticas no pueden por menos de oponer la aproximación entre ellas, el fortalecimiento de la unidad de sus filas.

La unidad de todas las fuerzas antimonopolistas en cada país capitalista y de todas las fuerzas antiimperialista a escala internacional es hoy más importante que nunca. Para el logro de este objetivo son fundamentales las consignas acertadas y las declaraciones programáticas claras y bien meditadas. La vertiginosa rapidez con que se desarrollan los acontecimientos hace que una serie de partidos comunistas y obreros pasen a plantear tareas tácticas de mayor agudeza. Cada partido, como es natural, resuelve por sí mismo los problemas relacionados con la táctica, la estrategia y las distintas consignas. Al mismo tiempo, la nueva situación, en que la línea fundamental del desarrollo es el relajamiento de la tensión internacional, plantea la necesidad de que los comunistas elaboren colectivamente una plataforma teórica, científicamente fundada, para la lucha de las masas trabajadoras por el fortalecimiento de la seguridad, la cooperación y el progreso. La buena utilización de las nuevas condiciones favorables en la lucha antimonopolista exige, obviamente, una gran experiencia y un gran arte revolucionarios.

A este respecto quisiera exponer la impresión que me han producido unas propuestas recientes destinadas a hallar para Europa Occidental una salida a la actual crisis económica. La médula del plan que se propone consiste en dar una nueva «estructura» al «actual edificio capitalista de Europa, cuyo techo es demasiado bajo», lo que «permitirá encontrar una salida progresiva para la crisis». La proyectada nueva estructura de Europa está destinada a cumplir una función específica, a oponerse a cualquier hegemonismo. Pero es digno de señalar que los autores de ese plan, al luchar contra la «hegemonía estadounidense», tratan de atribuir a Europa un papel especial, conseguir que esta Europa tenga unas relaciones especiales con el Tercer Mundo.

Ya en 1916, Lenin había prevenido a los partidos obreros del peligro del «chovinismo europeo». Dejarse contaminar por el virus de este chovinismo, no tener en cuenta en la lucha antiimperialista la energía y el potencial revolucionarios de los que combaten por el progreso social en todos los continentes significaría objetivamente hacerle el juego a los enemigos de la clase obrera, contribuir a la división de las fuerzas antimonopolistas y antiimperialistas y no a su unión.

La puntualización de las consignas y de la táctica, su verificación en la nueva situación es una regla inmutable por la que se rigen los partidos comunistas y obreros. Una de esas consignas, la lucha por la paz, tiene especial importancia y valor de actualidad, moviliza a luchar por la democracia y el socialismo, contra la reacción y los propósitos agresivos. Su acierto y actualidad vienen confirmados por el tema que se ha elegido para la nueva Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa: «La lucha por la paz, la seguridad, la cooperación y el progreso social en Europa». La conferencia será un importante hito en la lucha de los pueblos por la paz en Europa y en los otros continentes. Desempeñará un importante papel en la movilización de las grandes masas para acciones destinadas a hacer irreversible el relajamiento de la tensión internacional. Una condición inexcusable del cumplimiento de esta tarea es el fortalecimiento de la unidad de acción de los partidos comunistas y obreros sobre la base de los principios del marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario.

Un hecho significativo es que la Conferencia europea de los partidos comunistas y obreros habrá de celebrarse en la República Democrática Alemana. 1975 es el año del XXX aniversario de la victoria sobre el fascismo alemán. Gracias a este acontecimiento histórico, el socialismo se ha convertido en un sistema mundial de estados, en el que el trabajador contempla con seguridad el futuro y es el dueño de sus destinos. El prestigio del socialismo se ha acrecentado inconmensurablemente desde que entre los estados y pueblos de la comunidad socialista se ha establecido un nuevo tipo de relaciones basadas en los principios del internacionalismo proletario, en la solidaridad combativa y en la ayuda y el apoyo mutuos y fraternales.

Es incuestionable la importancia y la significación de las conferencias regionales de los partidos comunistas y obreros, de sus reuniones bilaterales y multilaterales. Una mayor cohesión de nuestras filas es un importante factor del sucesivo cambio de la correlación de fuerzas en favor de la paz, la liberación nacional, la democracia y el socialismo. El Partido Comunista del Canadá, como se ha señalado en su último Congreso (mayo de 1974), aboga por la convocatoria ulterior de una conferencia internacional de los partidos comunistas, la cual, a nuestro modo de ver, podría discutir los problemas planteados por el desarrollo internacional a partir de 1969, cuando se celebró el último foro mundial de los marxistas-leninistas.

Las conferencias internacionales de los partidos comunistas y obreros celebradas en los años 50 y 60 tuvieron una trascendencia histórica para la lucha de la humanidad por la paz y el progreso social. En la década del 70 se sigue acelerando el desarrollo mundial y se van tornando más complejos muchos problèmas que son otros tantos eslabones de este proceso. El pensamiento colectivo de los partidos marxistas-leninistas, lleno de fe optimista en el futuro, debe iluminar el camino de la lucha revolucionaria y de la edificación de una nueva vida. Un deber internacionalista de los comunistas es afianzar la iniciativa histórica que se encuentra en manos de quienes luchan por la paz, la seguridad, la distensión y el progreso social. Y cumplirán con ese deber.

Lo viejo y lo nuevo en el anticomunismo

Hans Adamo,
funcionario de la Dirección del PCA

La lucha contra el anticomunismo no es una tarea nueva que tienen planteada los marxistas. Sin embargo, los cambios producidos en el propio anticomunismo suponen un estudio continuo de su «teoría» y su práctica. La denuncia de sus concepciones actuales es un importante cometido de los comunistas.

En el transcurso de dos décadas la RFA fue el epicentro de la guerra fría en Europa. En aquellos años, durante el gobierno de la UDC/USC, el anticomunismo germanoccidental, que encarnaba las ideas de la revancha y el odio de los círculos imperialistas a la RDA, Estado socialista en tierra alemana, adquirió un carácter particularmente belicoso. Siendo como era la fuerza de choque en la lucha del imperialismo mundial contra el socialismo en Europa, fue instrumento de chantaje y de la política desde «posiciones de fuerza» y la justificación de la estrategia del «rechazo», constituyendo, durante largos años, un peligro para la paz en el continente europeo.

La influencia del anticomunismo en la vida política interior del país se manifestó con especial relieve en la prohibición, en agosto de 1956, del PCA, partido que luchó abnegadamente contra el fascismo hitleriano y, después de la derrota de éste, se pronunció consecuentemente, en el espíritu del acuerdo de Potsdam, por el desarrollo democrático y antifascista de la República Federal. Los círculos reaccionarios, sobre todo la UDC/USC, también hoy siguen presionando continuamente sobre el PCA y otras organizaciones democráticas, utilizando el método de escandalosa «prohibición de ocupar cargos» a los comunistas, los socialistas y otros demócratas.

En el ambiente del fracaso de la política imperialista de guerra fría y de ahondamiento de la crisis general del capitalismo, el anticomunismo, al igual que toda la ideología burguesa, ante las crecientes dificultades, se ve obligado a cambiar su táctica y su fisonomía y adaptarse a la nueva correlación de fuerzas y a las nuevas condiciones de confrontación clasista. Los éxitos de los países de la comunidad socialista en el ámbito mundial y en el desarrollo socio-económico y el creciente influjo de la cosmovisión marxista-leninista son factores que determinan, en primer lugar, las posibilidades actuales de lucha contra el anticomunismo, lucha que libra sin desmayo el PCA en nuestro país.

Como subrayó el Pleno (febrero de 1975) de la Dirección del PCA, una de las enseñanzas históricas de la victoria sobre el fascismo, cuyo XXX aniversario conmemora la humanidad progresista, consiste en la necesidad de una lucha consecuente y conjunta de «todos los demócratas contra el anticomunismo y el antisovietismo, por eliminar todos los resabios de la ideología fascista y el odio a otros pueblos, todos los tipos de falsificación revanchista de la historia en la educación de la juventud, en toda la vida social, por la libertad y la victoria de las ideas del progreso democrático y social».

La política imperialista de los años pasados estuvo apuntada a destruir el socialismo mediante la violencia y la guerra, y el anticomunismo tenía que justificar estas aspiraciones. Con las patrañas sobre la amenaza militar por parte de la Unión Soviética y de otros países socialistas, el anticomunismo contribuyó a la carrera armamentista, fomentando la atmósfera de miedo y de histeria nuclear permanente. Otra función de la propaganda anticomunista consistía en «demostrar» que en los países gobernados por los comunistas reinan, supuestamente, el hambre, la miseria y una brutal opresión y que su gente espera la «liberación». Durante largos años, esta variante de anticomunismo tuvo una gran demanda entre los reaccionarios. Con el tiempo, la situación cambió. Ante obvios avances de la comunidad socialista y de su constructiva política de paz, a la reacción le fue más difícil cada vez influir sobre las masas sirviéndose del tosco anticomunismo belicoso.

El futuro del comunismo ha acaparado siempre la atención de sus críticos. «El comunismo es una aberración, es enemigo de cualquier sociedad —escribían los anticomunistas inmediatamente después de la aparición del *Manifiesto del Partido Comunista*—. Siendo absolutamente falsas desde el punto de vista subjetivo y objetivo, ellas (las ideas del comunismo —*H. A.*) son de competencia de la policía y carecen de futuro.»[1] La historia hace tiempo que dictó su fallo a estos vaticinios. En la actualidad, los ideólogos burgueses se enfrentan con dificultades mayores cada vez para mantener la versión, que se viene propagando desde hace más de un siglo, sobre la falta de perspectiva y la inevitabilidad del fracaso de las ideas comunistas.

El anticomunismo se ve obligado a completar su arsenal propagandístico con numerosos infundios de los renegados y revisionistas, que adoptan más a menudo cada vez la actitud de «perfeccionadores» del socialismo existente. Según afirman, el socialismo, posiblemente, podría tener porvenir, si adquiriera un «rostro humano». Hoy demandan la «liberalización» del socialismo, proponen sus nuevos «modelos», etc. Siguiendo sus pasos, los anticomunistas no se dan cuenta de que así, quiéranlo o no, patentizan el fracaso de uno de los planteamientos fundamentales de la propaganda anticomunista: no reconocer el porvenir del comunismo.

En el filo de 1973 y 1974, el acento en la propaganda anticomunista se desplazó a la cuestión del pasado del socialismo. Se afirma que el socialismo y, ante todo, la Unión Soviética «no han superado su pasado». En la conducta actual de los anticomunistas hay cierta regularidad: cuanto mayores son los logros del socialismo, con tanta mayor frecuencia intentan aprovechar los anticomunistas en la lucha contra él las dificultades y los problemas que la sociedad socialista ha tenido en el curso de su desarrollo.

La calumnia sobre el pasado no superado del socialismo, difundida por la propaganda burguesa, tomó un carácter especialmente rabioso en los escritos de Solzhenitsin, adquiriendo hoy la dimensión de una campaña anticomunista que se ha extendido a todo el mundo capitalista. Pero está

[1] Wermuth Stieber. *Die Kommunisten-Verschwörungen des neunzehnten Jahrhunderts.* Berlin, 1853, I Teil, S. 3.

completamente claro que dicha campaña se lleva a cabo con el fin de distraer en lo posible la atención pública mundial y, ante todo, a los trabajadores de los problemas y las consecuencias de la crisis general del capitalismo, de las dificultades sufridas por el mundo capitalista, de la realidad socialista actual. No son las dificultades que tuvo que afrontar la sociedad socialista en el pasado, sino sus realizaciones y éxitos de hoy, la causa de los rabiosos ataques de los anticomunistas a los países socialistas.

Esta variante de antisovietismo, lo mismo que las afirmaciones, que no dejan de repetir los anticomunistas, sobre la «agresividad» de la URSS y que sirven de justificación a la militarización y a las acciones agresivas del imperialismo, está llamada a ejercer, ante todo, la función de distraer. La táctica de «distraer» ha entrado, como algo natural, en el arsenal propagandístico del anticomunismo de nuestros días. En esta táctica se refleja la crisis de la ideología burguesa a la que resulta más difícil cada vez atraer a las masas al lado del sistema capitalista.

El imperialismo ha iniciado esta campaña porque nunca había sido tan evidente el profundo divorcio existente entre el desarrollo constante de la economía, la permanente elevación del nivel de vida en los países socialistas y los éxitos de éstos en la palestra internacional, por una parte, y el desarrollo inestable, acompañado de crisis, del mundo capitalista, por otra. En este contexto, el anticomunismo trata de impedir, sin desdeñar ningún medio, el aumento de las simpatías de las grandes masas por el socialismo y la orientación de éstas hacia la ideología marxista-leninista. H. Mies, Presidente de nuestro Partido, subrayó en el Congreso de Hamburgo del PCA, celebrado en 1973: «Esta nueva oleada de desvergonzadas calumnias antisoviéticas, que azota a nuestro país, no evidencia sino las grandes dificultades que la ofensiva del socialismo crea al gran capital. Esta campaña de mentiras, que, por supuesto, no detendrá el avance del socialismo, persigue impedir que los trabajadores cobren conciencia de sus propios intereses y frenar el desarrollo progresista. Nuestro deber consistirá en seguir oponiéndonos resueltamente a estos propósitos en interés de todo el pueblo.»[2]

[2] *Protokoll des Hamburger Parteitags der DKP*, 1973, S. 33.

Con sus digresiones sobre el «pasado no superado» del socialismo, los ideólogos burgueses y los anticomunistas procuran dar la impresión de que el socialismo, en general, no está en condiciones, de resolver los problemas sociales cardinales. Ciertos aspectos negativos que ha registrado el desarrollo del socialismo, las dificultades habidas en el complicado e impetuoso proceso de su ascenso y los errores que han sido corregidos ya o que se están superando son absolutizados premeditadamente como algo característico del socialismo en su conjunto. Cuando no lo consiguen, porque, pese a todas las «pruebas» de las imperfecciones del socialismo, es imposible hacer tabla rasa de sus realizaciones, los anticomunistas intentan presentar estas realizaciones como algo que está al otro lado del modo de producción socialista y separarlas de las condiciones sociales en las que han sido alcanzadas.

El socialismo no es una sociedad sin problemas. En los países socialistas se lleva a cabo una franca discusión sobre las contradicciones en el socialismo y sus causas. Pero es eso lo que los ideólogos burgueses intentan negar o lo que tergiversan. Silencian la circunstancia de que los comunistas no ocultan sus dificultades y deficiencias, las critican con audacia y las superan consecuentemente. El hecho de que los comunistas de los países socialistas analicen seriamente todos los aspectos de la vida de su sociedad y que los resultados del análisis encuentren su expresión en los acuerdos de sus congresos, en sus documentos y en las decisiones de los organismos estatales evidencia la fuerza y la seguridad de los comunistas y las posibilidades que tienen para el desarrollo exitoso del socialismo.

No obstante, la propaganda anticomunista no escatima esfuerzos para presentar la trayectoria histórica de la sociedad socialista como una cadena ininterrumpida de descalabros y fallos, como «fracaso» de la política de los comunistas con tal de «probar» su inconsistencia, en lo que desempeña un papel no desdeñable la aspiración de imponer a los partidos comunistas de los países capitalistas una discusión sobre los «problemas» del socialismo, su experiencia «negativa», ante todo, la de la Unión Soviética y, mediante esta discusión, sembrar la discordia entre los comunistas y clavar cuñas entre los distintos destacamentos del movimiento comunista internacional. Al mismo tiempo,

hay no pocos amigos de las disquisiciones sobre el socialismo en general que fingen ignorar la existencia del socialismo real. Esta posición encuentra la «comprensión» natural y el apoyo de los anticomunistas. Ser tolerante ante los rabiosos ataques de los anticomunistas a la Unión Soviética y a otros países socialistas, ante sus especulaciones asentadas en lucubraciones abstractas no significaría una manifestación de la independencia de uno u otro partido, sino la dejación de los principios del internacionalismo proletario.

Algunos sostienen que a los países socialistas hay que abordarlos sobre la base del principio de la «solidaridad crítica», de modo diferenciado. Tal posición puede dar lugar a malentendidos porque no expresa la solidaridad con los países socialistas, sino divergencias ideológicas y políticas con éstos. No es la «solidaridad crítica», sino la unidad inquebrantable y cada vez más robusta con la comunidad de los países socialistas lo que expresa la esencia de nuestra posición internacionalista. El concepto de la solidaridad ha echado profundas raíces en el movimiento obrero revolucionario y tiene criterios bien claros. Por eso, no se puede permitir que se introduzcan en él acentos antisocialistas y antisoviéticos incurriendo así en concesiones al anticomunismo, como hacen a menudo los partidarios de la concepción de la «solidaridad crítica» que tienen, por lo demás, nociones idealizadas sobre las condiciones y las leyes de la lucha de clases, nociones que distan mucho de los problemas reales de la construcción de la sociedad socialista.

La Unión Soviética y otros países socialistas han sido siempre fieles a los principios de la solidaridad internacional con sus hermanos de clase, han actuado en todo momento con abnegación y desinteresadamente, sin vincular nunca la ayuda a la lucha revolucionaria de los pueblos con condiciones previas algunas ni con salvedades. El concepto de la solidaridad tiene un neto contenido de clase y no puede emplearse en un sentido multívoco.

. La mencionada consigna del «perfeccionamiento» del socialismo, esgrimida últimamente por los anticomunistas, adquiere en la RFA una forma peculiar. Se utiliza, ante todo, contra la RDA, Estado socialista en tierra alemana. Durante muchos años, el anticomunismo belicoso negó a la RDA toda posibilidad de desarrollo independiente en el futuro.

El viejo cliché de los vaticinios anticomunistas se reducía a que la RDA apenas se mantendría un año. Sin embargo, hacia principios de la década del setenta, debido al éxito con que se desarrolla este país, al ascenso de su influencia internacional y su aporte al fortalecimiento de la paz en Europa, en la propaganda anticomunista se produjo un cambio de rumbo. Se intentó demostrar que el socialismo en la RDA no está a tono... con los principios del marxismo. La apelación de la ideología burguesa a la «observación y al análisis inmanentes sistematizados»[3] evidenció otro cambio más. Se empezó a hablar de «probabilidades de éxito» del socialismo en la RDA e incluso a exponer sugerencias para «armonizarlo». Los anticomunistas comenzaron a afirmar que el socialismo podría ser allí más «eficaz», si los comunistas revisaran sus teorías partidarias y no hicieran hincapié en la «conquista y el afianzamiento del poder, sino en la gestión y el desarrollo del Estado industrial moderno»[4].

No es de extrañar que los partidarios de esta concepción procuren atacar, ante todo, el centralismo democrático y el papel hegemónico del partido marxista-leninista en los países socialistas. Según su teoría, el socialismo se mejorará en el caso de que los comunistas reconozcan su derrota y disuelvan sus partidos.

En nuestros días está muy extendida la variante de anticomunismo que tergiversa la política exterior de los países de la comunidad socialista y, ante todo, de la Unión Soviética. Por cuanto esta política ha llegado a ser objetivamente el pilar de las fuerzas pacíficas del mundo y va orientada a respaldar los movimientos obrero y de liberación nacional, a crear condiciones favorables para la construcción de la sociedad socialista y la comunista, a fortalecer la unidad de los países socialistas, concita un odio particularmente rabioso en nuestros enemigos de clase.

La política exterior soviética se tergiversa, en concreto, propalando los infundios de que el «acercamiento» entre Moscú y Washington «amenaza» a Occidente. Ultimamente, esta versión es objeto de intensa propaganda por los líderes

[3] Hans Adamo. *Das Fiasko der bürgerlichen «DDR-Forschung»*, «Marxistische Blätter», Nr. 5, 1974, S. 56.
[4] Véase ibídem, S. 57.

reaccionarios de la UDC/USC, concretamente, por Strauss. Se falsifica el sentido de las iniciativas de paz de la Unión Soviética y de otros países socialistas, se desvirtúan los objetivos de las negociaciones soviético-norteamericanas, que son presentadas como una «colusión».

Una de las formas de desprestigiar la política exterior soviética, forma de la que se hace una amplia propaganda, son las tentativas de presentar esta política como «imperial» o «imperialista». Esta calumnia se ha difundido en los últimos años a medida que aumenta en el mundo el número de los convencidos de que el imperialismo es el principal responsable por los sufrimientos y las penurias de centenares de millones de seres humanos.

Teniéndolo en cuenta, los ideólogos anticomunistas pretenden achacar al socialismo el modo de actuar en el ámbito mundial propio del imperialismo como régimen social. Fue el imperialismo quien engendró el espíritu de conquista y dominación del mundo y quien arrastró a la humanidad a guerras devastadoras. Todo ello no ha podido dejar de influir en la mentalidad de la gente en el sentido de que la política exterior de cualquier país importante reviste indispensablemente un carácter «expansionista», «imperialista».

Estos prejuicios son explotados intensamente por los anticomunistas. En su campaña de calumnias les prestan una ayuda sustancial los chovinistas maoístas que han elevado estos prejuicios al rango de «teoría de las superpotencias», enfilada contra la política exterior soviética. El objetivo especial, que persiguen los anticomunistas, reside no sólo en calumniar a la URSS y la política exterior de paz de la comunidad socialista, sino también en impedir que los pueblos comprendan cuáles fuerzas sociales y estados son sus amigos y cuáles son sus enemigos en la lucha por la paz, la seguridad, el desarme y la distensión.

En la RFA recurren a la falsificación de los objetivos de la política exterior soviética, ante todo, los círculos agresivos y reaccionarios extremistas del gran capital que quisieran detener el proceso distensivo, torpedear los tratados suscritos que propician la normalización de las relaciones internacionales y la inviolabilidad de las fronteras de posguerra. Los líderes de la UDC/USC tienen una postura sumamente negativa ante el alivio de la tensión en las relaciones entre los países socialistas y los capitalistas. No quieren, por

ejemplo, aceptar el hecho de que la RDA es un Estado soberano mundialmente reconocido. La reacción sigue considerando el régimen imperialista de la RFA como el modelo por el que debe ser modificado el régimen social en la RDA y sueña con el llamado «libre intercambio» de información e ideas, es decir, con la propagación de la ideología imperialista en la RDA y en otros países socialistas.

Los círculos reaccionarios del gran capital de la RFA utilizan más y más para sus propios fines la política de la dirigencia china hostil a la distensión. Cuando Strauss manifiesta en Pekín que acepta con gratitud el «apoyo» en la cuestión del «derecho vital natural» y la «unidad de la nación alemana», en estas manifestaciones se trasluce el mismo revanchismo germano tradicional que desde hace tiempo encubre su agresividad con las reivindicaciones del «espacio vital» y los «derechos vitales» formuladas, pretendidamente, en interés de la nación. El PCA parte de que la unidad de la nación alemana la ha destruido el propio imperialismo. Hoy, no existe ni puede haber unidad de la nación en la propia República Federal, porque un profundo abismo separa a los obreros de los capitalistas. Por lo que se refiere a las relaciones entre la RDA y la RFA, debemos hacer constar que después de que los Tratados de Moscú, Varsovia y Berlín han confirmado las fronteras existentes, se ha reconocido la inviolabilidad del statu quo territorial y ambos estados alemanes han sido admitidos en la ONU, difícilmente se puede poner en tela de juicio la existencia de estos dos estados independientes: el deslindamiento entre ellos se produjo de una vez y para siempre[5].

Los comunistas no necesitan consejos de cómo hay que observar los intereses nacionales, dijo H. Mies en el Congreso de Hamburgo del PCA. Y menos aún necesitan consejos de quienes vienen repitiendo, a lo largo de un siglo, la palabra «nación», mientras que no se preocupan más que de su poder y sus ganancias. Los que hablan hoy de la «unidad de la nación y el pueblo», estimulan en la práctica la penetración del gran capital norteamericano en la economía de la RFA. Sacrifican la agricultura del país en provecho de la CEE, supeditan los intereses de la República Federal a los intereses agresivos de la OTAN. Sus con-

[5] Véase *Protokoll des Hamburger Parteitags der DKP*, S. 41.

signas nacionalistas persiguen sólo debilitar la lucha de clases en el país y reactivar el anticomunismo orientado contra la RDA. El PCA se pronuncia en el espíritu del Congreso de Hamburgo por una política independiente de nuestro país dirigida a establecer buenas relaciones con todos los países del mundo, política que responda a sus verdaderos intereses nacionales los cuales exigen, en primer lugar, que sea limitado el poder de los monopolios y especialmente de los consorcios internacionales que dominan la vida de los pueblos de Europa Occidental[6].

La circunstancia de que el anticomunismo, que absorbe como una esponja todo lo antisoviético, recurra más a menudo y más gustoso cada vez a los servicios de los elementos izquierdizantes evidencia las crecientes dificultades de los estrategas anticomunistas y la crisis de la ideología burguesa. En estos últimos años, los grupos anarco-trotskistas y maoístas de la RFA han venido siendo un apoyo cada vez más importante del anticomunismo hasta llegar a ser hoy su inseparable parte integrante. Y no carace de importancia que unos se encubran con fraseología «izquierdista» y llamen «revisionista» a la sociedad socialista y otros la presenten como «totalitaria». Unos y otros están contra el socialismo existente y buscan contactos con la reacción. A su vez, los grupos antisoviéticos maoístas y los anarquistas cuentan con el apoyo de los círculos gobernantes.

La histeria anarquista en nuestro país, que dura ya varios meses, tiene un marcado carácter anticomunista. Los anticomunistas y los políticos burgueses se dan perfecta cuenta de que las acciones de los anarquistas y los grupos maoístas no representan ningún peligro para el sistema, pero pueden distraer la atención de los trabajadores de los problemas reales de la sociedad, sean la inflación o el desempleo, y dan un pretexto más para perseguir a los demócratas, justificar el cercenamiento de las libertades y los derechos democráticos y falsificar los verdaderos puntos de vista de los comunistas. Cuando un pequeño grupo de anarquistas se denominó «Fracción Ejército Rojo», la reacción no tardó en aprovecharlo para intentar nuevamente desprestigiar a las fuerzas armadas de la Unión Soviética

[6] Véase *Protokoll des Hamburger Parteitags der DKP*, S. 41.

poniendo en juego expresiones como «terror-marxistas», «banda-socialismo», etc. La táctica de los líderes reaccionarios de la UDC/USC consiste en recurrir, en la situación creada, al terror anarquista para desplegar la ofensiva contra todas las fuerzas progresistas haciendo responsable a éstas por el anarquismo. En tal contexto, el PCA considera de singular importancia la lucha contra el radicalismo pequeñoburgués, contra la política divisionista maoísta, así como la denuncia de todas las acciones de los anarquistas que perjudican al movimiento obrero de la RFA y hacen el juego al capital monopolista.

El anticomunismo moderno, que se ve forzado a maniobrar, recurre también a la ayuda de la socialdemocracia de derecha. A su vez, ante el oportunismo de derecha se plantea en forma más aguda que nunca el problema de la integración en el sistema de ideología anticomunista por cuanto objetivamente cumple la función de defensa del régimen burgués. Por un lado, los líderes de la socialdemocracia tratan de practicar una política exterior realista, mientras que, por otro, el oportunismo de derecha falsifica el socialismo científico, la naturaleza de clase de la sociedad socialista y la actividad de los partidos marxistas.

El significado y la gravitación del revisionismo y el oportunismo en la ideología de los círculos dominantes han crecido siempre que el movimiento obrero y el socialismo daban un nuevo paso en su desarrollo. Hoy, la burguesía busca con especial afán un apoyo en las ideas de los socialdemócratas de derecha. A consecuencia de los éxitos del socialismo y de la creciente fuerza de atracción de la concepción marxista-leninista del mundo, la ideología burguesa, temerosa de perder su influencia en las masas, no se atreve a defender abiertamente el capitalismo. Sus representantes se ven constreñidos a apelar más a menudo al marxismo en su interpretación socialdemócrata para velar los mecanismos de la violencia y la explotación del régimen capitalista. Las causas de la popularidad de la variante socialdemócrata de anticomunismo radican en el fracaso de los ataques frontales al socialismo, en la creciente crítica a que someten vastos sectores de la población de los países capitalistas y, en primer término, la juventud, las consecuencias directas de la crisis general del capitalismo. Incluso la Junge Union, organización juvenil de la UDC, tuvo

que pronunciarse, en su último Congreso, contra las «tendencias capitalistas» e intentó demagógicamente proponer cierta «tercera vía entre el capitalismo liberal y el orden marxista-socialista».

Por cierto, en el pasado, en la época en que dominó el anticomunismo primitivo, no faltaron concepciones de la «tercera vía» entre el socialismo y el capitalismo. Sin embargo, hoy éstas han entrado orgánicamente en el sistema de propaganda anticomunista. La influencia y la popularidad de esta consigna han crecido después del fracaso de la política socialdemócrata de desideologización.

Importa señalar que son especialmente proclives a asimilar la concepción de la «tercera vía» las fuerzas sociales que empiezan a dudar del sistema capitalista, pero que no aceptan el sistema social del socialismo. No obstante, la orientación principal y el contenido de esta concepción son anticomunistas. La orientación hacia la «tercera vía» no es una corriente ideológica o política integra. En ella están representados por igual los revisionistas, los enemigos acérrimos del socialismo real y los círculos anticapitalistas liberales. En la RFA, por ejemplo, estos elementos están agrupados en el «Congreso permanente de la tercera vía».

En el pasado, la ideología burguesa vio su misión en impedir la discusión sobre el marxismo en general o en canalizarla por el cauce de habladurías sobre la «caducidad histórica» del marxismo. La crisis que atraviesa esta ideología hoy se manifiesta en que los anticomunistas se ven obligados a adaptarse a la lucha en torno a las cuestiones que antes esquivaban. Ante el anticomunismo, como ante la ideología burguesa en su conjunto, se plantea en una forma cada vez más aguda la tarea de integrar las corrientes oportunistas de derecha y de «izquierda» para mantener la posibilidad de maniobrar y de influir en las masas. Pero el anticomunismo no está ya en condiciones de incrementar su eficacia ni siquiera con estos medios.

Todas las tentativas del anticomunismo de prosperar adaptándose a las nuevas condiciones de la lucha de clases y a la nueva correlación de fuerzas, están condenadas al fracaso. Su crisis irá acentuándose porque se ahonda la crisis general del capitalismo y se fortalecen el socialismo real y su papel e influencia en el mundo.

Al mismo tiempo, los comunistas no abrigamos ilusiones en cuanto a que la crisis del anticomunismo equivale a su absoluta ineficacia ni que significa un debilitamiento de la propaganda anticomunista. A medida que se vayan agravando y profundizando las contradicciones del capitalismo, la burguesía redoblará los esfuerzos para prolongar su dominación económica. Y cabe suponer que los ideólogos burgueses de la RFA utilizarán en una forma aún más amplia y refinada la ideología y la propaganda anticomunista, creando así dificultades para la clase obrera y su partido comunista. Pero todo ello no puede paralizar nuestra lucha por el progreso social en la RFA. El anticomunismo es todavía eficaz, pero cada vez menos popular. En nuestra lucha partimos de este criterio. La dialéctica consiste en que la reactivación del anticomunismo y el fomento del odio a los comunistas y al socialismo real harán que la ideología burguesa entre en mayor contradicción con las reivindicaciones y las demandas de las masas.

La Editorial Internacional **Paz y Socialismo**
ofrece Nuevos Libros

El Leninismo, la Ciencia de la Revolución

Se trata de una recopilación de materiales de los grupos de estudio internacionales de la REVISTA INTERNACIONAL que ponen de manifiesto la importancia actual de los trabajos e ideas básicas de V. I. Lenin.
Editado en inglés, alemán y ruso. Precio 1 rublo.

El Imperialismo de los Años Setenta

En el libro se hace un análisis científico de los nuevos rasgos y tendencias del ahondamiento de la crisis general del capitalismo y del desarrollo de la lucha de clases en los países capitalistas. Cierra el trabajo un extenso apartado informativo con tablas y otros materiales estadísticos que ilustran el movimiento huelguístico y otras formas de lucha de la clase obrera.
Editado en ruso. Precio 1,46 rublos.

La Unidad Internacional de los Comunistas: Realizaciones y Problemas

El trabajo incluye artículos de líderes de los partidos comunistas y obreros y de científicos-marxistas, consagrados a los problemas del robustecimiento de la unidad del movimiento comunista internacional.
Editado en inglés y ruso. Precio 1,09 rublos.

Retrato Político de America Latina (Ier y IIo fascículos)

Los libros ponen de manifiesto la situación política en los países de este continente, se analiza la lucha revolucionaria que se desarrolla en ellos.
Editado en español y ruso. Precio del Ier fascículo, 1 rublo; del IIo, 60 kópeks.

Los pedidos pueden remitirse a la dirección:

Editorial Internacional PAZ Y SOCIALISMO,
Checoslovaquia, Thákurova 3, 16616 Praga 6.

Precio: 3 coronas